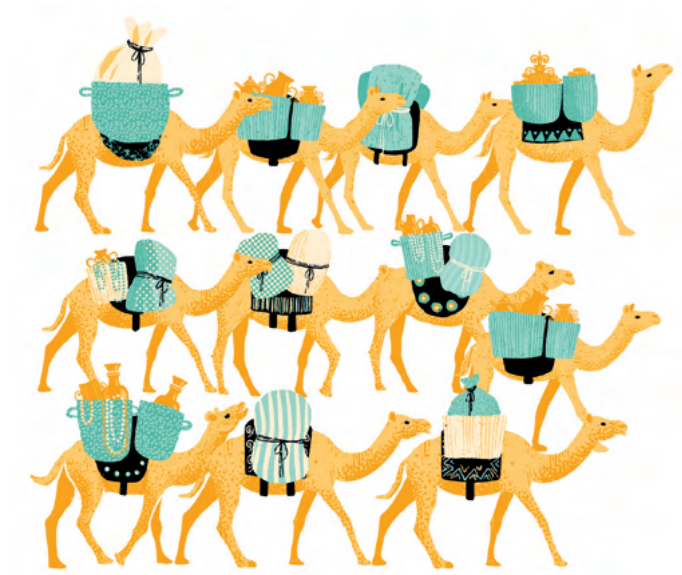


secretos para contar

Entre cuento y cuento

Grandes narraciones



ENTRE CUENTO Y CUENTO – Grandes narraciones

Investigación y selección de textos:

Lina Mejía C., Mónica Gil R., Jorge Orlando Melo G., Juan Luis Mejía A., Alberto Quiroga J., Carolina Bernal C., Vanessa Escobar R.

Conceptualización:

Lina Mejía Correa.

Prólogo:

Juan Luis Mejía Arango.

Edición:

Lina Mejía Correa, Vanessa Escobar Rodríguez, Carolina Bernal Camargo.

Diseño gráfico, diagramación e Ilustraciones:

Carolina Bernal Camargo.

Texto contraportada:

Juan Luis Vega González.

Cuento Historia de Abdúl, el mendigo ciego:

Ministerio de Cultura de Colombia.

Corrección ortotipográfica:

Juan David Villa Rodríguez.

Adaptación de textos:

Patricia Miranda Saldana.

Búsqueda de derechos de autor:

Laura Villa Ochoa, Zulily Pardo Chacón.

Agradecemos de corazón a todas las personas e instituciones que nos dieron autorización para la reproducción de estas obras, permitiendo así que lleguen a los hogares del campo colombiano.

Agradecimientos:

Adriana Rendón Zapata, Gloria Morales.

Primera edición 40.000 ejemplares, abril de 2022.
Segunda edición: 23.533 ejemplares, septiembre de 2022.
Tercera edición: 25.000 ejemplares, febrero 2023.
Cuarta edición: 55.000 ejemplares, febrero 2023.

Secretos para contar ISBN 978 95853357
ISBN Obra independiente: 978 958 53357-6-9

Impreso en Colombia por:
EDITORIAL NOMOS S.A.

Nota: Secretos para contar ha realizado una búsqueda minuciosa en la obtención de los derechos de autor necesarios para la realización de los actos de reproducción, distribución y comunicación pública de estas obras. En caso de la existencia de titulares legítimos de derechos pertenecientes a obras no identificadas incluidas en esta obra, estos pueden contactar a la fundación Secretos para contar a través del correo electrónico comunicaciones@secretosparacontar.org para su oportuna identificación y gestión.

FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Consejo de Administración:

Juan Luis Mejía A., Juan Guillermo Jaramillo C., José Alberto Vélez C., Lina Mejía C., Juliana Mejía P., Manuel Santiago Mejía C., Jorge Orlando Melo G., Jorge Mario Ángel A., Fernando Ojalvo P., Martha Ortiz G.
Presidente: Lina Mejía C.

Los recursos que hacen posible el programa de promoción de lectura de la Fundación Secretos para contar (y que incluye el trabajo con maestros, familias, estudiantes y la entrega del material de lectura) han sido aportados por una red de más de 100 entidades público-privadas, cajas de compensación y entidades del sector solidario que se unen al sueño de llevar lectura, educación y entretenimiento a las poblaciones rurales. ¡Gracias a ellos!

Gracias a todo el equipo de trabajo de la Fundación, porque hace posible que los libros de la colección Secretos para contar vivan en los hogares campesinos; gracias a las familias del campo por recibirnos y a los maestros rurales por su gran labor.

© Todos los derechos reservados
Fundación Secretos para contar
fundasecretos@une.net.co
Tel. 57 (4) 322 0690
Medellín – Colombia

www.secretosparacontar.org

**MATERIAL EDUCATIVO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA,
NO TIENE VALOR COMERCIAL**

Dedicado a todos los amantes de las palabras, que han comprendido que la literatura es un gran placer que desarrolla la imaginación, abre caminos y nos ayuda a comprender mejor el alma humana.

Índice

Biches

6 El cuento de los cuentos



- 10 **El ruiseñor**
Hans Christian Andersen
- 13 **El rey mocho**
Cuento tradicional
- 15 **El duraznero**
Leonardo da Vinci
- 16 **El gigante egoísta**
Oscar Wilde
- 21 **El pescador y el pececito dorado**
Aleksandr Pushkin
- 26 **Tres perros**
Fernando Alonso
- 29 **El hombre que toca la flauta celestial**
Cuento tradicional chino
- 32 **La herencia oculta**
Esopo
- 33 **La pata Dedé**
Cuento tradicional
- 36 **Fregao de ángel**
Rafael Arango Villegas
- 39 **Una pequeña discusión**
Saúl Schkolnik
- 43 **El viejo peral**
Isidora Aguirre
- 49 **El pequeño albañil**
Edmundo de Amicis
- 51 **El traje nuevo del emperador**
Hans Christian Andersen
- 53 **El dromedario y el camello**
Gianni Rodari

Pintones

- 56 La jirafa**
Juan José Arreola
- 57 Una gallina**
Clarice Lispector
- 60 Caballo para toda la eternidad**
Manuel Mejía Vallejo
- 66 La mata**
Tomás Carrasquilla
- 70 Un cruce**
Franz Kafka
- 72 Historia de Abdulá, el mendigo ciego**
Cuento tomado de *Las mil y una noches*
- 80 El bigote del tigre**
Cuento tradicional coreano
- 84 Las tres preguntas**
León Tolstói
- 88 De cómo un fraile burla a un mercader**
Melchor de Santa Cruz y Dueñas
- 90 El cuentista**
Saki
- 97 El elefante blanco**
Jean-Pierre Claris de Florian
- 98 La tristeza**
Antón Chéjov
- 104 La oveja feroz**
Jaime Alberto Vélez González
- 105 La inutilidad de dar consejos**
Fernando Pessoa
- 106 ¿Cuánta tierra necesita un hombre?**
León Tolstói
- 115 Ejemplo de Juan de la Miseria**
Agustín Jaramillo Londoño
- 121 Milagro**
Voltaire

Maduros

- 124 Historia de los dos que soñaron**
Gustav Weil
- 126 La tragedia del minero**
Efe Gómez
- 131 En la peluquería**
Kjell Askildsen
- 133 En manos de la cocinera**
Miguel de Unamuno
- 138 El eclipse**
Augusto Monterroso
- 140 La capa**
Dino Buzzati
- 146 Fábula de los ciegos**
Hermann Hesse
- 148 El banquete**
Julio Ramón Ribeyro
- 153 Las joyas**
Guy de Maupassant
- 161 El piano viejo**
Rómulo Gallegos
- 166 Rostros**
Yasunari Kawabata
- 168 El niño al que se le murió el amigo**
Ana María Matute
- 169 Después de veinte años**
O'Henry
- 173 Los diarios de Adán y Eva**
Mark Twain
- 174 El retrato oval**
Edgar Allan Poe
- 178 Leyenda**
Jorge Luis Borges
- 179 La mala memoria**
André Breton
- 180 El ciervo escondido**
Liehtsé
- 182 La mancha de humedad**
Juana de Ibarbourou
- 185 Casa tomada**
Julio Cortázar

El cuento de los cuentos

Unos recostaban el taburete en la pared, otros se sentaban en el suelo formando un círculo y algunos se asomaban desde la puerta. Al salón lo iluminaba la luz de algunas velas colocadas en las repisas y en la alacena. En el centro, el contador de cuentos se paseaba en actitud solemne, en espera del silencio en la sala. Luego decía:

*Con su permiso, señores,
que voy a contar un cuento.*

Y así, el contador iba narrando las aventuras de Juan de la Miseria, de Abdulá, de la pata Dedé y del fraile, ante un auditorio que, sin parpadear, seguía aquella narración acompañada de gestos, muecas y silencios provocadores. Mientras las velas se consumían, los asistentes pasaban de la intriga a la risa en cuestión de minutos.

Todos hemos sentido fascinación por los cuentos. En la memoria guardamos el recuerdo de una historia que nos conmovió, así como de la noche en la que la escuchamos y el desvelo que nos produjo. Recordamos también a las personas que tienen una facilidad innata para contar cuentos. Los pueden repetir muchas veces y siempre los disfrutamos.

Cuando aprendimos a leer, las primeras lecturas fueron aquellas que empezaban diciendo “Había una vez un ogro, una princesa, un castillo encantado, un ruiseñor, un emperador, un rey mocho, un campesino y sus tres hijos”. Ya en la juventud, el asombro viene con los grandes maestros del cuento incluidos en este libro. Los hay cortos, como “La oveja feroz”, de Jaime Alberto Vélez, que ocupa un párrafo, y los hay extensos, como “Casa tomada”, de Julio Cortázar.

Algunos relatos pretenden dejar una lección, como muchos de los cuentos árabes o de las fábulas de Esopo y Hermann Hesse. Algunos de los más conmovedores son los que retratan el alma humana, como “¿Cuánta tierra necesita un hombre?”, de León Tolstói, y “La tristeza”, de Antón Chéjov.

Otros tienen aires costumbristas, como los de Efe Gómez, Agustín Jaramillo, Rafael Arango Villegas y Tomás Carrasquilla. Algunos más rompen la rutina de lo cotidiano, como los de Jorge Luis Borges o los fantásticos de Rómulo Gallegos y André Breton. En fin, hay cuentos para todos los gustos, todas las edades y todos los momentos. Lo más importante es que nos sorprenden, nos entretienen y nos ayudan a entender el devenir humano en la Tierra.

Un cuento se define generalmente como una narración breve de ficción en la que participan pocos personajes y que tiene un único suceso que se puede resolver o quedar en una incógnita. Algunos escritores han preferido usar la metáfora para describir y diferenciar al cuento de otros géneros literarios. Manuel Mejía Vallejo, por ejemplo, solía equipararlo con un puño bien apretado; Julio Cortázar comparaba la literatura con un combate de boxeo: en el cuento se gana por nocaut y en la novela por puntos. Otros relacionan al cuento con la fotografía y a la novela con el cine.

Este libro reúne algunas obras de los mejores cuentistas de la literatura universal y pretende que en cada hogar muchos jóvenes y familias se entusiasmen con la lectura y revivan la magia de aquellas noches contando historias a la luz de una vela o fogata.

Este libro contiene 52 cuentos, divididos así:

- 15 *cuentos biches* de fácil comprensión.
- 17 *cuentos pintones*, que exigen un nivel de comprensión un poco mayor que los biches.
- 20 *cuentos maduros*, que exigen un nivel de comprensión mayor que los pintones.

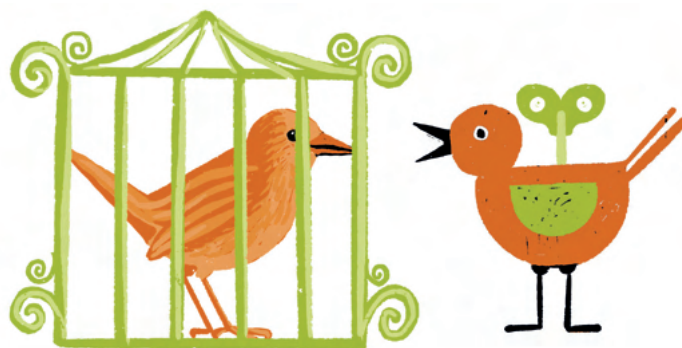
Esperamos que, entre cuento y cuento, este libro te lleve de la mano por los caminos de la imaginación y de las historias bien contadas.

Juan Luis Mejía Arango





Biches



El ruiseñor

Hans Christian Andersen (Dinamarca)

En China, seguramente ya lo sabes, el emperador es chino y todos los que viven a su alrededor también son chinos. En los tiempos de esta historia, el castillo del emperador era el más maravilloso del mundo y estaba lleno de flores hermosísimas, de colores encantadores y de un perfume exquisito. Al fondo del jardín había un bello bosque, con árboles gigantes y lagos enormes, que llegaba hasta el mar. Era tan grande el jardín que ni el mismo jardinero sabía dónde terminaba.

En el bosque que lindaba con el jardín del emperador vivía un ruiseñor que cantaba las más hermosas melodías que jamás se habían escuchado. Sus canciones eran tan hermosas que los visitantes de todos los países del mundo que recorrían el jardín y el bosque se asombraban más con la belleza del canto del ruiseñor que con el esplendor del palacio. Así que escribieron relatos, libros y poemas que un día llegaron a manos del emperador.

Al leer estos libros, el emperador mandó a llamar a su ayudante y le ordenó buscar a este pájaro desconocido que vivía en su imperio y llevarlo a su presencia.

—He leído en un libro escrito por el emperador de Japón que este ruiseñor vive en mi bosque, y estoy seguro de que es verdad. ¿Por qué no sabía yo de su existencia? Esta misma noche quiero oírlo. Al que lo encuentre lo premiaré colmándolo de riquezas; pero si no lo encuentran, todos los habitantes del palacio, sin excepción, serán castigados severamente.

Guardias, cocineros, jardineros y ayudantes de palacio: todo el mundo fue en busca del ruiseñor. Solo una joven cocinera sabía dónde estaba el pájaro. Ella dio las indicaciones necesarias para que lo encontraran y lo pudieran llevar ante el emperador.

Esa noche, el emperador se sentó en su trono de oro, en el salón de porcelana y esmaltes, adornado y reluciente como ningún otro salón de la Tierra. El ruiseñor cantó una canción tan bella que el emperador lloró de emoción.

El monarca decidió que el ruiseñor debería vivir en el palacio y ordenó que tuviera doce criados a su servicio; y solo podría salir de su jaula dos veces en el día y una en la noche. La fama de este pájaro se esparció por toda la ciudad y todo el imperio.

Cierto día llegó una misteriosa caja al palacio imperial. Dentro de ella había un ruiseñor mecánico, lleno de diamantes, perlas y rubíes. Cantaba preciosas melodías y movía lentamente su cabeza y su cola.

Dejó maravillados al emperador y a todos los cortesanos. Era más brillante y, además, más conveniente que el de verdad: se le podía hacer cantar cuantas veces se quisiera, repetía y repetía cien veces la misma canción sin cansarse, no comía ni dormía, tampoco salía dos veces de día y una de noche, ni necesitaba los cuidados de doce servidores. Ni siquiera le hacía falta la jaula. Su fama, al igual que la del pájaro de verdad, se propagó por todo el mundo y de todas partes llegaban viajeros para oírlo.

De pronto, un día, el emperador quiso volver a escuchar al ruiseñor de verdad, pero nadie lo encontró por ninguna parte. Irritado, ordenó desterrar al ruiseñor para siempre del imperio, pues ya no era necesario: el ruiseñor mecánico era mejor que el de carne y hueso.

Pero llegó un día en que del interior del ruiseñor mecánico salió un chirrido como si se rompieran todos los muelles, los resortes y las ruedecitas que producían las encantadoras melodías. Mecánicos, relojeros, herreros y joyeros intentaron poner remedio a esta desgracia, pero sus esfuerzos fueron en vano: el ruiseñor mecánico ya no volvió a cantar. Los habitantes del imperio sintieron una enorme tristeza.

El emperador enfermó de tal gravedad que estaba a punto de morir. Con voz débil suplicaba oír al ruiseñor por última vez, pero el ruiseñor mecánico continuaba mudo y el emperador ya se despedía de este mundo.

De pronto, en la ventana de la habitación del moribundo se oyó el canto del ruiseñor, un canto tan bello como la primera vez que gorjeó en el salón del palacio. Al oírlo, el emperador recobró el color, sus ojos se abrieron y todo su cuerpo volvió a la vida.

—Gracias —dijo suavemente el emperador—. Te eché de mi palacio y de mi imperio. Ahora tú has alejado mi sufrimiento y mis pesadillas, y has arrojado la muerte de mi corazón. ¿Cómo te lo pagaré?

—La primera vez que me oíste cantar, lloraste de la emoción. Un cantor nunca puede olvidar un llanto de admiración; llenaste mi corazón. Cantaré para ti siempre que quieras. Solo te pido que no destruyas el pájaro mecánico: ha hecho lo que ha podido. En cuanto a mí, déjame entrar y salir de tu palacio a mi gusto; vendré muchas noches a cantar para ti. Pero también cantaré para los que son felices y para los que sufren. Volaré por todas partes. Iré a la casa del pescador pobre y a la del labrador apenado. Cantaré para los de tu corte y para los que viven lejos de ella. Prefiero tu corazón a tu corona. Solo te pido que no le digas a nadie que tienes un pequeño pájaro que viene a cantarte en la noche. Así las cosas serán mejores.

Y el ruiseñor entonó una melodía y se alejó por el cielo azul de China.

A la mañana siguiente, cuando los criados entraron para ver al emperador moribundo, lo encontraron vestido con su traje imperial y con su sable de oro en las manos. Este les dio el más cortés de los saludos:

—¡Muy buenos días!



El rey mocho

Cuento tradicional

En un reino muy lejano vivía un rey a quien le faltaba la oreja derecha. Pero como él era muy vanidoso, no quería que nadie lo supiera. Así que siempre tenía puesta una larga peluca de rizos negros. La única persona que conocía su secreto era el viejo peluquero del pueblo, que iba al palacio una vez al mes, y de noche, para cortarle el pelo.

Un día, el viejo peluquero se enfermó y dos semanas después murió. El rey se entristeció, pues ya no tenía una persona de confianza que lo peluqueara.

Pasaron dos, tres y cuatro semanas, y las canas blancas comenzaban a asomarse por debajo de la peluca. El rey comprendió que debía buscar un nuevo peluquero. Así que envió a sus guardias el día de mercado a pegar un cartel en medio de la plaza que decía: “Se busca joven peluquero hábil y reservado”.

Esa noche llegó al palacio un joven peluquero. Y cuando comenzó a cortarle el pelo, descubrió que al rey le faltaba una oreja.

—Si se lo dices a alguien —dijo el rey con mucha seriedad—, te mando a matar.

El nuevo peluquero salió del palacio con este gran secreto.

“El rey es mocho”, pensaba, “pero no puedo decírselo a nadie. Es un secreto entre el rey y yo”. Sin embargo, no podía dejar de pensar en el secreto y quería contárselo a todos sus amigos.

Cuando sintió que ya no podía guardar más el secreto porque le iban a salir letreros por la boca, corrió a la montaña, abrió un hueco en la tierra y grito durísimo dentro de este: “¡El rey es mocho!”. Luego tapó el hueco y enterró el secreto. Por fin se sintió tranquilo y bajó al pueblo.

Pasó el tiempo y en ese lugar creció una linda planta de carrizo. Un muchacho que cuidaba cabras pasó por ahí y cortó una caña para hacerse una flauta. Cuando estuvo seca la caña, sopló y la flauta cantó: “El rey es mocho, no tiene oreja, por eso usa una peluca vieja”. El muchacho estaba feliz con esa flauta que cantaba con solo soplarla. Así que cortó varias cañas, preparó otras flautas y bajó al pueblo a venderlas.

Cada flauta, al soplarla, cantaba: “El rey es mocho, no tiene oreja, por eso usa una peluca vieja”. Y de esta forma, todo el pueblo se enteró de que al rey le faltaba una oreja.

El rey, al conocer el suceso, se enojó. Subió a la torre y se encerró un largo rato para pensar qué debía hacer. Así que reflexionó, caviló y meditó. Luego bajó, se quitó la peluca y dijo:

—La verdad es que las pelucas te acaloran la cabeza.

Y así, desde ese día, solo volvió a usar su larga peluca de rizos negros en el carnaval.





El duraznero

Leonardo da Vinci (Italia)

Un árbol de duraznos que crecía junto a un nogal observaba con envidia las ramas llenas de nueces de su vecino.

—¿Por qué el nogal da tantos frutos y yo tan pocos? No es justo. Trataré de superarlo.

—No abuses de ti mismo —le respondió un tierno ciruelo que había oído sus quejas—. ¿No ves cómo son de vigorosas las ramas y cómo es de fuerte el tronco del nogal? Cada cual produce de acuerdo con su fuerza. Piensa más bien en ofrecer buenos duraznos. No es la cantidad lo que más importa, sino la calidad.

Sin embargo, el durazno no soportaba la envidia y no quiso escuchar. Ordenó a sus raíces sacar más sustancia de la tierra; a sus filamentos, absorber más savia; a sus ramas, echar más flores; y a estas, transformarse en más frutos, hasta que finalmente llegó el momento en que estuvo cargado de duraznos por todos lados.

Pero los duraznos maduros pesaban demasiado y las ramas no podían soportarlos, ni el mismo tronco pudo con aquellas ramas sobrecargadas de frutas. Gimiendo, el árbol de durazno se torció y luego, con gran estruendo, el tronco se partió en dos y todos sus frutos rodaron al pie del nogal.



El gigante egoísta

Oscar Wilde (Irlanda)

Todas las tardes, al salir de la escuela, los niños solían ir a jugar al jardín del gigante.

Se trataba de un enorme y hermoso jardín, con una hierba suave y verde. Por doquier brotaban hermosas flores que parecían estrellas y, en el verano, doce árboles de melocotón florecían delicadamente y se llenaban de flores rosas y perlas, que luego, en el otoño, daban deliciosas frutas. Los pájaros se posaban en los árboles a cantar con tanta dulzura que los niños dejaban de jugar para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —se decían unos a otros.

Un día regresó el gigante, que había estado visitando a su amigo el ogro de Cornualles, donde permaneció durante siete años. Al cabo de este tiempo, cuando terminó de contarle todo lo que pensaba decirle, pues no era muy conversador, resolvió regresar a su castillo. Al llegar, vio a los niños jugando en el jardín.

—¿Qué están haciendo aquí? —les gritó con una voz hosca y los niños salieron corriendo.

—El jardín es mío —dijo el gigante—, cualquiera puede entenderlo, y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

Entonces construyó un muro alto a su alrededor y puso un aviso:

PROHIBIDA LA ENTRADA.

QUIENES NO CUMPLAN LA ORDEN SERÁN PERSEGUIDOS.

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños ya no tenían donde jugar. Intentaron hacerlo en la carretera, pero era un polvo y estaba llena de piedras duras, y no les gustó. Cuando paseaban alrededor de los altos muros al acabar sus clases, se ponían a hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos allá! —se decían unos a otros.

Luego llegó la primavera y todo el país se cubrió de pájaros y flores. Solo en el jardín del gigante egoísta reinaba aún el invierno. A los pájaros no les gustaba cantar allí porque no había niños y a los árboles se les olvidó florecer por esta misma razón. En un momento, una flor hermosa sacó la cabeza por entre la hierba, pero cuando vio el aviso se entristeció tanto pensando en los niños que regresó a la tierra y se acostó a dormir. Las únicas que estaban contentas eran la nieve y la escarcha.

—A la primavera se le olvidó este jardín —exclamaron—, así que viviremos aquí todo el año.

La nieve cubrió el césped con su gran manto blanco y la escarcha pintó los árboles de plata. Luego invitaron al viento del norte a que se alojara con ellas y este aceptó. Llegó envuelto en pieles y se la pasó rugiendo todo el día por el jardín, derribando las chimeneas.

—¡Qué lugar más delicioso! —dijo—. Tenemos que invitar al granizo a que venga a visitarnos.

Entonces llegó el granizo. Cada día, durante tres horas, se oía su estrépito en el techo del castillo, hasta que quebró la mayor parte de las tejas. Luego salía corriendo por todo el jardín lo más rápido que lo llevaban sus piernas. Iba vestido de gris y su aliento era frío como el hielo.

—No comprendo por qué se demora tanto la primavera en llegar —decía el gigante egoísta cuando se sentaba en la ventana a contemplar su blanco y frío jardín—. Ojalá cambie rápido este clima.

Pero la primavera nunca llegó, ni tampoco el verano. El otoño dio frutos dorados en todos los jardines menos en el del gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo el otoño.

Así que siempre era invierno en el jardín, y el viento del norte, el granizo, la escarcha y la nieve danzaban por entre los árboles.

Una mañana, el gigante estaba pereceando despierto en la cama cuando escuchó una música preciosa. Sonaba tan dulce a sus oídos que pensó que pasaban por ahí los músicos del rey. En realidad, se trataba solo de un jilguero que cantaba junto a su ventana, pero hacía tanto tiempo que no había escuchado un pájaro cantar en el jardín que le pareció la música más hermosa del mundo. Entonces el granizo dejó de bailar sobre su cabeza y el viento del norte dejó de rugir, y un delicioso perfume le llegó por la ventana abierta.

—Me parece que por fin llegó la primavera —dijo el gigante y salió de su cama a asomarse.

¿Y qué fue lo que vio?

La escena más maravillosa. Por una grieta que había en el muro, los niños se habían colado y estaban sentados sobre las ramas de los árboles. En cada árbol que alcanzaba a ver había un niño pequeño y estos árboles estaban tan felices de que los niños hubieran regresado que se habían cubierto de flores y agitaban sus brazos con suavidad sobre las cabezas de los chicos. Los pájaros revoloteaban, gorjeando de felicidad, y las flores se asomaban por entre la verde hierba y se reían. La escena era maravillosa. Solo en un extremo reinaba aún el invierno. Era el punto más alejado del jardín y allí estaba un niño tan pequeño que no alcanzaba a las ramas del árbol, por lo que andaba por todas partes llorando amargamente. El pobre árbol todavía estaba cubierto de escarcha y nieve, y el viento del norte soplaba y rugía encima de él.

—¡Sube ya, niño! —le dijo el árbol y dobló sus ramas lo más bajo que pudo, pero el chico era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se enterneció cuando vio esta escena.

—¡Qué egoísta he sido! —dijo—. Ahora comprendo por qué no llegaba la primavera. Voy a encaramar a este niño a la copa del árbol y luego derribaré el muro. Así mi jardín será por siempre el lugar de recreo de los niños.

El gigante estaba verdaderamente muy arrepentido de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió la puerta con cuidado y salió al jardín. Pero cuando los niños lo vieron, se asustaron tanto que se fueron espantados y el jardín volvió a llenarse de invierno. El único que no salió corriendo fue el más pequeño, porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio venir al gigante. Entonces el gigante se le acercó sigilosamente por detrás, lo alzó con ternura y lo montó al árbol. En ese instante el árbol empezó a florecer y los pájaros vinieron a cantar en él, y el niño estiró sus dos brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y le estampó un beso.

Los otros niños, cuando vieron que el gigante ya no era malvado, volvieron a la carrera y con ellos regresó la primavera.

—Niños, ahora este jardín es de ustedes —dijo el gigante, y tomando un gran mazo derribó el muro.

Y cuando la gente del poblado bajó al mediodía a mercar, vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que hubieran visto.

Todo el día jugaron y al atardecer fueron donde el gigante a despedirse.

—¿Pero dónde está el compañerito de ustedes? —dijo—. El niño al que monté al árbol. —El gigante sentía preferencia por él porque lo había besado.

—No tenemos ni idea —contestaron los niños—. Se fue.

—Por favor, díganle que tiene que venir mañana —les dijo el gigante.

Pero los niños le contestaron que no sabían dónde vivía y que nunca antes lo habían visto, con lo que el gigante se puso muy triste.

Todas las tardes, al fin de la jornada escolar, los niños volvían a jugar con el gigante, pero al niño al que el gigante más quería nunca lo volvieron a ver. El gigante era muy amable con todos los niños, pero extrañaba a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

—¡Cuánto me gustaría verlo! —solía comentar.

Pasaron los años, y el gigante envejeció y se puso muy débil. Como ya no podía salir a jugar, se quedaba sentado en una poltrona mirando por la ventana a los niños jugar y admirando su jardín.

—Tengo muchas flores hermosas —decía—, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno se asomó por la ventana mientras se vestía. Ahora no odiaba al invierno porque sabía que era solamente la primavera dormida y que las flores estaban descansando.

De pronto, admirado, se frotó los ojos sin poder dejar de mirar. La escena era una verdadera maravilla. En el extremo más lejano del jardín había un árbol cubierto con bellas flores blancas. Sus ramas eran doradas y de ellas colgaban flores plateadas, y debajo se hallaba el niño al que le había tomado cariño.

Dichoso, el gigante bajó corriendo al jardín. Atravesó el patio y se le acercó al niño. Y cuando ya estaba muy cerca, su rostro se enrojeció de la ira y le dijo:

—¿Quién se ha atrevido a lastimarte?

En las palmas de las manos del niño se notaban las huellas de dos clavos, y las huellas de dos clavos también se observaban en sus piecitos.

—¿Te han lastimado? —exclamó el gigante—. Cuéntame quién fue, yo iré por mi gran espada y lo mataré.

—No —contestó el niño—. Estas son solo las heridas del amor.

—¿Quién eres? —dijo el gigante, que, embargado por un temor reverencial, se arrodilló ante el niño.

El niño le sonrió al gigante y le dijo:

—Alguna vez me dejaste jugar en tu jardín y ahora vendrás a jugar en el mío, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron corriendo por la tarde, encontraron al gigante muerto bajo el árbol, completamente cubierto de flores blancas.





El pescador y el pececito dorado

Aleksandr Pushkin (Rusia)

En un lejano pueblito, a la orilla del mar, vivían un viejo pescador y su vieja esposa en una casucha de barro muy deteriorada. Desde hacía treinta y tres años el viejo se dedicaba a pescar con su red en el mar, mientras la esposa tejía en su telar en la cabaña. Eran muy pobres.

Un día, el viejo echó su red al mar y la sacó llena de espuma marina. La lanzó por segunda vez y el mar le devolvió la red llena de algas. En un tercer intento, la red salió solo con un pequeño pez, pero no uno cualquiera, era un pez dorado. El pececito saltaba en la red y de pronto habló con voz humana:

—¡Suéltame, por favor, anciano! Puedo pagarte muy bien por mi libertad, ya que puedo darte cualquier cosa. Solo dime qué recompensa quieres.

El viejo, que llevaba treinta y tres años pescando en ese mismo lugar, se sorprendió al oír esas palabras. Nunca antes había oído a un pez hablar. Así que soltó al pececito dorado y le dijo con cariño:

—Ve con Dios, pececito. No necesito nada de ti. Vuelve a las aguas del mar y pasea tranquilo en la inmensidad.

Al regresar a casa, le contó a su esposa el extraño suceso:

—Hoy atrapé un pequeño pez, pero no un pez cualquiera, era uno dorado. El pececito sabía hablar y me pidió que lo soltara, ofreciéndome a cambio lo que yo quisiera. Pero no me atreví a pedirle nada y lo dejé libre.

La anciana se enojó con el viejo pescador y le dijo muy molesta:

—¡Qué tonto eres! ¿Cómo no se te ocurrió aceptar una recompensa? Podrías haber pedido una estufa nueva. ¿No ves que la nuestra está rota? Ve a buscarlo inmediatamente y pídesela.

Entonces el viejo volvió a la orilla del mar, cuyas aguas tenían un ligero oleaje, y comenzó a llamar al pececito dorado. El pez llegó y le preguntó qué quería. Con mucho respeto, el viejo le habló:

—Perdóname, señor pececito. Es que mi esposa está muy enojada y me obligó a que viniera a hablarte. Dice que necesita una estufa nueva, porque la nuestra se dañó.

—No te preocupes —contestó el pez dorado—, regresa tranquilo a casa. Tendrán una estufa nueva.

Al llegar a casa, el viejo pescador encontró a su esposa con la estufa nueva. Pero ella, en vez de alegrarse, estaba aún más enojada con su marido y otra vez le gritó:

—¡Qué tonto eres! Conseguiste apenas una estufa. ¿Acaso crees que una estufa nueva es suficiente? Vuelve al mar, tonto, y consíguenos una casa nueva.

Otra vez tuvo que ir el viejo pescador a la orilla del mar. Ahora las aguas azules se habían tornado grisáceas. Comenzó a llamar al pececito dorado. Este llegó y le preguntó qué quería. Con respeto, el viejo le dijo:

—Perdóname, señor pececito. Es que mi esposa ahora está más enojada que antes. No me deja en paz la muy gruñona. Ahora dice que quiere una casa nueva.

—No te apenes, viejo pescador. Regresa tranquilo. Tendrán una nueva casa.

Al llegar de vuelta, el viejo vio con sorpresa que ya no estaba la vieja casucha de barro. En su lugar había una gran casa iluminada, con paredes de ladrillo y puertas de madera. Bajo una ventana, la anciana, sentada, lo esperaba furiosa.

—¡Qué tonto eres! Solo pudiste conseguir una casa. Yo no quiero ser más una pobre campesina. Quiero ser una señora noble y rica. Anda y díselo al pececito dorado.

Otra vez partió el viejo pescador a la orilla del mar, cuyas aguas azules estaban revueltas. Llamó al pececito dorado, que llegó preguntando:

—¿Qué deseas, viejo pescador?

El viejo, avergonzado, le contó al pececito que su mujer le reclamaba furiosa y le exigía más y más.

—Dice mi esposa que ya no quiere vivir como una campesina, ahora quiere ser noble y rica. No me deja en paz la muy ambiciosa. Ayúdame, por favor.

Una vez más, el pececito le dijo al viejo que estuviera tranquilo y que regresara donde su mujer. El viejo se fue.

Esta vez se encontró con una enorme mansión de piedra. A la entrada vio a su esposa con ropas elegantes, de seda y terciopelo, adornada con anillos, aretes y collares, todas joyas preciosas. La mujer estaba rodeada de sirvientes asustados, a quienes maltrataba y golpeaba a su antojo. Asombrado, el viejo le dijo:

—Buenos días, mi señora. Ya estarás contenta con todo lo que has obtenido.

La mujer apenas lo miró, lo hizo callar y lo mandó, a gritos, a trabajar en la caballeriza. Así pasó un par de semanas, sin novedad alguna. Pero un día, la insaciable mujer envió de nuevo al viejo pescador donde el pececito dorado. Ya no quería ser una señora noble y rica, ahora se le había ocurrido que quería ser una reina.

El pescador se asustó y le dijo:

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo pretendes ser una reina si no sabes caminar ni hablar como corresponde? Serás el hazmerreír del reino entero.

Al oír estas palabras, la mujer se enfureció y echó a su marido a golpes y empujones, diciéndole:

—¡Cómo te atreves a hablarme así, a mí, una señora noble y rica! Anda al mar, haz lo que te digo. Si no vas por las buenas, te llevarán a la fuerza.

El viejito llegó de nuevo a la orilla del mar. Sus aguas estaban negras y las olas reventaban con estrépito. Llamó al pececito dorado, que llegó preguntándole qué deseaba.

—¡Perdóname, señor pececito! La codicia se apoderó de mi mujer. Ahora ya no quiere ser noble y rica, se le ocurrió que quiere ser una reina.

—Está bien, viejo, no te apenes. Que la mujer sea una reina —contestó el pez dorado.

El viejo regresó y se encontró con un palacio real. En un salón del palacio, la anciana estaba vestida de reina, muy instalada a la mesa, con cortesanos sirviéndole vinos exóticos y comidas exquisitas. Alrededor del palacio había un ejército de feroces guardias, armados con espadas.

Nuestro viejo pescador se asustó, le hizo una gran reverencia a su esposa y le dijo:

—Buenos días, gran reina. Ahora sí estarás complacida, mi señora.



La vieja ni miró al que era su marido y ordenó a sus súbditos que lo echaran lejos de su vista. Llegaron los cortesanos y lo sacaron a empujones. En las puertas del palacio los guardias se le tiraron encima y casi lo matan a golpes. La gente se reía, diciendo:

—¡Bien merecido te lo tienes, viejo ignorante! Así aprenderás a no meterte donde no debes.

Así pasaron un par de semanas, sin novedad alguna. Pero un día la anciana, no contenta con todo lo que tenía, ordenó a sus guardianes ir al pueblo y encontrar al viejo pescador. Cuando lo tuvo al frente, le dijo:

—Ve al mar y habla con el pez. Ya no quiero ser solo una reina, quiero gobernar todos los mares. Deseo vivir en las aguas profundas y tener al pececito dorado como mi siervo, para que haga lo que yo ordene.

El viejo pescador no se animó a decir una sola palabra y partió hacia el mar azul. Al llegar, sus aguas estaban embravecidas en una enorme tormenta. Las olas se levantaban furiosas y el viento aullaba hacia el cielo. Comenzó a llamar al pececito dorado, que llegó preguntándole qué quería. Así le habló el pescador:

—¡Perdóname, señor pececito, apiádate de mí! ¿Qué puedo hacer con la maldita vieja? Se ha vuelto loca de ambición. Ya no quiere ser una reina, quiere ser la gobernante de los mares, vivir en las aguas profundas y tenerte de siervo para que hagas lo que ella ordene.

El pececito ni siquiera contestó. Saltó sobre el agua y desapareció para siempre entre las olas. El viejo pescador se quedó un largo rato esperando respuesta y, luego, regresó donde la mujer. Cuando llegó se encontró con la antigua casucha de barro destartada y a su anciana mujer amargada y con sus ropas andrajosas de antes, frente a la estufa rota.



Tres perros

Fernando Alonso (España)

Había una vez un perro que ladraba a la Luna. Pensaba que la Luna era el ojo de la noche.

Y la noche es la casa donde viven las sombras. Aquel perro tenía miedo de las sombras. Por eso ladraba y ladraba a la Luna. Para espantar a las sombras.

Al perro le dolía la garganta de tanto ladrar.

Pero estaba contento porque había conseguido librarse de su miedo a la noche y a las sombras.

Por eso, dio la espalda a la Luna y comenzó a alejarse.

El perro caminó y caminó hacia el lugar donde salía el Sol.

Y, después de un largo camino, llegó a una playa. Allí encontró a un perro que ladraba al mar.

Aquel perro pensaba que el mar, con sus oleajes y tempestades, sus monstruos y sus naufragios, era el lugar donde vivía el miedo.

Aquel perro temía al miedo. Y, por eso, ladraba al mar.

El perro que ladraba a la Luna unió sus ladridos a los del perro que ladraba al mar.

Porque él también tenía miedo del mar... ¡y del miedo!

Con la fuerza de sus ladridos, los dos perros consiguieron asustar al mar y al miedo.

Por eso, decidieron continuar su camino juntos.

Por eso, echaron a andar hacia donde nacía el Sol cada mañana.

Caminaron y caminaron hasta llegar a las puertas del desierto.

Y allí encontraron a un perro que ladraba al desierto.

Aquel perro pensaba que el desierto era la casa donde vivía la soledad.

Los dos perros comenzaron a ladrar al desierto; porque, también ellos, tenían miedo de la soledad.

Los tres perros ladraron y ladraron al desierto.

Hasta que consiguieron asustar a la soledad.

Entonces, echaron a andar juntos.

Y, juntos, se dirigieron hacia el horizonte, hacia donde salía el Sol; porque era allí donde se abrían las puertas del día.

Por el camino, los tres perros hablaron de sus alegrías y de sus tristezas.

Y, juntos, se rieron de las preocupaciones y de los miedos de aquella “vida perra” que llevaban.

De pronto, al doblar un recodo del sendero, se encontraron con un león.

Por el brillo acerado de sus ojos, supieron que el león había salido de cacería.

Los tres perros sabían que en las fauces del león vive la muerte.

Por eso, comenzaron a ladrar.

Ladraron mucho más fuerte que cuando ladraban a la noche, al mar y al desierto. Porque temían a la muerte mucho más que a las sombras, a la soledad y al miedo.

Al oír aquellos ladridos tan terribles, y al ver los seis ojos que brillaban en la oscuridad, el león dio media vuelta y se alejó en busca de otra presa más fácil.

La luz de la mañana comenzó a despuntar por el horizonte.

Y los tres perros lanzaron un aullido de alegría; porque descubrieron que, juntos, podían combatir todos los peligros.

Juntos habían ahuyentado al miedo, a las sombras y a la soledad.

Juntos se habían librado de la muerte. Y juntos, con sus ladridos, habían traído la luz de un nuevo día.

Por eso, decidieron que jamás se separarían.

A partir de aquel momento, nunca más volvieron a temer a la noche, a la soledad y al miedo.

A partir de aquel momento los tres perros solo ladraban a la Luna, al mar y al desierto una vez al año. Para celebrar el día en que se habían encontrado.

Y, a partir de aquel momento, comenzaron a vivir, juntos, una nueva vida.





El hombre que toca la flauta celestial

Cuento tradicional chino

Hace muchísimos años, al pie de las montañas Cinco Dedos, vivía un hombre que tocaba maravillosamente la flauta de bambú. Tan bien la tocaba, que el sinsonte no se atrevía a competir con él, el turpial no entonaba tan bellas melodías y ni siquiera el mirlo trinaba con tan rica sonoridad. Cuando empezaba a tocar la flauta, los pájaros se detenían en pleno vuelo, los campesinos que labraban la tierra dejaban sus faenas, los ancianos se sentían rejuvenecer y los niños saltaban de alegría.

Y tan hermosa era su música que la gente creía que había bajado del cielo, por lo que lo llamaron “el Hombre que Toca la Flauta Celestial”.

Un día, el Rey-Dragón del mar del Sur agasajó a las divinidades con un banquete en la playa al pie de las montañas Cinco Dedos. Ocho mil divinidades con ricas y exóticas ropas charlaban y gozaban bebiendo en torno del anfitrión, que llevaba un hábito ceñido con un cinturón de jade. Y precisamente aquel mismo día de la fiesta, “el Hombre que Toca la Flauta Celestial” llegó a la playa para pescar. Echó la red sobre el mar apacible, se sentó sobre una piedra limpia y lisa, y comenzó a tocar la flauta.

En ese mismo instante, cuando el Rey-Dragón levantaba la copa para brindar con sus huéspedes, oyó un sonido tan maravilloso como nunca creyó haber oído antes. Todas y cada una de las divinidades se quedaron en suspenso; incluso se olvidaron de las mesas repletas de manjares y dejaron

caer sus copas de jade. El Hombre de la Flauta no sabía ni podía imaginarse que en aquel momento tantas divinidades estuvieran escuchando cómo tocaba su flauta. Y las divinidades, por su parte, estaban convencidas de que quien así la tocaba sin duda debía haber descendido del cielo.

Tanto le gustó al Rey-Dragón el sonido de aquella flauta que quiso encontrar al músico para que le enseñara a su hijo a tocar el instrumento. Y, siguiendo la dirección de donde venía el sonido, halló al hombre, el cual, después de oír su invitación, recogió su red, metió la flauta en su ancho cinturón y siguió al Rey-Dragón hasta su palacio.

Después de tres años, el hijo del Rey-Dragón había aprendido a tocar la flauta de bambú, por lo que el flautista, que añoraba a su familia y a su pueblo, le rogó al padre que lo dejara volver a casa. El Rey-Dragón, agradecido, aceptó su petición y le pidió a su hijo que acompañara al maestro para que escogiera dos regalos, los que quisiera, del tesoro real.

Allí había cientos de piedras preciosas rojas, amarillas y azules, lingotes de oro resplandecientes y miles de valiosísimos objetos. El flautista recorrió detenidamente el salón del tesoro del Rey-Dragón y al ver una cesta cilíndrica hecha de tiras de bambú pensó: “Este canasto me puede servir para guardar los camarones y peces que atrape con la red”. Así que la tomó y la sujetó al cinturón. Después, en un armario, descubrió una capa para la lluvia y pensó: “Con esta capa puedo ir a la playa a pescar los días de lluvia y viento”. Y este fue el segundo y último regalo que escogió.

Al salir de la sala del tesoro, el hijo del Rey-Dragón, muy intrigado, le preguntó:

—¿Por qué has escogido estos objetos tan sencillos entre montones de oro, plata, perlas y piedras preciosas?

El maestro le contestó con una sonrisa:

—El oro y las piedras preciosas se gastan y desaparecen. En cambio, con esta cesta de bambú y esta capa para la lluvia puedo ir de pesca todos los días y con los peces que atrape nunca pasaré hambre.

Pero cuando regresó a su casa y fue por vez primera a pescar, el hombre de la flauta descubrió que aquellos regalos eran realmente dos objetos

maravillosos. Al volver de la pesca, la cesta de bambú siempre rebosaba de relucientes peces, y la capa, desplegada, lo llevaba volando al lugar donde abundaba la pesca en el mar del Sur.

De esta manera, con la cesta de bambú y la capa para la lluvia, “el Hombre que Toca la Flauta Celestial” llegó volando a su casa, cerca de las montañas Cinco Dedos, y tan pronto como tocó su flauta, el sonido se extendió por el firmamento y el mundo entero se llenó de júbilo y alegría.





La herencia oculta

Esopo (Grecia)

Un campesino tenía varios hijos a los que no les gustaba trabajar la tierra. Por eso el hombre temía que, a su muerte, ellos vendieran la viña y salieran a vagar por el mundo.

Sintiendo que la muerte se aproximaba, llamó a sus hijos y les dijo:

—Quiero que sepan que durante mucho tiempo fui acumulando un tesoro que les dejo en herencia. Solo puedo decirles que se encuentra escondido en la viña. Pueden venderla si no les agrada trabajar la tierra, pero antes encuentren esa herencia que les dejo y repártansela como buenos hermanos.

Después de enterrar al campesino, los hermanos se dieron a la tarea de encontrar su herencia oculta en la viña.

Comenzaron por una punta y excavaron la viña sin dejar un centímetro de tierra sin remover. No encontraron tesoro alguno. Pero como las uvas ya maduraban, no quisieron vender la viña todavía. Y la viña, cuya tierra nunca había sido removida de esta forma, produjo en tal abundancia que los hermanos ganaron un dineral.

Entonces los hijos comprendieron que lo que su padre les había dejado era la inagotable riqueza que esconde la tierra y que solo entrega a los que año tras año se encorvan sobre el azadón para trabajarla.



La pata Dedé

Cuento tradicional

Hace muchos años una buena mujer, cansada del frío que hacía en su ciudad, decidió irse a vivir a un pueblo de tierra caliente. Así que después de vender su casa, juntó a sus nueve hijos y les pidió que cada uno llevara consigo un poco de ropa. Ella hizo lo mismo, aunque incluyó en su equipaje una canasta en la que guardó a su pata consentida, llamada Dedé, porque todos los días ponía un huevo.

Al llegar a la estación del tren, la buena mujer quedó sorprendida al ver el letrero que había junto a la ventanilla de los boletos: “No se permite viajar con animales”.

—Imposible separarme de Dedé —dijo para sí—. Además, ya no podemos regresar porque vendí la casa. No me queda más remedio que viajar con mi querida pata.

—Deme diez boletos —dijo con prisa.

—¡Cuac, cuac! —se escuchó desde el fondo de la canasta.

—Disculpe, señora, no la oí bien —respondió el vendedor.

—Quiero diez boletos.

—¡Cuac, cuac!

—¿No escuchó usted un graznido de un pato?

—¿Un pato? ¡Yo no escuché nada!

—¡Cuac, cuac! —volvió a oírse desde la canasta.

—Señora, será mejor que no me mienta: usted lleva un pato ahí.

—¿Un pato?, ¿yo?

—¡Cuac, cuac!

—Está prohibido viajar en el tren con animales. ¿No leyó el letrero? Abra la canasta que lleva en la mano.

—¿Por qué debo abrirla?

—Porque usted lleva un pato escondido ahí. Si quiere que le venda los boletos, primero debe abrir la canasta.

—Está bien, señor. La voy a abrir con una condición: si llevo aquí un pato, se lo regalo, usted me vende mis boletos y asunto arreglado. Pero si adentro no hay un pato, entonces usted me regala los diez boletos y yo podré viajar con el animalito que llevo en la canasta.

—Acepto el trato por dos razones —respondió el vendedor—: primero, porque al menos ya reconoció que lleva un animal y, segundo, porque me encantaría un pato al horno para la cena. Abra la canasta.

La gente que estaba en la estación comenzó a rodearlos, pendientes de la apuesta que habían hecho la señora y el vendedor de los boletos. Los nueve hijos estaban nerviosos porque sabían que Dedé era la que graznaba desde la canasta y su mamá podía perder la apuesta.

—Muestre ya lo que lleva adentro, señora, el tren está por salir.

—¿Sigue el trato en pie?

—Claro. Ya me estoy saboreando la cena.

Ante los ojos de sus hijos, de varios curiosos y del vendedor, la señora levantó la tapa de la canasta. Dedé se asomó:

—¡Cuac, cuac!

—¡Pato al horno! ¡Pato al horno! —gritó lleno de entusiasmo el vendedor de los boletos del tren—. ¡Pato al horno para mi cena!

—Un momento —dijo la señora.

Levantó un poco más la tapa y buscó algo en el interior de la canasta. Luego sacó un huevo.

—Como bien puede ver —dijo mostrando el huevo—, no es un pato lo que llevo aquí. Es una pata.

Todos los curiosos sonrieron al ver la escena:

—¡Ganó la señora! —exclamaron.

—¿Quieren que le dé gratis los boletos del tren? —preguntó el vendedor.

—¡Sí! ¡Es una pata! —respondieron los curiosos.

El vendedor apretó los dientes y cerró los puños de la rabia que le dio por perder la apuesta. Tomó diez boletos y se los entregó a la señora.

Cuando ella y sus nueve hijos se subieron al tren se alcanzó a escuchar a Dedé exclamar:

—¡Cuac, cuac!





Fregao de ángel

Rafael Arango Villegas (Colombia)

Yo era muy feo cuando estaba chiquito. Mucho más feo que en la actualidad, aunque ello parezca una exageración. Las gentes que me conocieron de niño dicen que no se explican cómo me crie.

Los muchachitos que levantaron en la calle de la Quiebra del Guayabo, entre los años de 1890 y 1900, se volvieron casi todos cardíacos. ¡Claro! Se encontraban conmigo por allí a las seis y media de la tarde, lanzaban un grito, les daba el corazoncito dos o tres voltacanelas y quedaban cardiaquitos para todo el resto de su vida.

En todas las casas del barrio me tenían a mí como coco para espantar a los niños. Jorge y Alberto Arango, que eran neciesísimos y muy berrietas, no se dormían nunca sino cuando, después de amenazarlos con el loco “Cuyabra” y con “Tillo”, les decían que me iban a llamar a mí. En el acto se dormían como dos pericos, sin rezar las oraciones y sin tomar el tetero.

Pero así, feo y todo, tuve la honra de ser exaltado a la más alta dignidad a que puede aspirar sobre la Tierra un hombre: ¡estuve de ángel! Como lo oyen: ¡de ángel! Fue en los Corpus de 1896. Las cosas pasaron de esta manera: las señoras que habían sido comisionadas para arreglar el altar principal acordaron colocar en él dos angelitos, y fueron a casa a solicitar en préstamo una parientica mía, muy crespita, muy rubiecita y muy linda.

Se la prestaron. La víspera enviaron a la casa los angelicales arreos: un par de alas, la coronita de rosas, las sandalias de cartón plateadas y unos rebujos de gasa. Esa noche enfermó la chiquilla, sin duda, de la emoción.

Cuando, al otro día, poco antes de la fiesta, fueron las señoras a casa a vestir a la niña para llevarla al altar, sufrieron una contrariedad extraordinaria. Aquello era un contratiempo enorme, casi un fracaso. ¿Qué hacer, si ya era tarde y la procesión iba a comenzar enseguida? Los angelicales aparejos estaban en un rincón.

—Pues si ustedes quieren —les dijo mi madre, viendo la confusión en que estaban—, yo les puedo prestar este muchachito para que lo pongan de ángel.

Las señoras me miraron, se miraron entre sí y se guiñaron los ojos.

—El muchachito no es bonito —agregó mi madre—, pero es muy robustico. Quiere decir que lo pintamos bien.

Dizque “robustico”, cuando yo parecía uno de esos muchachitos que conservan entre alcohol en frascos.

Las señoras continuaban mirándome y mirándose entre sí, sin acertar a contestar palabra. Y como mi madre notó que me miraban especialmente a los pies, estimó conveniente anticiparse a decir:

—Lo de los piecitos podemos arreglarlo poniéndole unos botines, en lugar de sandalias.

—Pues, bueno —dijo una de las señoras—: así, tapándole los piecitos, sí lo podemos vestir.

Y se procedió a la obra. Me pusieron el vestido bueno, el “uniforme”, que era una blusita de paño, estilo marinero, con un peto blanco y unos calzoncitos, también de paño, que me llegaban hasta una cuarta más abajo de la rodilla. El resto de la canilla, hasta el tope con el botín, lo cubrían unas mediecitas blancas a listas verdes y coloradas, pero no a lo largo, sino de través. Y, por último, unos botines de resorte cerraban el conjunto y servían como de pedestales a aquella magnífica estatua de singular elegancia. No me gustaba que los botines tuvieran esas orejas tan largas, lanzadas hacia afuera en forma horizontal, como las espuelas de un gallo. Por lo demás, me sentía supremamente elegante y no me atrevía a mover un dedo, de miedo a que se formara alguna arruga o se hiciera algún desperfecto. Enseguida las señoras me acomodaron las alas, me pusieron la corona, me pintarrajearon la cara y me ciñeron las gasas.

Nos fuimos para la plaza. Innecesario decir que yo apenas pisaba el suelo de orgullo y que la felicidad me embargaba. Ya sobre el altar se me ocurrió una idea brillante, que causó mucha sensación y dio a la fiesta un realce extraordinario: como yo había visto en los “registros” que los angelitos nunca están parados en los dos pies, sino que apoyan uno en una nube y el otro lo mantienen levantado, como en actitud de volar, levanté una patita con mucha gracia y me estuve en patasola hasta que terminó la fiesta, que duró una hora. Esta idea me valió las más calurosas felicitaciones. Las señoras me abrazaban y el cura me regaló “una casa” de corozos y unos recortes de hostias.

Como en la iglesia me estaban tallando mucho los botines, me los quité y me fui hasta la casa en medias. Por la calle, los muchachos, muertos de la envidia, me jalaban de las puntas de las alas y no me dejaban casi caminar.

Yo no pensaba quitarme en todo el día la celeste indumentaria, y hasta pensaba dormir con ella si no me lo impedían. En la casa resolvieron hacerme retratar así, vestido de ángel, y salimos todos para la fotografía. Entonces sí yo estaba en el colmo de la vanidad y del orgullo. Pero... ¡oh, miseria!, en la primera esquina había un grupo como de diez muchachos.

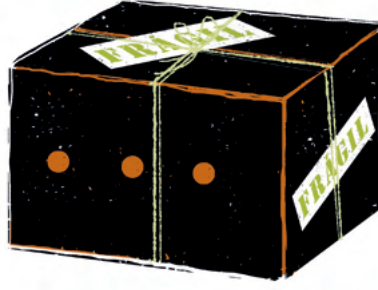
Cuando íbamos pasando cerca, uno de ellos dijo a los demás:

—Este muchacho estaba parado en el altar, dizque de ángel, y parecía un gallinazo parado en un entejado.

¡El símil se me fue hasta el alma! ¡Fue una estocada!, ¡una puntilla!, ¡un cañonazo! Allí mismo me emperré, solté a llorar a todo pulmón y, en vez de seguir para la fotografía, me fui corriendo a la casa, me quité las alas, las volví pedazos y me metí debajo de la cama.

No salí hasta por la noche y, como estaba todavía bravísimo, no quise tomar la aguapanela y me acosté sin rezar...

El autor en este cuento utiliza una ortografía que se sale de las normas intentando imitar las formas del habla popular de su región.



Una pequeña discusión

Saúl Schkolnik (Chile)

Cuando en el pueblo se supo que un sobrino de don Timoteo, un muchacho que vivía en una ciudad al norte de África, le había enviado desde allí un camaleón de regalo, comenzaron las discusiones acerca del tema.

Lo primero que debo aclararles es que jamás, jamás, en Putreco* habían visto un camaleón, ni siquiera habían oído hablar de él.

Don Timoteo fue hasta el correo con paso calmado, aunque ardía de ganas de ver de qué se trataba. Se dirigió hasta la oficina postal para retirar el paquete.

Recibió la caja de manos de la señorita encargada del correo y regresó a su casa, ahora rodeado por todos los vecinos.

Una vez allí tomó la caja en la cual venía el regalo y la depositó suavemente —en la caja decía “FRÁGIL”— en la mesa que estaba en el patio, bajo el parrón**. Miró la caja. Medía aproximadamente unos sesenta centímetros de largo, treinta de ancho y treinta de alto.

A una de sus nietas le llamaron la atención unos pequeños hoyos circulares.

—Mira, abuelo, hay unos hoyitos en la parte de delante de la caja.

Todos miraron los hoyos.

—Y aquí —descubrió otro nieto— dice que esta parte va para arriba.

* Pueblo imaginario creado por el autor.

** Viña que se ha quedado sin podar.

—Bueno —se tranquilizó don Timoteo—, menos mal que coloqué la caja con esa parte para arriba.

—¿De qué se trata? —preguntó un vecino que acababa de llegar.

—Es mi sobrino Tomasito, el que vive en el norte de África, que me manda un camaleón de regalo.

—¿Un camaleón? —preguntó uno de los nietos de don Timoteo—. ¿Y qué es un camaleón, abuelo?

A don Timoteo no le gustaba parecer ignorante, y menos a los ojos de sus nietos.

—Mira, Maxi —le respondió—, este camaleón viene del África, así es que debe ser una cosa negra. Tú sabes que allí hay muchos negros... Tiene que ser algo que resista el calor. —Miró a su auditorio cada vez mayor—. Ustedes saben que allí hay un enorme desierto, mi sobrino me ha contado de él... Y, por supuesto —concluyó—, tiene que caber en una caja como esta.

Calló por unos momentos:

—¡Ya lo sé! —exclamó—. ¡Es la caja negra de un avión! Esa que se usa para averiguar por qué ocurrió un accidente.

Todos, alarmados, detuvieron su aliento. Fue la señora Dominga la que preguntó:

—¿Su sobrino tuvo un accidente?

—No, no —la tranquilizó don Timoteo—. Se lo habría contado en su última carta a sus padres. No —insistió— debe ser una caja negra que él encontró y me la manda, porque sabe que me gustan las cosas raras y él...

—Usted me va a perdonar, amigo —lo interrumpió la enfermera del pueblo o, como ella se hacía llamar, la “asistente médica”, ya que título de enfermera no tenía—, pero pienso que está equivocado.

Todos la miraron, ahora, a ella. A la asistente médica, muy aficionada a los crucigramas, le gustaba jugar con las palabras.

—Camaleón —murmuró—, camaleón. ¿Sabe, don Timoteo? El camaleón que viene en esta caja debe ser un tipo de cama plegable que tiene forma de león...

Pero entonces le entró la duda:

—¿O será un león plegado que tiene forma de cama?

Como en todo pueblo que se precie, en Putrenco había un pensador. Y como buen pensador, el señor Filomeno debía, así es, “debía” dar su opinión. Acercándose a la caja, colocó una mano sobre ella:

—Lo voy a pensar —dijo.

Cerró los ojos, como acostumbraba hacerlo cuando se enfrentaba a un problema difícil, y estuvo así unos momentos, mientras todos esperaban ansiosos su palabra; finalmente hizo un gesto ambiguo con el brazo, como señalando algún lugar desconocido, allá arriba, desde el cual le llegaba la inspiración, y comenzó a hablar:

—El camaleón es un arbusto de la familia de los camaeleos, que se caracteriza por tener largas hojas chatas de color morado, un tronco altibajo, flores blancas verdeazuladas y raíces que no requieren ser enterradas, pues no existen.

Claro que nadie —yo creo que ni siquiera él mismo— entendió, pero como era muy respetado en el pueblo, todos exclamaron al unísono con un “¡Ooohhh!” muy profundo.

—¡Es la caja negra de un avión! Esa que se usa para averiguar por qué ocurrió un accidente —insistió, un tanto molesto, don Timoteo.

—Es una cama plegable —porfió la asistente médica.

—Es un pequeño arbusto llamado “arbustivo camaeleos” —insistió el pensador, complementando su afirmación anterior.

—Una caja negra. Caja negra —recalcó don Timoteo.

Muy serio, el dueño de la panadería se adelantó hasta llegar junto a don Timoteo y, con voz que mostraba su superioridad, puntualizó:

—Perdón... ¿ah?... perdón, pero permítanme que yo les aclare algo que ustedes no parecen saber: la palabra “camaleón” deriva de la palabra “chamal”, que es un paño grande que usan tanto los hombres como las mujeres mapuches para cubrirse, y de la palabra “eón”, que significa eterno. O sea, que el regalo que usted acaba de recibir, don Timoteo, no es más ni menos que un chamal eterno.

No muchos, sin embargo, estuvieron de acuerdo con él. Muy molesta, la asistente, reiteró:

—¡Una cama!

Y los otros:

—¡Un arbusto!...

—¡La caja de un avión!

—¡Un chamal!...

De pronto, una vocecita de niño interrumpió la pequeña discusión. Se trataba de uno de los nietos de don Timoteo.

—¡Abuelo!... ¡Abuelo!...

Pero don Timoteo hizo un gesto con el brazo —ese que se hace para espantar una mosca—, como diciendo: “No moleste, niñito, ¿no ve que esta es una cosa de grandes?”.

—¡Abuelo!... ¡Abuelo!... —insistió el muchachito.

—¡Dime!, ¿qué quieres?

—Abuelo, para saber lo que es un camaleón, ¿por qué no abres la caja?





El viejo peral

Isidora Aguirre (Chile)

La chacra* de don Candelario era conocida por los sabrosos frutos de su huerta, y entre sus árboles frutales, los más afamados eran sus perales. Alineados en largas y disciplinadas filas, semejaban verdes soldaditos detenidos sobre la tierra oscura. La primavera los transformaba en novias con sus flores blancas en forma de pequeños candelabros, y el verano les regalaba su abundante y preciosa carga de fruta.

Y he aquí que un año sucedió algo asombroso: un tierno peralillo se escapó de las filas y fue a crecer junto al estanque. Disfrutaba mirando sus florecitas en el espejo del agua, mientras charlaba con los juncos de la orilla.

Don Candelario se rascaba una oreja, intrigado, y fruncía el ceño en señal de descontento. Era un hombre metódico y ordenado, y le parecía un acto de rebeldía el de aquel joven arbolillo que crecía en un lugar que no le correspondía y sin que nadie lo hubiese plantado. ¿Nadie? Eso pensaba don Candelario, porque nunca se enteraba de nada, pero yo estoy al tanto de todo lo que ocurre en su chacra...

Para empezar por el principio, había, entre tan lindos y ufanos perales, uno muy muy viejo. Quizá lo había plantado el abuelo o el bisabuelo de don Candelario, y la verdad es que un peral viejo es algo triste de ver. Algunos árboles, mientras más añosos, más altos y frondosos lucen. En cambio, nuestro anciano peral, con sus ramas nudosas y casi desnudas, y su corteza a trechos

*Granja.

desgarrada, recordaba a esos mendigos en harapos que se nos acercan en torcidas posturas, exagerando su desdicha para conmovernos. Quizá exagero, pero en verdad su aspecto era bastante lastimoso.

Aquel año, el de esta historia, cuando el huerto lucía exuberante florecimiento, el viejo peral tuvo apenas una que otra florcilla en sus ramas. Y esas lluvias que los campesinos llaman “matapajaritos”, porque caen en primavera cuando están las crías de las aves aún tiernas en el nido, estropearon los escasos brotes que dejan las flores para que de ellos crezca la fruta. Solo uno de los brotes se salvó, de modo que cuando los demás perales estaban tan cargados que don Candelario tuvo que apoyar sus ramas con largas varas, nuestro amigo, el viejo peral, ¡lucía una sola pera! Una sola, pero ¡qué hermosa! No había otra en el huerto tan sana y rubicunda, tan hinchada de jugo. Pasó, pues, a ser la alegría de su anciano padre.

Afortunadamente, brotó en una de las ramas altas, y cuando llegó el tiempo de la cosecha, los campesinos no se dieron el trabajo de arrimar al tronco la escalera para coger una sola fruta. No faltó la banda de chiquillos traviosos que vinieron a mortificar al peral, remeciéndolo y dándole de palos para hacerla caer; pero la pera se aferró a la rama con toda su fuerza hasta que los rapaces, cansados, fueron en busca de otras aventuras.

Y no fue ese el único peligro que la acechó. Cuando aún estaba verde, una mariposa nocturna, luego de revolotear por el huerto, se posó graciosamente sobre su redondeado vientre para poner sus minúsculos huevos, de los que nacerían gusanos. Aunque la pera no había asistido a la escuela —ni conocía la palabra “botánica”— sabía que estos gusanos se convertirían luego en mariposas. Pero antes de que aquello ocurriera, se instalarían a vivir con toda comodidad en su interior, alimentándose de su pulpa. Así es que cuando la bella mariposa le preguntó con su amable vocecilla:

—¿Se puede, señora?

—Ay —se quejó ella—, yo diría que “no se puede”.

—Pero —replicó la mariposa— no veo ningún aviso que indique que su casa esté ya alquilada.

—No está alquilada —dijo la pera, a punto de llorar—. Solo que, me pregunto, ¿cómo es que, habiendo tantísimos perales en este huerto, escogió usted este que luce tan anciano y desprovisto?

—Disculpe, señora —dijo la mariposa—, no crea que he elegido a tontas y a locas. ¡No hay otra pera tan fuerte y hermosa en todo el huerto!

—Mil gracias por el cumplido —repuso ella, tímidamente—; pero ¿tendría usted la amabilidad de buscar otra residencia para sus hijitos? Y no es que su amable compañía me disguste —añadió—, solo que, como usted ve, soy aquí algo como una “hija única”. Sus gusanitos cavarán corredores en mi corazón de pera y esto hará que me debilite y me desprenda antes de tiempo de la rama. Y mi anciano padre se avergonzará de no tener ni un solo fruto.

Parecía que una brisa hacía temblar las hojitas del peral, pero eran ellas las que se agitaban diciéndose: “Qué pera tan comprensiva, qué buena hija...”.

Y no sé yo qué más hablaría la pera con la mariposa nocturna, el hecho es que esta última emprendió el vuelo sin haber depositado en la pera sus huevos.

La cosecha de fruta estaba ya por terminar. “De buena manera me voy librando gracias a la altura”, se decía la pera, cuando vio que don Candelario con Pedro, su empleado, se detenía a examinar a su padre. Lo examinaban por un lado y otro, rozaron el tronco, moviendo la cabeza con melancolía. Y ¡cómo se encogió su corazón de pera al escuchar lo que hablaban!

—Mire, Pedro —dijo don Candelario—, este peral está muy viejo, ya no produce. Habrá que derribarlo.

—Como usted diga, don Candelario.

Y sin más, ¡quedó firmada la sentencia de muerte del viejo peral!

Ni qué decir la tembladera de hojitas que se produjo, sin que corriera ni un tanto así de brisa, ya que la sentencia fue firmada a eso del mediodía.

—Ahora sí que me llegó la hora de morir —suspiró el anciano peral—. Y más vale así. Estoy viejo, mis ramas me pesan, las raíces me molestan, la corteza se me está cayendo a pedazos y vivo con temor a que me quiten a mi única y dulce hija.

Pero no era verdad que tuviera deseos de morir: el peral amaba la vida y la pera lo sabía. “Quizá lo dijo”, pensó ella, “para que yo no me aflija”.

Ya se había resignado la pera a ver el fin de su padre cuando, al caer la tarde, un chincol* golpeó con su piquito:

—¿Se puede?

Para una fruta es un honor ser elegida por los pájaros, ya que estos son expertos en distinguir las más sabrosas. La pera repuso con toda cortesía:

—Me honra usted al escogermé, señor chincol. Y apresúrese en probar mi pulpa, porque mañana ya no me encontrará.

—¿Cómo así? —gorjeó el pajarito.

—Mañana, al amanecer, derribarán a mi anciano padre.

—Vaya desgracia —replicó el chincol—. Cuánto lo siento. —Y como le había parecido amable la invitación de la pera a probar su pulpa, le preguntó—: ¿y no hay nada que yo pueda hacer?

La pera tuvo entonces una idea luminosa:

—Pues, sí, creo que hay algo que usted podría hacer...

—¿Qué será? —trinó él.

—Quizá mi padre tenga la posibilidad de renacer... Si usted desea ayudar, por favor, ¡arránqueme el corazón!

—¡Qué horrible favor me pide! —dijo el chincol, angustiado.

—Se equivoca —dijo la pera—. Ya habré cumplido una bella misión si usted me saca el corazón y lo lleva en su piquito hasta la orilla del estanque...

En ese punto, recordó el chincol, con su corta sabiduría de pájaro, que el corazón de una fruta es también semilla...

—¡Ya entiendo, ya entiendo! —gorjeó, animado, sin dejarla terminar—. ¡Quiere usted que su padre reviva de su corazón de pera!

—Así es —repuso contenta la pera.

—Explíqueme, por favor, cómo debo hacerlo —pidió el pajarito.

—Ha de sacar usted con todo cuidado mi corazón, pues él contiene el germen de una nueva vida. Luego lo enterrará a la orilla del estanque, donde

*Nombre dado al copetón o gorrión.

la tierra es fértil y no necesita riego. De esa semilla renacerá mi padre joven y hermoso. Pero no lo deje a la vista, porque algún pajarillo se lo puede comer. Luego regrese a probar mi pulpa; será un honor para mí brindársela.

Nuevamente se agitaron las hojitas, esta vez de alegría y de admiración. Y la savia del viejo peral, que es como la sangre para nosotros, corrió con nuevos bríos, diciéndoles a las hojitas:

—Niñas, creceremos junto al estanque, nos veremos reflejadas en sus aguas y trabaremos amistad con los juncos, que siempre se están agitando, contando entretenidas historias. Y al crecer, sano y frondoso, nuestra sombra cobijará a la hija tan bonita que tiene don Candelario. Vendrá a charlar con su novio, pues, para ese entonces, si no me equivoco, estará en edad casadera...

¡Y qué de cosas no pensó el viejo peral que tanto amaba la vida! Y el chincol, pica que pica, arrancó el corazón de la hermosa pera y luego voló con él hacia el estanque. Allí, pica que pica, lo hundió en la tierra reblandecida, y con sus patitas lo cubrió de tierra. Y partió sin haber probado la pulpa ofrecida, pues la emoción del acto que estaba realizando le hizo olvidar su almuerzo.

En cuanto a la pera, al carecer de firmeza, con el primer soplo de viento se desprendió de la rama y se deslizó suavemente por el tronco hasta quedar sosegada y como dormida sobre la tierra.



Al salir el sol, llegó Pedro con su hacha. Escupió ruidosamente en sus manos, se las restregó y levantó muy alto el hacha. De pronto detuvo su impulso, pues pensó: “Pobre peral. Recuerdo que cuando niño trepé por sus ramas. Perdona”, se disculpó enseguida, “que tenga que derribarte...”.

Al viejo peral no le dolieron los golpes, porque venían de un brazo amigo. Al caer tuvo buen cuidado de no aplastar a su hija que yacía a sus pies, hermosa aún, a pesar de haber perdido su corazón. Al verla, Pedro la tomó y se la llevó a la boca para calmar la sed que le provocó derribar el árbol.

—Vaya —se sorprendió—, ¡qué pera tan deliciosa, qué dulce y abundante jugo!

Al año siguiente, del corazón generoso lleno de pepitas oscuras de la abnegada pera brotó un tierno brote. Luego creció un tallo verde. Los juncos lo ocultaban, y solo al llegar la primavera sus florcitas lo delataron. Y ahí estaba don Candelario y su hija, él rascándose una oreja, intrigado:

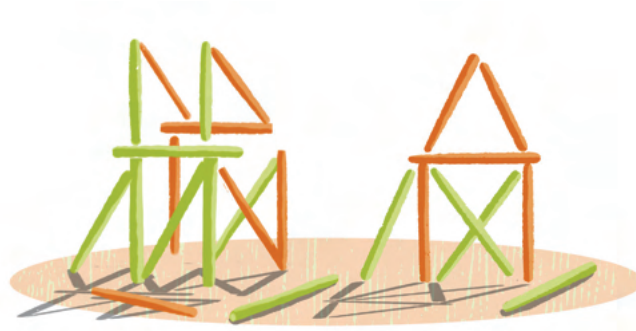
—Lo arrancaré —dijo— para replantarlo en el lugar vacío que dejó el viejo peral que derribamos.

—No, papacito, déjalo, déjalo aquí junto al estanque, será mío y yo lo cuidaré —rogó la niña, enternecida ante el tierno arbolillo—. Se ve tan lindo entre los juncos...

Y las filas de perales, que semejaban soldaditos, lo miraron ceñudos: “¿Qué capricho era ese?”. Y todos, en lo íntimo de su ser, lo envidiaron: debía ser bueno acercarse al estanque y refrescarse en los días calurosos con la sola vista al agua.

Creció el peral y las cosas sucedieron tal como las imaginó la sabia pera: pudo contemplar sus flores en el espejo del agua, y con las brisas de la tarde, llenar el estanque de pétalos blancos. Y cuando llegó el verano y se llenó de hojas, tal como también lo imaginó el viejo peral, pudo escuchar los coloquios amorosos de la hija de don Candelario y su novio, que buscaron su sombra.

De nada de esto se enteró don Candelario, que vive intrigado con lo que sucede en su huerta.



El pequeño albañil*

Edmundo de Amicis (Italia)

Domingo 11. El pequeño albañil vino hoy a casa vestido con una chaqueta abrigada y la ropa vieja de su padre, blanca todavía por la cal y el yeso. Mi padre deseaba que viniera aún más que yo. ¡Qué gusto le dio verlo!

Apenas entró se quitó su viejísimo sombrero, que estaba cubierto de nieve, y se lo metió en un bolsillo. Después se me acercó con aquel andar descuidado, de trabajador fatigado, moviendo aquí y allá su cabeza, redonda como una manzana y con su nariz chata. Cuando pasó al comedor, dio una ojeada a los muebles y fijó sus ojos en un cuadro que representaba a un bufón jorobado, y puso la cara de “hocico de liebre”. Es imposible no reírse al vérsela hacer.

Luego nos pusimos a jugar con palitos. Él tiene una habilidad extraordinaria para hacer torres y puentes que se mantienen en pie de milagro; trabaja en ello muy serio, con la paciencia de un hombre maduro. Entre una y otra torre me hablaba de su familia: viven en un desván; su padre, por la noche, va a la escuela de adultos a aprender a leer; y su madre no es de aquí. Parece que lo quieren mucho porque, aunque él viste pobremente, va bien protegido del frío, con la ropa remendada y el lazo de la corbata bien hecho y anudado por su madre. Su padre, me dice, es muy alto, un gigante que apenas cabe por la puerta; es bueno y siempre llama a su hijo “hociquito de liebre”.

* Esta historia forma parte del libro *Corazón*, en la que cada capítulo es una página del diario de Enrique, el niño que lo escribe.

El hijo, en cambio, es más bien bajo para la edad que tiene.

A las cuatro comimos juntos pan y pasas, sentados en el sofá, y cuando nos levantamos, mi padre no quiso que limpiara el espaldar que el pequeño albañil había manchado de blanco con su chaqueta. Me detuvo la mano y lo limpió después, sin que nosotros lo viéramos.

Jugando, al pequeño albañil se le cayó un botón de la chaqueta y mi madre se lo cosió; él se puso colorado y la vio coser admirado y confuso, sin atreverse a respirar.

Después le enseñé el álbum de caricaturas y él, sin darse cuenta, imitó tan bien los gestos de aquellas caras que hasta mi padre se rio.

Estaba tan contento cuando se fue que se le olvidó ponerse el andrajoso sombrero, y al llegar a la puerta de la escalera, para manifestarme su gratitud, me hizo otra vez la gracia de poner el “hocico de liebre”. Se llama Antonio Rabucco y tiene ocho años y ocho meses...

¿Sabes, hijo mío, por qué no quise que limpiaras el sofá? Porque limpiarlo mientras tu compañero veía era como hacerle un reclamo por haberlo ensuciado. Y esto no estaba bien: en primer lugar, porque no lo había hecho con intención, y en segundo, porque se había manchado con la ropa de su padre, quien a su vez la había ensuciado trabajando; y lo que se mancha trabajando no ensucia; es polvo, cal, barniz y todo lo que quieras, pero no es suciedad. El trabajo no ensucia. Nunca digas de un obrero que sale de su trabajo: “Va sucio”. Debes decir: “Tiene en su ropa las señales, las huellas del trabajo”. Recuérdalo. Quiero mucho al pequeño albañil porque es compañero tuyo y, además, porque es hijo de obreros.

Tu padre.



El traje nuevo del emperador

Hans Christian Andersen (Dinamarca)

Había una vez un emperador al que le gustaban mucho los trajes nuevos y bonitos, por lo que gastaba todo su dinero en estar bien vestido.

Un día se presentaron en su corte dos estafadores que se hicieron pasar por sastres y le dijeron:

—Nosotros podemos hacerte un traje tan hermoso como nunca nadie ha tenido en ninguna época. Además, tiene la ventaja de que aquel que sea necio y no sea digno del cargo que ocupa no podrá verlo. Solo las personas inteligentes serán capaces de ver el traje.

El emperador se alegró con la proposición que le hacían los sastres y les encomendó un nuevo vestido. Así podría estrenar un nuevo traje y descubrir cuáles de sus asistentes no eran dignos de sus cargos.

Ordenó que a los sastres se les diera lana, terciopelo, seda, oro y todo cuanto era preciso para hacer el traje. Los estafadores guardaron los materiales y simularon tejer las telas en un telar vacío y coser el vestido con agujas sin hilo.

Pasaron ocho días y el emperador envió a un ministro de su confianza para saber cómo andaban los trabajos de confección. El ministro llegó y pidió ver el vestido. Los sastres le mostraron los telares vacíos. El pobre ministro abrió los ojos, pero no podía ver nada, porque nada había. Él sabía que aquel que fuera necio e indigno de su cargo no sería capaz de ver aquel traje, por lo que pensó: “No me conviene decir que no puedo ver el vestido”. Así que

fingió verlo y los felicitó. Al llegar al palacio le anunció al emperador que su traje estaba listo y que era el más hermoso que había visto en su vida.

El emperador se hizo llevar aquel traje. Se lo presentaron e igualmente le mostraron los telares vacíos. El emperador también fingió ver el vestido nuevo y apreciar su belleza. Luego se quitó el que llevaba y ordenó que le pusieran aquellas prendas magníficas.

Ataviado con su nuevo traje, el emperador salió a recorrer la ciudad. La gente que lo veía decía:

—El traje nuevo del emperador es incomparable.

Nadie quería admitir que no podían ver nada. Nadie se atrevía a decir que iba desnudo, porque habían oído que únicamente los necios no podían ver el vestido, y cada cual pensaba que solo era él quien no lo podía ver.

De pronto, un niño se fijó en el emperador y dijo:

—¡Miren! ¡El emperador se pasea desnudo por la ciudad!

El emperador supo que el niño tenía razón, sintió que la vergüenza se apoderaba de él y todo el mundo comprendió que, efectivamente, iba desnudo por la calle.

Sin embargo, el emperador soportó el recorrido seguido por dos ayudantes que cargaban una cola que ni siquiera existía.





El dromedario y el camello

Gianni Rodari (Italia)

Un día, el dromedario le dijo al camello:

—Amigo, te compadezco. Permíteme que te dé el pésame.

—¿Por qué? —preguntó el camello—. No estoy de luto. En absoluto.

—Veo —prosiguió el dromedario— que no te das cuenta de tu desgracia. Tú eres claramente un dromedario equivocado por exageración; tienes dos jorobas en lugar de una. Y eso es muy, pero muy triste.

—Perdona —dijo el camello—, yo no quería decírtelo por delicadeza, pero ya que has sacado el tema debes saber que, por el contrario, la desgracia es solo tuya. Tú eres claramente un camello equivocado por defecto: de hecho, tienes una sola joroba en vez de dos, como se debe.

La discusión continuó durante un buen rato, y los dos animales ya estaban por ir a las manos, o a las jorobas, cuando pasó por allí un beduino*.

—Preguntémosle a ver cuál de los dos tiene razón —propuso el dromedario.

El beduino se quedó escuchándolos pacientemente, sacudió la cabeza y respondió:

—Amigos míos, están equivocados los dos. Pero no en las jorobas, pues se las ha dado la naturaleza: el camello es bello porque tiene dos y el dromedario es bello porque tiene una sola. El error está en sus cabezas, porque aún no lo han comprendido.

*Nómadas árabes que habitan los desiertos.





Pintones



La jirafa

Juan José Arreola (México)

Al darse cuenta de que había puesto demasiado altos los frutos de un árbol predilecto, Dios no tuvo más remedio que alargar el cuello de la jirafa.

Cuadrúpedos de cabeza volátil, las jirafas quisieron ir por encima de su realidad corporal y entraron resueltamente al reino de las desproporciones. Hubo que resolver para ellas algunos problemas biológicos que más parecen de ingeniería y de mecánica: un circuito nervioso de doce metros de largo; una sangre que se eleva contra la ley de la gravedad mediante un corazón que funciona como bomba de pozo profundo; y todavía, a estas alturas, una lengua eyéctil que va más arriba, sobrepasando con veinte centímetros el alcance de los belfos para roer los pimpollos como una lima de acero.

Con todos sus derroches de técnica, que complican extraordinariamente su galope y sus amores, la jirafa representa mejor que nadie los devaneos del espíritu: busca en las alturas lo que otros encuentran al ras del suelo.

Pero como finalmente tiene que inclinarse de vez en cuando para beber el agua común, se ve obligada a desarrollar su acrobacia al revés. Y se pone entonces al nivel de los burros.



Una gallina

Clarice Lispector (Brasil)

Era una gallina de domingo. Todavía vivía porque no pasaba de las nueve de la mañana. Parecía calma. Desde el sábado se había encogido en un rincón de la cocina. No miraba a nadie, nadie la miraba a ella. Aun cuando la eligieron, palpando su intimidad con indiferencia, no supieron decir si era gorda o flaca. Nunca se adivinaría en ella un anhelo.

Por eso fue una sorpresa cuando la vieron abrir las alas de vuelo corto, hinchar el pecho y, en dos o tres intentos, alcanzar el muro de la terraza. Todavía vaciló un instante —el tiempo para que la cocinera diera un grito— y en breve estaba en la terraza del vecino, de donde, en otro vuelo desordenado, alcanzó un tejado. Allí quedó como un adorno mal colocado, dudando ora en uno, ora en otro pie. La familia fue llamada con urgencia y consternada vio el almuerzo junto a una chimenea. El dueño de la casa, recordando la doble necesidad de hacer esporádicamente algún deporte y almorzar, vistió radiante un traje de baño y decidió seguir el itinerario de la gallina: con saltos cautelosos alcanzó el tejado donde esta, vacilante y trémula, escogía con premura otro rumbo. La persecución se tornó más intensa. De tejado en tejado recorrió más de una manzana de la calle. Poca afecta a una lucha más salvaje por la vida, la gallina debía decidir por sí misma los caminos que iba a tomar, sin ningún auxilio de su raza. El muchacho, sin embargo, era un cazador adormecido. Y por ínfima que fuese la presa, había sonado para él el grito de conquista.

Sola en el mundo, sin padre ni madre, ella corría, respiraba agitada, muda, concentrada. A veces, en la fuga, sobrevolaba ansiosa un mundo de tejados y mientras el chico trepaba a otros dificultosamente, ella tenía tiempo de recuperarse por un momento. ¡Y entonces parecía tan libre!

Estúpida, tímida y libre. No victoriosa, como sería un gallo en fuga. ¿Qué es lo que había en sus vísceras para hacer de ella un ser? La gallina es un ser. Aunque es cierto que no se podría contar con ella para nada. Ni ella misma contaba consigo, de la manera en que el gallo cree en su cresta. Su única ventaja era que había tantas gallinas que aunque muriera una surgiría en ese mismo instante otra tan igual como si fuese ella misma.

Finalmente, una de las veces que se detuvo para gozar su fuga, el muchacho la alcanzó. Entre gritos y plumas fue apresada. Y enseguida cargada en triunfo por un ala a través de las tejas, y depositada en el piso de la cocina con cierta violencia. Todavía atontada, se sacudió un poco, entre cacareos roncocos e indecisos.

Fue entonces cuando sucedió. De puros nervios la gallina puso un huevo. Sorprendida, exhausta. Quizás fue prematuro. Pero después que nació a la maternidad, parecía una vieja madre acostumbrada a ella. Sentada sobre el huevo, respiraba mientras abría y cerraba los ojos. Su corazón tan pequeño en un plato, ahora elevaba y bajaba las plumas, llenando de tibieza aquello que nunca podría ser un huevo. Solamente la niña estaba cerca y observaba todo, aterrorizada. Apenas consiguió desprenderse del acontecimiento, se despegó del suelo y escapó a los gritos:

—¡Mamá, mamá, no mates a la gallina, puso un huevo! ¡Ella quiere nuestro bien!

Todos corrieron de nuevo a la cocina y enmudecidos rodearon a la joven parturienta. Entibiando a su hijo, ella no estaba ni suave ni arisca, ni alegre ni triste, no era nada, solamente una gallina. Lo que no sugería ningún sentimiento especial. El padre, la madre y la hija hacía ya bastante tiempo que la miraban sin experimentar ningún sentimiento determinado. Nunca nadie acarició la cabeza de la gallina. El padre, por fin, decidió con cierta brusquedad:

—¡Si mandas matar a esta gallina, nunca más volveré a comer gallina en mi vida!

—¡Y yo tampoco! —juró la niña con ardor.

La madre, cansada, se encogió de hombros.

Inconsciente de la vida que le fue entregada, la gallina empezó a vivir con la familia. La niña, de regreso del colegio, arrojaba el portafolio lejos, sin interrumpir sus carreras hacia la cocina. El padre todavía recordaba de vez en cuando: “¡Y pensar que yo la obligué a correr en ese estado!”. La gallina se transformó en la dueña de la casa. Todos, menos ella, lo sabían. Continuó su existencia entre la cocina y los muros de la casa, usando sus dos capacidades: la apatía y el sobresalto.

Pero cuando todos estaban quietos en la casa y parecían haberla olvidado, se llenaba de un pequeño valor, restos de la gran fuga, y circulaba por los ladrillos, levantando el cuerpo por detrás de la cabeza pausadamente, como en un campo, aunque la pequeña cabeza la traicionara: moviéndose ya rápida y vibrátil, con el viejo susto de su especie mecanizado.

Una que otra vez, al final más raramente, la gallina recordaba que se había recortado contra el aire al borde del tejado, pronta a renunciar. En esos momentos llenaba los pulmones con el aire impuro de la cocina y si se les hubiese dado cantar a las hembras, ella, si bien no cantarían, cuando menos quedaría más contenta. Aunque ni siquiera en esos instantes la expresión de su vacía cabeza se alteraba. En la fuga, en el descanso, cuando dio a luz o morisqueando maíz, la suya continuaba siendo una cabeza de gallina, la misma que fuera desdeñada en los comienzos de los siglos.

Hasta que un día la mataron, se la comieron y pasaron los años.





Caballo para toda la eternidad

Manuel Mejía Vallejo (Colombia)

—**E**nseñan cosas los sueños.
—¿Por qué lo decís?

—Siempre dicen verdades mías o de los otros, esas vainas que uno se pone a disimular.

—¿Qué pasó?

—Soñé un sueño legal y triste, en colores. Vos sabés todo lo que me gustan los caballos: enseñándolos, cuidándolos, ayudándolos a envejecer me crie y así voy a morir. ¡El caballo sí es animal de verdad!

—¿Qué tiene que ver eso con tu sueño?

—Necesito empezar desde el principio pa que me comprendás. Aquí mismo entre estos cercos he pasao mi vida, o allí en el establo enseñándolos y sobándolos, o en casa del patrón, oyéndolo hablar de ellos y esperando órdenes, ¡valiente bestia pa mandar ese patrón!

—¿...?

—Sí, desde niño cogí apego a los caballos. Muchas veces he querido ser potro que corre detrasito de la yegua y se aferra a la ubre pa después brincar donde no hay pa qué dar brincos. Tal vez por aborrecimiento al patrón los quiero tanto: mirá este de lucero en la frente, ¿ves? Le pido la mano y me da la mano. Lo llamo y me contesta a su manera. “¡Qui’hubo, Lucero!”, y me sigue esperando que le dé azúcar y que le agradezca con unas palmaítas por habérmela recibido. ¿Estás viendo?

—...

—Tiene alma. Así quisiera ser yo: un padrón suelto en estas mangas, igual a Lucero, pero con malicia pa tumbar al patrón que tenemos los caballos y yo.

—Bueno, ¿y el sueño?

—Allá iba. Anoche soñé que después de morir sin dolor ni pesar me presenté a san Pedro; al verme mal vestido y oliendo a establo, el viejito me mandó de mala gana a una portería escondida por allá. Y lo hizo al saber las humillaciones que por pobre y pendejo he recibido: yo había ganao el cielo pa toda la eternidá.

—¿Y di-aí?

—Me llevaron onde Dios, que estaba muy tranquilo echando sentencias. Gran tipo Dios, se las sabía todas. Me mandó una mirada de esas pa quedarse en uno, se fijó en mi facha y en el sartal de sufrimientos que llevaba encima desde la Tierra, y sonrió completico.

—Te sonrió Dios...

—Tan patentemente que casi me despierto de contento. Es la hora más sabrosa que he vivido.

—Que has soñado.

—Que he vivido. Viví ese momento y entendí que la bondá y la legalidá de otros nos componen, porque después que me sonrió sentí alas al lao de los hombros y unas ganas berriondas de dar gracias y cantar la canción que nadie hasta hoy ha podido cantar: la canción de la felicidad sin jodas.

—¿Y...?

—Entonces Dios me llamó torciendo este dedo, con el mismo que maneja todas las vainas, y me mostró sus lugares pa que escogiera. Ríos encantados, palacios de mármol y nácar y luces. Vírgenes la machería de lindas, bejucas canciones a no sé cuántas voces, espíritus que revolotiaban en el aire limpiecito, lleno de gloria.

—¿Qué sitio escogés? —me preguntó Dios lo más de formal—. ¿Qué querés vos?

—Yo vi todo lo del cielo, todas sus gentes, pero nada ni nadie me arrancó envidia ni me hizo cambiar mis ganas de ser lo que siempre he querido.

—¡Un caballo!

—Un caballo suelto en las mangas verdes del Paraíso, con buenas cercas pa brincar y viento en las crines y arroyos de agua fría y montones y buenas sombras pa tenderme en las tardes. Suelto en esos potreros con otro cielo de nubes que van como cantando y unos azules más azules que estos, y lejos de los gritos de mi patrón: no verlo y no oírlo era ya el mejor paraíso.

—¿Y qué?

—Dios adivinó y sonrió otra vez y me miró como entendiendo mis pensamientos y pendejadas y caprichos, y sin darme cuenta empecé a ser un caballo igualito a Lucero, con crines esponjadas y semejante cola. No podía hablar, te digo, pero también miré a Dios, invitándolo con todo respeto a que montara sobre mi espinazo pa dar un paseo en los yaraguazales* de arriba.

—¡Hombre!

—No se montó, pero yo sabía que estaba conmigo dándome otra vida y haciéndome retozón y aligerao. La felicidad de los que entran allá no es ver a Dios como dicen las biatas, sino estar por ai, como cuando uno se mete en el monte a un charco remansao con sol y pájaros y todo eso. Es sentirse bien dentro y cómodo, y ver bonitas las cosas. Cuando salí a galope volao sabía que algo de Dios iba en las crines y en el lomo y en los ojos y en la frente lucerada. Dios estaba en mí como un sabor bien bueno en una fruta bien madura.

—De veras era en colores el sueño ese.

—Pues en aquel momento (fue una eternidá, pero no duró en mí), canté el comienzo de esa canción que te menté y que nadie había cantao. Anoche en mi sueño de colores empecé a cantar mi canción de un segundo; mejor dicho, un segundo medido en el reló del cielo, en la cabeza de Dios, en el tiempo de allá arriba, que no corre, pero está vivo porque uno mismo es el tiempo, y uno es esa canción que se va cantando sola.

*Pastizales de hierba alta.

—Bueno, fuiste lo que siempre querías.

—Sí, un caballo entero y libre de mi patrón, libre de la muerte y de la misma vida, pero viviendo lo que nadie puede vivir. Libre del hombre que tanto me jodió, libre de sus gritos, de su ladronería y de sus juetes y sus polainas y de su puta cara. Libre de mis malos pensamientos. No más agachadas, no más humillaciones, no más silencios enverraeos por servir a un rico sin alma.

—Te da envidia.

—No. Es cierto que él tiene lo que quiere, y puede comprar grandes cosas, fincas, ganao; puede viajar y gritar sin miedo y creer que se da la gran vida. Pero yo tenía a toda hora mis ganas de ser un caballo brioso y fino, de crines alborotadas en los cerros bajo los palos más altos. Y al fin Dios pudo oírme y hacerme ese menco de favor... Pero, ¿sabés?, ni la eternidá vale un culo cuando uno ha sido lo que es: cuidador de caballos pa un hijueperra...



Porque en ese pedazo de eternidá de mi sueño muchas cosas seguían pasando aquí abajo: el patrón envejeció hasta llegar al pie de la muerte con los remordimientos más berriondos, pero como ellos nunca la pierden, tuvo la idea de dejar pa obras benéficas su capital de biato sin oficio, seguro de comprar balcón en ese cielo que yo, vuelto caballo, gozaba como no se diga con humildá feliz, con alegría de potro cerrero en esos yerbales frescos y con tamañas flores. Esa yerba que pisaba allá arriba entre arroyos y a la sombra de árboles más verdes que todos los verdes de la Tierra. Esa yerba de...

—¿Y el patrón?

—Pues estiró la pata y llegó al cielo, ¡también él llegó! En la portería principal, san Pedro lo recibió con qué saludos y lo entró por la entrada grande pa ver a Dios. Dios en ese momento se me puso triste, creo que le dolió mi corazón de potro con crines que ya conocían el viento celestial... Pero el patrón asomó su jeta y después de ver con aire de mandón los terrenos del cielo, como veía los terrenos aquí abajo, y tan enseñao a ganar en sus trueques, empezó a decir que Dios ya sabía que con su dinero se salvaron muchas almas; que con su dinero guardao toda una vida de agiotista, muchos huérfanos y salvajes y cojos y viejos tuvieron casa, religión, comodidades, salvación; en fin, como el que peca y reza empata, le dijo a Dios que tenía merecidos los goces del cielo pa siempre jamás... ¡Carajo!, el patrón en el cielo lo mismo que los santos y los mártires. Él, que nunca... ¡Él, codiándose con los gamonales de allá arriba!

—A esas, ¿Dios qué?

—Esperá, estoy pensando, mis sueños me dicen una verdá mía, te repito, o una verdá hombre: esa cosa que llama destino.

—El destino.

—Hay algo que nadie puede cambiar en el mundo, hay gritos que nadie oye ni consuela. Se nace para ser... ¿Creés en el destino?

—Puede ser.

—¿Creés en los sueños?

—Puede.

—¿Creés en la justicia? Pues el destino la jode. Nace para ser...

—Bueno, ¿y Dios? ¿Delante del patrón qué hacía?

—Callaba con qué silencio. Miró al patrón (es cierto que su mirada era diferente de esa que me dedicó a mí), pero lo miró y creo que una pregunta pa él mismo se le metió en los ojos azules, de un azul que... El patrón siguió hablando y hablando. Al fin Dios, como quien se transa en un negocio por haber dao antes su palabra, le dijo sin mostrarle lo que me mostró a mí y tendiendo la mano en redondo, aburrido de ser Dios:

—Escogé y se te concederá.

Entonces el patrón atisbó todo con el modito que usaba en las ferias, dio un zurriagazo de contento en sus polainas de chalán y dijo pa cerrar el negocio:

—Sabés, Señor, que tuve una afición en la vida: por eso te pido que me hagás por siempre jinete de aquel hermoso animal.

—... Y yo, el más brioso y fino del cielo, me vi obligado a llevar al patrón sobre el espinazo. ¡Allá arriba también! ¡Era su caballo pa toda la eternidá!



El autor en este cuento utiliza una ortografía que se sale de las normas intentando imitar las formas del habla popular de su región.



La mata

Tomás Carrasquilla (Colombia)

Vivía sola, completamente sola, en un cuarto estrecho y sombrío de cabo de barrio. Sus nexos sociales no pasaban de la compra, no siempre cotidiana, de pan y combustible en algún ventorrillo cercano; del trato con su escasa clientela; y de sus entrevistas con el terrible dueño del tugurio. Este hombre implacable la amenazaba con arrojarla a la calle cada vez que le faltase un ochavo siquiera del semanal arrendamiento. Y, como pocas veces completaba la suma, vivía pendiente de la amenaza.

Después de ensayar con varios oficios, vino a parar en planchadora de parroquianos pobres, que para ricos no alcanzaban sus habilidades. Faltábale trabajo con frecuencia y entonces eran los ayunos al traspaso. El hambre, con todo, no pudo lanzarla a la mendicidad.

Era uno de esos seres a quienes la rueda de la vida va empujando al rodadero, sin alcanzar a despeñarlos. Más que vieja, estaba maltrecha, averiada por la miseria y las borrascas juveniles. De aquella hermosura soberana, que vio a sus plantas tantos adoradores, no le quedaba ni un celaje. De sus haberes y preseas de los tiempos prósperos solo guardaba el recuerdo doloroso. De aquel naufragio no había salvado más que el cargamento de los desengaños.

Su historia, la de tantas infelices: de cualquier suburbio vino, desde niña, a servir a la ciudad; pronto se abrió al sol de la mañana aquella rosa incomparable y... lo de siempre. ¡Pobre flor!

Dos hijos tuvo y fueron su tormento. El varón huyó de ella y se fue lejos, no bien se sintió hombrecito. Su hija, un ángel del cielo, la recogió el padre, a los primeros balbuceos, donde nunca supiese de su madre.

Ni un amigo ni una compañera le quedaban en su ocaso, a ella que los tuvo sin cuento en su cenit; ni una palabra de conmiseración a ella que oyera tantas lisonjas. Y las pocas veces que imploró un socorro de algún bolsillo en otros tiempos suyo no obtuvo ni siquiera una respuesta. El desprecio de los unos, el desconocimiento de los otros caían sobre ella como la piedra mosaica sobre la hebrea infiel. La pobre mariposa, ya ciega, sin esmaltes ni tornasoles, se recogió en su espanto para morir entre el polvo abrigado de la gruta.

En su anonadamiento no pensaba en el cielo ni en la tierra; no pensaba en nada que pudiera redimirla. ¡Qué iba a pensar la infeliz! Solo sentía el hambre de la bestia que ya no puede buscarse el alimento; solo el frío del ave enferma que no encuentra el nido.

El hambre material... ¡muy horrible, muy espantosa! Pero esta otra del corazón; esta necesidad de un ser a quien amar, con quien compartir la negra existencia; esta soledad de la vejez, no podía, no era capaz de arrostrarla.

Consiguió un gato, un gato muy hermoso. Pero los gatos, lo mismo que el amigo, huyen de las casas donde el hogar no arde. Dos veces tuvo loro, y uno y otro murieron de inanición. Su desgracia les alcanza hasta a los pobres animales. Si ella consiguiera una compañera que no comiese..., pero ¿cuándo?

Un día, al pasar por la calleja un carro con enseres de una familia en mudanza cayó junto a su puerta un tiesto con una planta. Como se hiciera trizas, lo dejaron allí abandonado. Tomó ella la raíz, sembróla en un cacharro desfondado y lo puso en un rincón, junto a la entrada.

Antes de un año era una planta que llamaba la atención de los transeúntes. Regarla, quitarle las hojas secas, ponerle abono era su dicha; una dicha muy grande y muy extraña. Tan extraña que siempre recordaba a su hijita, las pocas veces que pudo peinarla y componerla. Le propusieron comprársela a muy buen precio. ¿Vender ella su mata? ¡Si le parecía que era persona como

ella; que era algo suyo; que la acompañaba; que sabía lo que pensaba! Su cuchitril no se le hacía ya tan triste ni tan feo. Y la pobre, autosugestionada por esta idea, ya ponía algún esmero en el aseo y arreglo del cuartucho.

La planta iba creciendo a la sombra, como si Dios la bendijese. Y Dios la bendecía, porque consolaba a un alma triste. Un día llegó un brazo hasta el dintel, otro levantó un renuevo, otro se curvó en arco. Su dueña, entonces, clavó dos varas, amarró el tallo, y la guirnalda de brillante follaje y de campanulas purpúreas se fue extendiendo, pomposa y exuberante, hasta formar un dombo. Las gentes se paraban a contemplar tanta gentileza y galanura. La pobre mujer, menos cohibida, mandaba entrar a los curiosos para que viesan todo aquello. Hasta una señora muy lujosa entró un día.

Su mata la iba volviendo al trato con las gentes; le iba dando nombre. Ya no se sentía tan despreciada ni tan abatida. Como ya podían verla los extraños, no era tan descuidada en su vestido, y sacudía las paredes y aderezaba sus pobres trebejos con el primor que en la miseria quepa. Día por día iba aumentando el aseo. Tanta limpieza le atrajo más clientela y se hizo célebre en el barrio. El cuarto de María Engracia se citaba como una tacita de plata.

Una mañana entraron dos señoras a contemplar la mata. Admiradas del aspecto de aquella vivienda mísera, que la pulcritud hacía agradable, se deshicieron en elogios. Esa noche hizo lo que no hiciera desde sus tiempos de servicio: rezó a la Virgen el rosario entero. Otro día sacó de un baúl, donde se apolillaba en el olvido, un cuadrado de la Dolorosa. Colgolo sobre su cabecera y le puso un ramo, el primero que cogía de la mata. Un domingo fue a misa de alba.

Aquel espíritu, que parecía muerto, resucitaba. Tal lo entendía ella. Todo era un milagro, un milagro que le hacía nuestro Padre Jesús de Montserrat por medio de la mata. Sí, Él era. Recordó, entonces, que un domingo, en sus tiempos tormentosos, al bajar del cerro con otras compañeras, le había dejado una tarjeta en la última estación. Recordaba todo, punto por punto; su amiga Ana, que era muy instruida y muy tremenda, tomó un lápiz y puso al pie del nombre de este modo: "Acuérdate de mí, que soy una triste pecadora".

Y todo esto, que tenía olvidado por completo, ¿por qué lo recordaba ahora, como si lo estuviese presenciando? Pues por milagro...

Al sábado siguiente se postraba ante un confesor. No fue poco el pasmo de los vecinos cuando la vieron arrodillada en el comulgatorio para recibir la Santa Forma. De ahí adelante llevó vida piadosa interior y exteriormente. La mata, más lozana y florida cada día, llegó a ser para ella un ser sobrenatural, enviado por Jesús de Monserrate para su enmienda y tutela.

Entre tanto se iba sintiendo muy enferma y quebrantada. Le daban palpitations con frecuencia; con frecuencia se le iba el mundo, y más de un vértigo la desvaneció en la iglesia. Presentía su fin muy próximo, pero sin pena: antes bien con una dulce serenidad. ¡Si ella pudiera trasplantar su mata sobre su sepultura!

Un día llegó furioso el dueño del cuartucho. Solo a una malvada como ella se le ocurría poner ese matorral para tumbar el cuarto con la humedad. Si no sacaba al punto aquella ociosidad, la echaba a la calle con todo y sus corotos.

Ella se pone a llorar, sin que piense ni en tocar la mata. Por la tarde torna el hombre y arremete a bastonazos contra cacharro, flores y follaje. Tira todo a la calle y hace sacar los muebles enseguida. María Engracia se desploma, presa de un síncope. De allí la llevan para el hospital. En sus delirios ve su mata frente a su cama, como el arco de triunfo para entrar al paraíso. Y al amanecer de un domingo, cae para siempre en la red infinita de la Misericordia.





Un cruce

Franz Kafka (República Checa)

Tengo un animal único en su especie que es mitad felino, mitad cordero. Lo heredé con la casa que me dejó mi padre. Desde que está conmigo ha crecido; antes era más cordero que gato. Ahora participa de ambas naturalezas por igual. Tiene del gato la cabeza y las uñas; del cordero, el tamaño y la forma; y de ambos, los ojos salvajes y chispeantes, la piel suave y ajustada al cuerpo, y los movimientos vivaces y sigilosos a la vez.

Echado al sol, en el hueco de la ventana, se hace un ovillo y ronronea; pero en el campo corre como loco y es imposible alcanzarlo. Huye de los gatos y pretende atacar a los corderos. Y en las noches de luna llena su ocupación favorita es caminar por los tejados.

No sabe maullar y le repugnan las ratas. Pasa horas y horas acechando el gallinero, pero no ha intentado cazar una gallina. Lo alimento con leche: es lo que le sienta mejor. La sorbe a grandes tragos entre sus dientes de animal de presa.

Naturalmente constituye un gran espectáculo para los niños, que vienen a visitarlo los domingos por la mañana. Me siento con el animal en las rodillas y me rodean todos los pequeños del vecindario. Escucho, entonces, las más extraordinarias preguntas que ningún ser humano es capaz de contestar: ¿por qué solo hay un animal así?, ¿por qué soy yo su dueño y no otro?, ¿ha existido antes un animal parecido?, ¿qué pasará luego de su muerte?, ¿se siente solo?, ¿por qué no tiene hijos?, ¿cómo se llama?, etc.

No me tomo el trabajo de responderles y me limito a acariciar a mi animal sin dar grandes explicaciones. A veces los chicos traen gatos y un día llegaron a traer corderos. Contrario a lo que esperaban, los animales se miraron tranquilamente con ojos animales y se aceptaron mutuamente como un hecho natural.

Cuando mi mascota está sobre mis rodillas, no siente miedo ni deseos de perseguir a nadie. Acurrucado contra mí es como se siente mejor. Está apegado a la familia que lo crio. Esto no puede ser considerado, desde luego, como una extraordinaria muestra de fidelidad, sino como el instinto de un animal que en la Tierra tiene innumerables parientes políticos, pero ni uno solo consanguíneo, y para el cual, por lo mismo, resulta sagrada la protección que ha encontrado entre nosotros.

A veces me da risa cuando me olfatea, se escurre por entre mis piernas y no quiere apartarse de mí. Como si no le bastara con ser gato y cordero, también le gustaría ser perro.

Una vez, como le ocurre a cualquiera, no encontraba la forma de salir de un aprieto económico y estaba a punto de terminar con todo. Con esa idea me balanceaba en la mecedora de mi cuarto, con el animal sobre las rodillas; entonces, bajé los ojos y vi lágrimas que goteaban de sus grandes bigotes. ¿Eran tuyas o mías? ¿Tiene este gato con alma de cordero ambiciones de ser un humano? No es mucho lo que he heredado de mi padre, pero vale la pena cuidar de este legado.

El animal tiene la inquietud del gato y la del cordero, aunque ambas son muy distintas. Por eso le queda estrecho el pellejo. A veces salta al sillón, apoya las patas delanteras contra mi hombro y acerca el hocico a mi oído. Es como si me hablara, y de hecho vuelve la cabeza y me mira atentamente para observar el efecto de su comunicación. Para complacerlo hago como si hubiera entendido algo y asiento con la cabeza. Entonces salta y brinca a mi alrededor.

Quizá la cuchilla del carnicero sería una salvación para este animal sin semejantes, pero tengo que negársela porque lo he recibido en herencia. Por lo tanto, tendrá que esperar hasta que se le acabe el aliento, aunque a veces me mira con ojos casi humanos, que me tientan a obrar compasivamente.



Blurred title text

Blurred subtitle or introductory text

Esta lectura no está disponible en nuestra versión digital.

Blurred main body text, consisting of several paragraphs of illegible text.

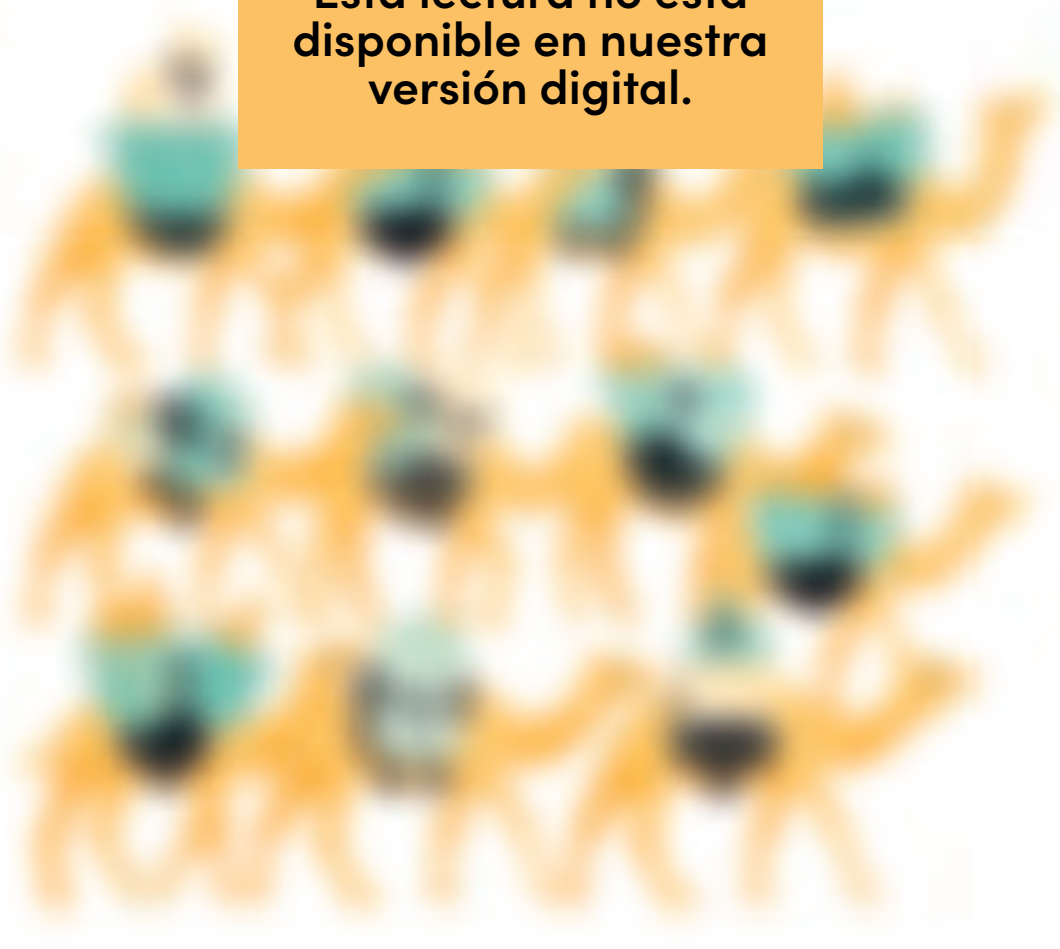
**Esta lectura no está
disponible en nuestra
versión digital.**

**Esta lectura no está
disponible en nuestra
versión digital.**

**Esta lectura no está
disponible en nuestra
versión digital.**

[Blurred text from the background document]

Esta lectura no está disponible en nuestra versión digital.



**Esta lectura no está
disponible en nuestra
versión digital.**

**Esta lectura no está
disponible en nuestra
versión digital.**

**Esta lectura no está
disponible en nuestra
versión digital.**



El bigote del tigre

Cuento tradicional coreano

Una mujer llamada Yun Ok fue un día a la casa de un ermitaño de la montaña en busca de ayuda. El ermitaño era un sabio de gran renombre que hacía hechizos y pociones mágicas.

Cuando Yun Ok entró en la casa, el ermitaño, sin levantar los ojos de la chimenea, le preguntó:

—¿Por qué viniste?

—Oh, sabio famoso, ¡estoy desesperada! ¡Hazme una poción! —respondió Yun Ok.

—Sí, sí, ¡hazme una poción! —exclamó el ermitaño—. ¡Todos necesitan pociones! ¿Podemos curar un mundo enfermo con una poción?

—Maestro —insistió Yun Ok—, si no me ayudas, estaré verdaderamente perdida.

—Bueno, ¿cuál es tu problema? —dijo el ermitaño, resignado por fin a escucharla.

—Se trata de mi marido, a quien quiero mucho —comenzó Yun Ok—. Él estuvo durante los últimos tres años peleando en la guerra. Ahora que ha vuelto, casi no habla, ni a mí ni a nadie. Si yo le hablo, parece no escuchar. Y si dice algo, lo hace con dureza. Cuando no le gusta la comida, da un golpe en la mesa y se va enojado de la habitación. Y a veces, cuando debería estar trabajando en el campo de arroz, lo veo sentado en la cima de la montaña, mirando ociosamente hacia el mar.

—Sí, eso ocurre a veces cuando los jóvenes vuelven a su casa después de la guerra, tienen traumas y necesitan ayuda —dijo el ermitaño—. Continúa.

—No hay nada más que decir, maestro. Quiero una poción para darle a mi marido, así volverá a ser cariñoso y amable, como era antes.

—¡Ja! Tan fácil, ¿no? —replicó el sabio—. ¡Una poción! Muy bien, vuelve en tres días y te diré qué nos hará falta para esa poción.

Tres días más tarde, Yun Ok volvió a la casa del ermitaño.

—Lo he pensado —le dijo—. Puedo hacer tu poción. Pero el ingrediente principal es el bigote de un tigre vivo. Tráeme el bigote y te daré lo que necesitas.

—¡El bigote de un tigre vivo! —exclamó Yun Ok—. ¿Cómo lo conseguiré?

—Si esa poción es tan importante para ti, sabrás cómo hacerlo —dijo el sabio y se quedó en silencio.

Yun Ok se marchó a su casa y estuvo varios días pensando en cómo conseguiría el bigote del tigre. Hasta que una noche, cuando su marido ya estaba dormido, salió de su casa con un plato de arroz y carne, y fue hasta una cueva en la montaña donde sabía que vivía el tigre. Manteniéndose alejada de la entrada de la cueva, extendió el plato de comida llamando al tigre para que viniera a comer. El tigre no vino.

A la noche siguiente, Yun Ok volvió a la montaña y esta vez se hizo un poco más cerca de la cueva. De nuevo le ofreció al tigre un plato de comida. Y de esta forma, todas las noches Yun Ok volvía a la montaña y se acercaba unos pasos más a la cueva. Poco a poco, el tigre se acostumbró a verla allí.

Una noche, Yun Ok llegó hasta la entrada de la cueva del tigre. Esta vez el animal dio unos pasos hacia ella y se detuvo. Los dos se quedaron mirándose bajo la luna. Lo mismo ocurrió a la noche siguiente, pero esta vez estaban tan cerca que Yun Ok pudo hablarle al tigre con una voz suave y tranquilizadora.



La noche siguiente, luego de mirar con cuidado los ojos de Yun Ok, el tigre se comió los alimentos que ella le ofrecía. Después de eso, cuando Yun Ok iba por las noches, encontraba al tigre esperándola en el camino.

Cuando el tigre había comido, Yun Ok podía acariciarle suavemente la cabeza con la mano. Una noche, cuando ya habían pasado casi seis meses de los encuentros nocturnos, Yun Ok dijo:

—Oh, tigre, animal generoso, es preciso que tenga uno de tus bigotes. ¡No te enojés conmigo! —Y le arrancó uno de los bigotes. El tigre no se enojó, como ella temía, y Yun Ok regresó corriendo a su casa con el bigote aferrado fuertemente en la mano.

A la mañana siguiente, cuando el sol recién comenzaba a asomar, ya estaba en la casa del ermitaño de la montaña.

—¡Oh, famoso maestro! —gritó—. ¡Lo tengo! ¡Tengo el bigote del tigre! Ahora puedes hacer la poción que me prometiste para que mi marido vuelva a ser cariñoso y amable.

El ermitaño tomó el bigote y lo examinó. Satisfecho, pues realmente era de tigre, se inclinó hacia adelante y lo dejó caer en el fuego que ardía en su chimenea.

—¡Oh, señor! —gritó la joven mujer angustiada—. ¡Qué hiciste con el bigote!

—Dime cómo lo conseguiste —dijo el ermitaño.

—Bueno, fui a la montaña todas las noches con un plato de comida. Al principio me mantuve lejos y poco a poco me fui acercando, ganando la confianza del tigre. Le hablé con voz cariñosa y tranquilizadora para hacerle entender que solo deseaba su bien. Fui paciente. Todas las noches le llevaba comida, sabiendo que no comería. Pero no cedí. Nunca le hablé con aspereza. Nunca le hice reproches. Y, por fin, una noche dio unos pasos hacia mí. Llegó un momento en que el tigre me esperaba en el camino y comía del plato que yo llevaba en las manos. Le acariciaba la cabeza y él ronroneaba de alegría. Solo después de eso le quité el bigote.

—Sí, sí —dijo el ermitaño—, domaste al tigre. Te ganaste su confianza y su amor.

—Pero tú arrojaste el bigote al fuego —exclamó Yun Ok llorando—. ¡Todo fue para nada!

—No, no me parece que todo haya sido para nada —repuso el ermitaño—. Ya no hace falta el bigote. Yun Ok, déjame que te pregunte algo: ¿es acaso un hombre más feroz que un tigre? ¿Responde menos al cariño y a la comprensión? Si puedes ganar con cariño y paciencia el amor y la confianza de un animal salvaje, sediento de sangre, sin duda puedes hacer lo mismo con tu marido. Recuerda que viene de la guerra y que necesita tiempo para sanar.

Al oír esto, Yun Ok permaneció muda unos momentos. Luego avanzó por el camino reflexionando sobre la verdad que había aprendido en casa del sabio de la montaña.



Las tres preguntas

León Tolstói (Rusia)

Había una vez un rey que siempre quería actuar de la mejor manera posible, sin equivocarse. Una mañana se levantó convencido de que podría lograr su deseo: solo tenía que contestar las tres preguntas que le habían surgido la noche anterior en sus desvelos. Las tres preguntas eran: ¿cuál es el momento más oportuno para hacer las cosas?, ¿quiénes son las personas más importantes con las que hay que tratar? y ¿qué es lo más importante para hacer en cada momento?

Sin perder tiempo, ese mismo día publicó un edicto anunciando que aquel que respondiera correctamente las tres preguntas recibiría una gran recompensa. Al día siguiente muchos eruditos del imperio llegaron al palacio, cada uno con respuestas diferentes a los interrogantes del rey.

Frente a la primera pregunta, unos le aconsejaron planear minuciosamente su tiempo, dedicando cada hora, cada día, cada mes y cada año a ciertas tareas, y seguir este plan al pie de la letra. Otros le dijeron que era imposible planear todo con antelación, por lo que debía permanecer atento a todo lo que sucedía a su alrededor. Alguien le sugirió que se rodeara de sabios consejeros y otro que mejor fuera a ver a los adivinos... Y así.

Del mismo modo, se dieron varias respuestas a la segunda pregunta. Unos decían que las personas más importantes para el rey eran sus administradores, otros pensaban que más bien eran los sacerdotes, otros más creían que eran los médicos y, por último, estaban aquellos que opinaban que eran los guerreros.

Como respuesta a la tercera pregunta también recibió distintas opiniones: dedicarse a la ciencia, prepararse para la guerra o consagrar su vida a los dioses. El rey, asombrado por la diversidad de respuestas, no aceptó ninguna y envió a los eruditos de vuelta a sus casas.

Pasaron los días y, tras varias noches de insomnio y reflexión, el rey decidió visitar a un sabio ermitaño que vivía en un lugar apartado en el bosque, para ver si él tenía las respuestas. Así que se vistió de campesino, fue en su búsqueda y una vez cerca de la cabaña del ermitaño, bajó de su caballo, despidió a sus guardias y se fue caminando a su encuentro.

Y ahí estaba el ermitaño, arando la tierra frente a su cabaña mientras respiraba con dificultad. El rey se le acercó y lo saludó, pero el ermitaño lo ignoró por completo. Así que el rey dudó de si aquel hombre flaco, débil, viejo y huraño era el que le iba a dar las respuestas que buscaba. Finalmente se acercó un poco más y le dijo:

—Hombre sabio, he venido para pedirte que me respondas tres preguntas: ¿cuál es el momento más oportuno para hacer las cosas?, ¿quiénes son las personas más importantes con las que hay que tratar? y ¿qué es lo más importante para hacer en cada momento?

El ermitaño lo escuchó atentamente, pero luego siguió trabajando la tierra y no le respondió. El rey, en vez de insistir, le dijo:

—Tienes que estar cansado, déjame que te ayude un poco.

El ermitaño le dio las gracias, le pasó el azadón y se sentó en el suelo a descansar. Después de haber removido dos surcos, el rey se detuvo y repitió sus preguntas, pero el ermitaño, en vez de contestarle, se levantó, tomó el azadón y le dijo:

—¿Por qué no descansas? Ahora puedo seguir yo.

Pero el rey se quedó con el azadón y continuó trabajando. Así pasó una hora, luego otra y finalmente el sol comenzó a ponerse tras las montañas. El rey, ya cansado y al límite de su paciencia, soltó el azadón y dijo:

—Sabio, vine a verte para que respondieras a mis preguntas, pero si no tienes las respuestas, dímelo y me iré.

En ese momento el ermitaño gritó:

—Rey, ¡ahí viene alguien corriendo!

El rey se giró y vio a un hombre que salía del bosque presionando con sus manos una herida que sangraba en su estómago. El hombre corrió hacia el rey, cayó al suelo, cerró los ojos y se quedó inmóvil, gimiendo con voz débil: su herida era muy profunda. Rápidamente, el rey le limpió la herida y usó su pañuelo para vendarlo. Pero la hemorragia no se detenía y tuvo que utilizar su camisa para detener la sangre.

Una vez consciente, el hombre pidió un vaso de agua y el mismo rey fue por la jarra y le sirvió un vaso para calmarle la sed.

Mientras tanto, el sol se había puesto y el aire de la noche había comenzado a enfriarse. Fue entonces cuando el rey y el ermitaño decidieron llevar al hombre hasta la cabaña y acostarlo en la cama. El herido cerró los ojos y se durmió. El rey, rendido por el cansancio, se quedó profundamente dormido en la entrada de la cabaña.

A la mañana siguiente, cuando despertó, apenas recordaba dónde estaba, qué había pasado y quién era aquel hombre barbudo que lo miraba fijamente. Este le dijo en voz débil:

—Perdóname.

—No te conozco ni tengo nada que perdonarte —respondió el rey.

El hombre barbudo prosiguió:

—Tú no me conoces, majestad, pero yo sí. Hasta ayer, yo era un enemigo tuyo declarado y había jurado vengarme de ti porque durante la última guerra mataste a mi hermano y me quitaste mi propiedad. Cuando supe que habías venido solo a la montaña, te seguí para matarte. Pero después de esperarte todo un día y ver que no volvías, salí de mi escondite para buscarte. En lugar de dar contigo, me encontré con tus guardias, que al darse cuenta de mis intenciones me atacaron y me hirieron. Por suerte, pude escapar y corrí hasta aquí. Si no me hubieras acogido y vendado mis heridas, seguramente me hubiera desangrado y ahora estaría muerto. Yo deseaba matarte y tú, en cambio, me salvaste la vida. Si vivo y tú me lo permites, te juro que seré tu fiel servidor por el resto de mi vida y ordenaré a mis hijos y nietos que hagan lo mismo. Por favor, majestad, concédeme tu perdón.

El rey, sorprendido y admirado, se alegró de lo fácil que había sido reconciliarse con su enemigo, y no solo le perdonó la vida, sino que le prometió devolverle su propiedad y enviarle a sus propios médicos y servidores para que lo atendieran hasta que estuviera completamente restablecido.

El rey se despidió del herido, salió de la cabaña y buscó al ermitaño, que estaba sembrando papas entre los surcos abiertos el día anterior.

—Por última vez, antes de que me vaya, te ruego, hombre sabio, responde a mis preguntas...

El ermitaño se sentó en cuclillas sobre sus piernas flacas, alzó la vista y le dijo al rey:

—Tus preguntas, rey, ya han sido contestadas. Ayer, si no hubieras decidido ayudarme a arar los surcos, hubieras regresado solo, sin tus guardias, y este hombre te hubiera atacado, por lo que seguramente te habrías arrepentido de no haberte quedado conmigo. Por lo tanto, rey, el momento más oportuno fue el que pasaste cavando mi terreno. En ese momento, yo era la persona más importante para ti y la acción más adecuada consistió justamente en arar el surco. Más tarde, cuando llegó corriendo el herido, el momento más oportuno fue el tiempo que pasaste curando su herida, porque si no lo hubieras cuidado como lo hiciste, el hombre barbudo habría muerto y habrías perdido la oportunidad de reconciliarte con él. En ese momento, él se convirtió en la persona más importante para ti, de la misma forma que atenderlo fue la acción más importante. Rey, solo hay un momento importante y es el ahora, pues tan solo tenemos dominio sobre el presente. La persona más importante es siempre esa con la que estás y la acción más importante es ser bondadoso con ella, porque para eso es que fuimos enviados a este mundo, para ser bondadosos con los demás.





De cómo un fraile burla a un mercader

Melchor de Santa Cruz y Dueñas (España)

En ciertas épocas del año, a los frailes de las órdenes mendicantes se les prohibía comer carne en sus conventos. Pero si viajaban, como vivían de la limosna, tenían la dispensa para comer lo que les sirvieran. Sucedió un día que dos de estos frailes llegaron a una pobre hostería, donde se alojaron y compartieron la mesa con un mercader que se encontraba allí de paso.

Como la posadera era muy pobre, sirvió solo un pollo para todos, pues no tenía más comida. El mercader, que tenía mucha hambre y quería comerse todo el pollo, se dirigió a los frailes y les dijo:

—Si no estoy mal, por estos días ustedes no deben comer carne de ninguna clase.

A lo que los hermanos, forzados por la regla de su orden, no tuvieron más remedio que decir que sí, que era cierto que por aquellos días no podían comer carne en sus conventos. Con esta treta, el mercader se pudo comer todo el pollo, mientras los frailes tuvieron que resignarse a pasar la noche con hambre.

Cuando el mercader terminó de comer, él y los frailes volvieron a emprender juntos el camino. Los tres viajeros hacían el trayecto caminando: los primeros, por sus votos de pobreza, y el segundo, por su avaricia. Un tiempo después de estar caminando encontraron un río muy ancho y profundo. Como

todos iban a pie —los frailes por pobreza y el mercader por avaricia—, uno de aquellos, por no faltar a las prácticas de su orden, tomó sobre sus hombros al mercader, en cuyas manos puso antes sus sandalias.

Cuando estaban en medio del río, el fraile recordó de pronto una norma de su comunidad, por lo que se detuvo, volvió la cabeza hacia el mercader y le dijo:

—¿Lleva acaso algún dinero encima?

—¿Cómo supone usted que un mercader como yo viaje desprovisto de dinero? —repuso el comerciante con arrogancia.

—¡Pobre de mí! —exclamó el fraile—. Debe saber que tenemos una norma que nos prohíbe llevar dinero encima. —Y apenas pronunció estas palabras, lanzó el mercader al río.

El mercader, viendo que el fraile se había desquitado con tanta gracia de la treta que les había jugado en el albergue, aceptó la humillación con resignación, aunque un poco molesto por haber sido superado.





El cuentista

Saki (Inglaterra)

Era una tarde calurosa y el vagón del tren estaba caliente; la siguiente parada, Templecombe, estaba casi a una hora de camino. Los ocupantes del vagón eran una niña pequeña, otra niña aún más pequeña y un niño también pequeño. La tía de los niños ocupaba un asiento de la esquina. En la esquina opuesta había un hombre soltero que no los conocía. Las niñas pequeñas y el niño pequeño corrían por todo el vagón.

La tía no paraba de decirles “no” a los niños, mientras ellos preguntaban “¿por qué?”. El hombre soltero no decía nada.

—No, Cyril, no —exclamó la tía cuando el niño empezó a golpear los cojines del asiento, provocando una nube de polvo con cada golpe—. Ven a mirar por la ventanilla.

El niño se acercó a la ventanilla de mala gana.

—¿Por qué están sacando a esas ovejas del potrero? —preguntó.

—Supongo que las llevan a otro en el que haya más hierba —respondió la tía tímidamente.

—Pero en ese potrero hay montones de hierba —protestó el niño—; no hay otra cosa que no sea hierba. Tía, en ese potrero hay montones de hierba.

—Quizá la hierba del otro potrero sea mejor —sugirió la tía.

—¿Por qué es mejor? —fue la rápida e inevitable pregunta del niño.

—¡Oh, mira esas vacas! —exclamó la tía.

Casi todos los campos por los que pasaba la línea de tren tenían vacas o toros, pero ella lo dijo como si estuviera viendo algo novedoso.

—¿Por qué es mejor la hierba del otro potrero? —persistió Cyril.

El soltero fruncía cada vez más el entrecejo. “Un hombre duro y hostil”, pensó la tía. En cuanto a ella, era totalmente incapaz de dar una respuesta satisfactoria sobre la hierba del otro potrero.

La niña más pequeña, para distraerse, empezó a recitar *De camino hacia Mandalay**. Solo se sabía la primera línea, pero utilizó al máximo su limitado conocimiento. Repetía el verso una y otra vez con una voz soñadora pero decidida y muy audible. Al soltero le pareció como si alguien hubiera hecho una apuesta con ella a que no era capaz de repetir la línea en voz alta dos mil veces seguidas y sin detenerse. Quienquiera que fuera que hubiera hecho la apuesta probablemente la perdería.

—Acérquense y escuchen mi historia —dijo la tía cuando el soltero la había mirado dos veces a ella y una al botón de alarma.

Los niños se acercaron apáticamente hacia la silla donde estaba la tía. Evidentemente, su reputación como contadora de historias no era muy buena, según la estimación de los niños.

Con voz baja y en tono de confidencia, interrumpida a intervalos frecuentes por preguntas malhumoradas y en voz alta de los oyentes, comenzó una historia poco animada y sin interés sobre una niña que era buena, que se hacía amiga de todos a causa de su bondad y que al final era salvada de un toro enloquecido por un numeroso grupo de personas que admiraban su carácter moral.

—¿No la habrían salvado si no hubiera sido buena? —preguntó la mayor de las niñas.

Esa era exactamente la pregunta que había querido hacer el soltero.

—Bueno, sí —admitió la tía sin convicción—. Pero no creo que la hubieran ayudado tan rápido si ella no les hubiera agradado tanto.

*Famoso poema de Rudyard Kipling.

—Es la historia más tonta que he oído nunca —dijo la mayor de las niñas con una inmensa convicción.

—De la segunda parte no he escuchado nada, era demasiado tonta —dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo ningún comentario, pues hacía rato que había vuelto a murmurar la repetición de su verso favorito.

—No parece que tenga éxito como contadora de historias —dijo de repente el soltero desde su esquina.

La tía, muy ofendida, se puso a la defensiva ante aquel ataque inesperado.

—Es muy difícil contar historias que los niños puedan entender y apreciar —dijo fríamente.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo el soltero.

—Quizá a usted le gustaría contarles una historia —contestó la tía.

—Cuéntenos un cuento —pidió la mayor de las niñas.

—Érase una vez —comenzó el soltero— una niña pequeña llamada Berta que era extremadamente buena.

El interés suscitado en los niños comenzó a decaer; todas las historias se parecían terriblemente, no importaba quién las contara.

—Hacía todo lo que le mandaban, siempre decía la verdad, mantenía la ropa limpia, se comía el dulce de leche como si fuera un pastel de fresas, aprendía sus lecciones perfectamente y tenía buenos modales.

—¿Era bonita? —preguntó la mayor de las niñas.

—No tanto como cualquiera de ustedes —respondió el soltero—, pero era horriblemente buena.

Se produjo entonces una reacción en favor de la historia: la palabra “horrible” unida a la bondad fue una novedad que llamó la atención. Parecía introducir un poco de la realidad que faltaba en los cuentos que narraba la tía.

—Era tan buena —continuó el soltero— que ganó varias medallas por su bondad, que siempre llevaba puestas en su vestido. Tenía una medalla por obediencia, otra por puntualidad y una tercera por buen comportamiento.

Eran medallas grandes de metal y chocaban unas con otras cuando caminaba. Ningún otro niño de la ciudad en la que vivía tenía esas tres medallas, así que todos sabían que debía de ser una niña extraordinariamente buena.

—Horriblemente buena —citó Cyril.

—Todos hablaban de su bondad, hasta que su fama llegó a oídos del príncipe de aquel país, quien dijo que, ya que era tan buena, debería tener permiso para pasear una vez a la semana por su parque, que estaba a las afueras de la ciudad. Era un parque muy bonito y nunca se había permitido la entrada a niños, por eso fue un gran honor para Berta tener permiso para hacerlo.

—¿Había alguna oveja en el parque? —preguntó Cyril.

—No —dijo el soltero—, no había ovejas.

—¿Por qué no había ovejas? —llegó la inevitable pregunta que surgió de la respuesta anterior.

La tía se permitió una sonrisa que casi podría haber sido descrita como una mueca de burla.

—En el parque no había ovejas —dijo el soltero— porque, una vez, la madre del príncipe tuvo un sueño en el que su hijo era asesinado tanto por una oveja como por un reloj de pared que le caía encima. Por esa razón, el príncipe no tenía ovejas en el parque ni relojes de pared en su palacio.

La tía contuvo un grito de admiración.

—¿El príncipe fue asesinado por una oveja o por un reloj? —preguntó Cyril.

—Como todavía está vivo en la historia, no podemos decir si el sueño se hará realidad —dijo el soltero despreocupadamente—. De todos modos, aunque no había ovejas en el parque, sí había muchos cerditos corriendo por todas partes.

—¿De qué color eran?

—Negros con la cara blanca, blancos con manchas negras, totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran totalmente blancos.

El contador de historias se detuvo para que los niños crearan en su imaginación una idea completa de los tesoros del parque. Después prosiguió:

—A Berta la entristeció mucho que no hubiera flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no arrancaría ninguna de las flores del príncipe y tenía intención de mantener su promesa, por lo que, naturalmente, se sintió defraudada al ver que no había flores para coger.

—¿Por qué no había flores?

—Porque los cerdos se las habían comido todas —contestó rápidamente el soltero—. Los jardineros le habían dicho al príncipe que no podía tener cerdos y flores, así que prefirió tener cerdos y no tener flores.

Hubo un murmullo de aprobación por la excelente decisión del príncipe; mucha gente habría decidido lo contrario.

—En el parque había muchas otras cosas hermosas. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con lindos loros que decían cosas inteligentes sin previo aviso, y colibríes que murmuraban melodías populares.



Berta caminó por todos lados disfrutando inmensamente el paseo y pensó: “Si no fuera tan extraordinariamente buena, no me hubieran permitido venir a este maravilloso parque y disfrutar de todos los prodigios que hay para ver”. Sus tres medallas chocaban unas contra las otras al caminar y la ayudaban a recordar lo buenísima que realmente era. Justo en aquel momento apareció merodeando por allí un enorme lobo que venía a ver si podía atrapar algún gordo cerdito para su cena.

—¿De qué color era? —preguntaron los niños con un repentino aumento de interés.

—Era completamente café, con una lengua negra y unos ojos de un gris pálido que brillaban con inexplicable ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Berta: su delantal estaba tan inmaculadamente blanco y limpio que podía divisarse desde una gran distancia. Berta vio al lobo, notó que se dirigía hacia ella y deseó que nunca le hubieran permitido entrar en el parque. Corrió todo lo que pudo y el lobo la siguió dando enormes saltos y brincos. Ella consiguió llegar a unos matorrales y se escondió detrás de uno de los arbustos más espesos. El lobo se acercó olfateando entre las ramas: su lengua negra le colgaba de la boca y sus ojos gris pálido brillaban de rabia. Berta estaba terriblemente asustada y pensó: “Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena, ahora estaría segura en la ciudad”. Sin embargo, el olor de los matorrales era tan fuerte que el lobo no pudo olfatear dónde estaba escondida Berta, y los arbustos eran tan espesos que podría haber estado buscándola allí durante mucho rato sin verla, así que pensó que era mejor salir y cazar un cerdito. Berta temblaba al sentir al lobo merodeando y olfateando tan cerca de ella, que la medalla de obediencia chocó contra las de buena conducta y puntualidad. El lobo, que acababa de irse, sintió el sonido que producían las medallas y se detuvo. Oyó cuando volvieron a sonar detrás de un arbusto que estaba cerca de él. Así que se lanzó sobre este, con los ojos gris pálido brillando de ferocidad y triunfo, sacó a Berta de allí y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, algunos harapos de ropa y las tres medallas de la bondad.

—¿Mató a alguno de los cerditos?

—No, todos pudieron escapar.

—La historia empezó mal —dijo la más pequeña de las niñas—, pero tiene un bonito final.

—Es la historia más bonita que he escuchado —dijo la mayor de las niñas, muy decidida.

—Es la historia más bonita que he oído —dijo Cyril.

La tía expresó su desacuerdo.

—¡No es una historia apropiada para niños pequeños! Ha acabado con años de cuidadosa enseñanza.

—Puede ser —dijo el soltero, cogiendo su equipaje y arreglándose para bajar del tren—, pero los he mantenido tranquilos durante diez minutos, mucho más tiempo de lo que usted logró.

“¡Pobre mujer!”, se dijo el soltero mientras se bajaba en la estación de Templecombe. “¡Durante los próximos seis meses esos niños le rogarán en público que les cuente historias poco apropiadas para su edad!”.





El elefante blanco

Jean-Pierre Claris de Florian (Francia)

Traducción de Eduardo Berti

En varios países de Asia se venera a los elefantes, en especial a los blancos. Tienen por establo un palacio, comen en recipientes de oro, todos los hombres se postran ante ellos y los pueblos luchan para arrebatarse tan preciado tesoro. Uno de estos elefantes, gran pensador e inteligente, le preguntó un buen día a uno de sus conductores por qué le rendían tantos honores, dado que en el fondo él no era más que un simple animal.

—¡Ay! Eres demasiado humilde—fue la respuesta—. Todos conocemos tu dignidad y toda la India sabe que, al abandonar esta vida, las almas de los héroes armados por la patria habitan por un tiempo en los cuerpos de los elefantes blancos. Nuestros sacerdotes lo han dicho, por lo tanto, debe ser así.

—¿Cómo! ¿Somos considerados héroes?

—Sin duda.

—De no serlo, ¿podríamos disfrutar en paz, en la selva, de los tesoros de la naturaleza?

—Sí, señor.

—Amigo mío, entonces déjame ir, porque te han engañado, te lo aseguro; si reflexionas, comprenderás de inmediato el error: somos altivos pero cariñosos; moderados pero poderosos; no injuriamos a los más débiles; en nuestro corazón, el amor sigue las leyes del pudor; pese a la situación privilegiada en la que nos encontramos, los honores no han modificado nuestras virtudes. ¿Qué más pruebas se necesitan? ¿Cómo es posible que alguien haya visto en nosotros el menor rasgo humano?



La tristeza

Antón Chéjov (Rusia)

98

La capital está envuelta en las penumbras del atardecer. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos y se extiende en una fina y blanda capa sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos y sobre los sombreros. El cochero Yona está completamente blanco, como un fantasma. Sentado en su trineo, ha encogido el cuerpo cuanto puede encogerlo un ser humano y permanece inmóvil. Se diría que ni un alud de nieve que le cayese encima lo sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo y por la rigidez de sus patas, parece, incluso mirándolo de cerca, un caballo de dulce de los que se les compran a los niños por un centavo. Yona está sumido en sus reflexiones, pues un hombre y un caballo que han sido arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como él y su caballo, están siempre sumergidos en pensamientos tristes. Es muy grande la diferencia entre la vida apacible del campo y la vida agitada de la ciudad, toda ruido y angustia, un torbellino de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar, pero Yona no ha conseguido nada. La ciudad se va cubriendo de sombras. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero! —oye de pronto Yona—, ¡llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. A través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable y capucha.

—¡A Viborgskaya! —repite el militar—. ¿Me oyes? ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas y, sin apresurarse, se pone en marcha.

—¡Ten cuidado! —grita otro cochero enfurecido, invisible por la oscuridad de la noche—. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡Ve por la derecha!

—¿No sabes conducir? —dice el militar—. ¡Ve por la derecha!

Siguen oyéndose los insultos del cochero invisible. Un transeúnte que tropieza con el caballo de Yona le gruñe amenazador. Yona, confundido y avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido y atontado, y mira alrededor como si se acabara de despertar de un sueño profundo y no supiera qué hace ahí.

—¡Se diría que hay una conspiración en contra tuya! —dice con tono irónico el militar—. Todos quieren fastidiarte y meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Quiere decir algo, pero sus labios están paralizados y no puede pronunciar una palabra. El pasajero advierte sus esfuerzos y le pregunta:

—¿Qué pasa?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

—Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

—¿De veras?... ¿Y de qué murió?

Yona, alentado por esta pregunta, se inclina aún más hacia el cliente y dice:

—No lo sé... De una de tantas enfermedades... Estuvo tres días en el hospital y se murió... Así lo quiso Dios.

—¡Por la derecha! —se oye de nuevo un grito furioso—. ¡Parece que estás ciego, imbécil!

—¡Vamos, vamos! —dice el militar—. Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Arrea al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco y agita el látigo torpemente. Voltea varias veces hacia su cliente, con ganas de seguir la conversación, pero el militar ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a charlar.

Por fin llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada y el cliente se baja. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona en frente de una taberna y espera sentado en el pescante, encorvado e inmóvil. De nuevo, la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco manto al caballo y al trineo. Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

De repente, por la acera se acercan tres jóvenes que vienen discutiendo. Dos son altos y delgados; el tercero, bajo y jorobado.

—¡Cochero, llévanos al puesto de policía! ¡Veinte centavos por los tres!

Yona coge las riendas y se endereza. Veinte centavos es muy poco, pero acepta; lo que a él le importa es tener clientes. Los tres jóvenes, renegando y entre empujones, se acercan al trineo. Como solo hay dos asientos, discuten sobre cuál de los tres debe ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado, por ser el más pequeño.

—¡Bueno, en marcha! —le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda—. ¡Qué gorro más deforme tienes, viejo! Apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no existe un gorro más feo...

—¡El señor está de buen humor! —dice Yona con risa forzada—. Mi gorro...

—¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Apúrale o no hay pago.

—Me duele la cabeza —dice uno de los jóvenes—. Ayer, yo y Vaska nos bebimos cuatro botellas de brandy en casa de nuestro amigo Dukmasov.

—¡Eso no es verdad! —responde el otro—. Eres un mentiroso y sabes que nadie te cree.

—¡Palabra de honor!

—¡Oh, tu honor! No daría yo ni un céntimo por él.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza y, enseñando los dientes, ríe con tono agudo.

—¡Ji, ji, ji!... ¡Qué divertidos!

—¡Vamos, vejestorio! —grita, enojado, el jorobado—. ¿Puedes ir más aprisa o no? Dale un buen latigazo a tu caballo.

Yona agita su látigo, agita las manos y agita todo el cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen y lo insultan; pero al menos oye voces humanas. Los jóvenes gritan, alegan y hablan de mujeres.

Después de un tiempo, cuando tiene un poco más de confianza, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y les dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada...

—¡Todos nos vamos a morir! —contesta el jorobado—. ¿Puedes ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! ¿A qué hora vamos a llegar?

—Si quieres que vaya más aprisa, dale un coscorrón —le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Oyes, viejo decrepito? —grita el jorobado—. Te vas a ganar un golpe si este trineo no se mueve más rápido.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ji, ji, ji! —ríe sin ganas Yona—. ¡Dios los conserve de buen humor, señores!

—Cochero, ¿eres casado? —pregunta uno de los clientes.

—¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie... Solo me espera la sepultura... Mi hijo está muerto, pero a mí la muerte no me quiere. Se equivocó y en lugar de cargar conmigo, se ha llevado a mi hijo.

Voltea de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo, pero en este momento el jorobado lanza un suspiro de satisfacción y exclama:

—¡Por fin! ¡Llegamos!

Yona recibe los veinte centavos convenidos y los clientes se bajan del trineo. Los sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal. De nuevo se queda solo y en silencio con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más

dura y más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeúntes a alguien que quiera escucharlo. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él. Su tristeza es más intensa a cada instante que pasa. Es tan enorme e infinita que si pudiera salir de su pecho, inundaría el mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar conversación con él.

—¿Qué hora es? —le pregunta amablemente.

—Van a dar las diez —contesta el hombre—. Aléjese un poco, no puede usted estacionarse delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encoge de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Está convencido de que es inútil dirigirse a la gente. Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide dejar de trabajar. Se yergue y agita el látigo.

—No puedo más —murmura—. Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un ágil trote. Una hora después, Yona está en su casa, una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada e irrespirable. Suenan ronquidos. Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Piensa que quizá por eso se siente tan desgraciado. En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca la cabeza y se despereza, y luego busca algo con la mirada.

—¿Quieres beber? —le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El joven cochero no le ha hecho caso: se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se lo oye roncar. Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo y no ha tenido aún ocasión de hablar de eso con una persona que lo quiera escuchar. Quisiera hablar

largamente de lo que sucedió, contarlo todo con detalles. Necesita describir cómo enfermó su hijo, lo que sufrió, las palabras que pronunció al morir. Quiere también contar cómo ha sido el entierro... Además, su hijo dejó en la aldea una pequeña niña de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría por encontrar a alguien que lo escuche con atención, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndolo! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres les gustan las historias tristes, basta decirles dos palabras para que lloren a mares.

Yona decide ir a ver a su caballo. Se viste y sale a la cuadra. El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes? —le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo—. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena, hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo ya no debía estar trabajando; mi hijo me iba a reemplazar. Él sí era un gran cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa:

—Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido. Yona, a quien por fin un ser viviente lo oye, desahoga su corazón contándoselo todo.





La oveja feroz

Jaime Alberto Vélez G. (Colombia)

Una oveja decidió disfrazarse de lobo para confundir a su habitual enemigo, y se encontró con un lobo que había recurrido a su vieja costumbre de vestirse de oveja. En medio de la confusión que ocasionó el encuentro, todos pudieron presenciar cómo, por primera vez en la historia, la oveja feroz devoraba al lobo indefenso.





La inutilidad de dar consejos

Fernando Pessoa (Portugal)

Yo no aconsejo. Colecciono sellos. Para dar consejos es necesario estar completamente seguro de que los consejos son buenos y para eso es necesario estar seguro —de lo que nadie en absoluto lo está— de estar en posesión de la verdad. Y luego es necesario saber si esos consejos se adaptan al individuo al que se le dan, para lo cual es necesario conocer toda su alma, lo que casi nunca es posible. Y también hay que tener en cuenta que el modo de dar consejos debe adaptarse exactamente a aquella alma; se aconsejan a veces cosas que no quieren que se hagan para que, combinadas con elementos del alma aconsejada, se obtenga el resultado que se desea. Solo la gente muy ingenua da consejos.



¿Cuánta tierra necesita un hombre?

León Tolstói (Rusia)

Érase una vez un campesino llamado Pahom, que había trabajado duro y honestamente para su familia, pero que no tenía tierras propias, así que permanecía en la pobreza. “Ocupados como estamos desde la niñez trabajando la Madre Tierra”, pensaba a menudo, “los campesinos siempre debemos morir como vivimos, sin nada propio. Las cosas serían diferentes si tuviéramos nuestra propia tierra”.

Ahora bien, cerca de la aldea de Pahom vivía una dama, una pequeña terrateniente, que poseía una finca de ciento cincuenta hectáreas. Un invierno se difundió la noticia de que esta dama iba a vender sus tierras. Pahom oyó que un vecino compraría veinticinco hectáreas y que la dama había consentido en aceptar la mitad en efectivo y esperar un año por la otra mitad. “Qué te parece”, pensó Pahom. “Esa tierra se vende y yo no obtendré nada”.

Así que decidió hablar con su esposa.

—Otras personas están comprando y nosotros también debemos comprar unas diez hectáreas. La vida se vuelve imposible sin poseer tierras propias.

Se pusieron a pensar y calcularon cuánto podrían comprar. Tenían ahorrados cien rublos. Vendieron un potrillo y la mitad de sus abejas; emplearon a uno de sus hijos como peón y pidieron anticipos sobre la paga. Pidieron prestado el resto a un cuñado y así juntaron la mitad del dinero de la compra.

*Moneda oficial de Rusia.

Después de eso, Pahom escogió una parcela de veinte hectáreas, donde había bosques, fue a ver a la dama e hizo la compra.

Así que ahora Pahom tenía su propia tierra. Pidió semilla prestada y la sembró, y obtuvo una buena cosecha. Al cabo de un año había logrado saldar sus deudas con la dama y su cuñado. Así se convirtió en terrateniente, y talaba sus propios árboles, y alimentaba su ganado en sus propios pastos. Cuando salía a arar los campos o a mirar sus mieses y sus prados, el corazón se le llenaba de alegría. La hierba que crecía y las flores que florecían allí le parecían diferentes de las de otras partes. Antes, cuando cruzaba esa tierra, le parecía igual a cualquier otra, pero ahora le parecía muy distinta.

Un día Pahom estaba sentado en el patio cuando un viajero se detuvo ante su casa. Pahom le preguntó de dónde venía y el forastero respondió que de más allá del río Volga, donde había estado trabajando. Una palabra llevó a la otra y el hombre le comentó que había muchas tierras en venta por allá, y que muchos estaban viajando para comprarlas. Le aseguró que las tierras eran tan fértiles que el centeno era alto como un caballo y tan tupido que cinco cortes de guadaña formaban una gavilla. Comentó que un campesino había trabajado solo con sus manos, y ahora tenía seis caballos y dos vacas.

El corazón de Pahom se llenó de anhelo. “¿Por qué he de sufrir en este agujero si se vive tan bien en otras partes?”, pensó. “Venderé mi tierra y mi finca, y con el dinero comenzaré de nuevo y tendré todo nuevo”.

Pahom vendió su tierra, su casa y su ganado, con buenas ganancias, y se mudó con su familia a su nueva propiedad. Todo lo que había dicho el campesino era cierto, y Pahom estaba en una posición mucho mejor que la de antes. Compró muchas tierras arables y pasturas, y pudo tener las cabezas de ganado que deseaba.

Al principio, en el ajetreo de la mudanza y la construcción, Pahom se sentía complacido, pero cuando se acostumbró, comenzó a pensar que tampoco aquí estaba satisfecho. Quería sembrar más trigo, pero no tenía tierras suficientes para ello, así que arrendó más tierras por tres años. Fueron buenas temporadas y hubo buenas cosechas, así que Pahom ahorró dinero. Podría

haber seguido viviendo cómodamente, pero se cansó de arrendar tierras ajenas todos los años y de sufrir privaciones para ahorrar el dinero. “Si todas estas tierras fueran mías”, pensó, “sería independiente y no sufriría estas incomodidades”.

Un día, un vendedor de bienes raíces que conoció le comentó que acababa de regresar de la lejana tierra de los bashkirs*, donde había comprado setecientas hectáreas por solo mil rublos.



—Solo debes hacerte amigo de los jefes —dijo—. Yo les regalé como cien rublos en vestidos y alfombras, además de una caja de té, y di vino a quienes lo bebían. Así obtuve la tierra por una ganga.

“Vaya”, pensó Pahom, “allá puedo tener diez veces más tierras de las que poseo. Debo probar suerte”. Así que encomendó a su familia el cuidado de la finca y emprendió el viaje, llevando consigo a su criado. Pararon en una ciudad y compraron una caja de té, vino y otros regalos, como el vendedor

*Grupo étnico de origen turco que habita en Rusia.

les había aconsejado. Continuaron viaje hasta recorrer más de quinientos kilómetros, y el séptimo día llegaron a un lugar donde los bashkirs habían instalado sus tiendas.

En cuanto vieron a Pahom, salieron de las tiendas y se reunieron en torno al visitante. Le sirvieron té y kumis, sacrificaron una oveja y le dieron de comer. Pahom sacó los presentes de su carreta y los distribuyó, y les dijo que venía en busca de tierras. Los bashkirs parecieron muy satisfechos y le dijeron que debía hablar con el jefe. Lo mandaron a buscar y le explicaron a qué había ido Pahom.

El jefe escuchó un rato, pidió silencio con un gesto y le dijo a Pahom:

—De acuerdo. Escoge la tierra que te plazca. Tenemos tierras en abundancia.

—¿Y cuál será el precio? —preguntó Pahom.

—Nuestro precio es siempre el mismo: mil rublos por día.

Pahom no comprendió.

—¿Un día? ¿Qué medida es esa? ¿Cuántas hectáreas son?

—No sabemos calcularlo —dijo el jefe—. La vendemos por día. Todo lo que puedas recorrer a pie en un día es tuyo, y el precio es mil rublos por día.

Pahom quedó sorprendido.

—Pero en un día se puede recorrer una vasta extensión de tierra —dijo.

El jefe se echó a reír.

—¿Será toda tuya! Pero con una condición. Si no regresas el mismo día al lugar donde comenzaste, pierdes el dinero.

—Pero ¿cómo debo señalar el camino que he recorrido?

—Iremos a cualquier lugar que gustes y nos quedaremos allí. Puedes comenzar desde ese sitio y emprender tu viaje llevando un azadón contigo. Donde lo consideres necesario, deja una marca. En cada giro, cava un pozo y apila la tierra; luego iremos con un arado de pozo en pozo. Puedes hacer el recorrido que desees, pero antes que se ponga el sol debes regresar al sitio de donde partiste. Toda la tierra que cubras será tuya.

Pahom estaba alborozado y decidió hacer el recorrido a la mañana siguiente. Charlaron, bebieron más kumis, comieron más oveja y bebieron más té, y así llegó la noche. Le dieron a Pahom una cama de edredón y los bashkirs se dispersaron, prometiendo reunirse al romper el alba y viajar al punto convenido antes del amanecer.

Pahom se quedó acostado, pero no pudo dormirse. No dejaba de pensar en su tierra. “¡Qué gran extensión marcaré!”, pensó. “Puedo andar fácilmente cincuenta kilómetros por día. Los días ahora son largos y un recorrido de cincuenta kilómetros representará gran cantidad de tierra. Venderé las tierras más áridas o las dejaré a los campesinos, pero yo escogeré la mejor y la trabajaré. Compraré dos yuntas de bueyes y contrataré dos peones más. Unas noventa hectáreas destinaré a la siembra y en el resto criaré ganado”.

Por la puerta abierta vio que estaba rompiendo el alba.

—Es hora de despertarlos —se dijo—. Debemos ponernos en marcha.

Se levantó, despertó al criado que dormía en la carreta, le ordenó uncir los caballos y fue a despertar a los bashkirs.

—Es hora de ir a la estepa para medir las tierras —dijo.

Los bashkirs se levantaron y se reunieron, y también acudió el jefe. Se pusieron a beber más kumis, y ofrecieron a Pahom un poco de té, pero él no quería esperar.

—Si hemos de ir, vayamos de una vez. Ya es hora.

Los bashkirs se prepararon y todos se pusieron en marcha, algunos a caballo, otros en carros. Pahom iba en su carreta con el criado y llevaba un azadón. Cuando llegaron a la estepa, el cielo de la mañana estaba rojo. Subieron una loma y, apeándose de carros y caballos, se reunieron en un sitio. El jefe se acercó a Pahom y extendió el brazo hacia la planicie.

—Todo esto, hasta donde llega la mirada, es nuestro. Puedes tomar lo que gustes.

A Pahom le relucieron los ojos, pues era toda tierra virgen, chata como la palma de la mano y negra como semilla de amapola, y en las hondonadas crecían altos pastizales.

El jefe se quitó la gorra de piel de zorro, la apoyó en el suelo y dijo:
—Esta será la marca. Empieza aquí y regresa aquí. Toda la tierra que rodees será tuya.

Pahom sacó el dinero y lo puso en la gorra. Luego se quitó el abrigo, quedándose con su chaquetón sin mangas. Se aflojó el cinturón y lo sujetó con fuerza bajo el vientre, se puso un costal de pan en el pecho del jubón y, atando una botella de agua al cinturón, se subió la caña de las botas, empuñó el azadón y se dispuso a partir. Tardó un instante en decidir el rumbo. Todas las direcciones eran tentadoras.

—No importa —dijo al fin—. Iré hacia el sol naciente.

Se volvió hacia el este, se desperezó y aguardó a que el sol asomara sobre el horizonte. “No debo perder tiempo”, pensó, “pues es más fácil caminar mientras todavía está fresco”. Los rayos del sol no acababan de chispear sobre el horizonte cuando Pahom, azadón al hombro, se internó en la estepa.

Pahom caminaba a paso moderado. Tras avanzar mil metros se detuvo, cavó un pozo y apiló terrones de hierba para hacerlo más visible. Luego continuó y como ya había vencido el entumecimiento, apuró el paso. Al cabo de un rato cavó otro pozo.

Miró hacia atrás. La loma se veía claramente a la luz del sol, con la gente encima, y las relucientes llantas de las ruedas de la carreta. Pahom calculó que había caminado cinco kilómetros. Estaba más cálido; se quitó el chaquetón, se lo echó al hombro y continuó la marcha. Ahora hacía más calor, miró el sol; era hora de pensar en el desayuno.

—He recorrido el primer tramo, pero debo hacer cuatro en un día, y todavía es demasiado pronto para virar. Pero me quitaré las botas —se dijo.

Se sentó, se quitó las botas, se las metió en el cinturón y reanudó la marcha. Ahora caminaba con soltura. “Seguiré otros cinco kilómetros”, pensó, “y luego giraré a la izquierda. Este lugar es tan promisorio que sería una pena perderlo. Cuanto más avanzo, mejor parece la tierra”.

Siguió derecho por un tiempo, y cuando miró en torno, la loma era apenas visible y las personas parecían hormigas, y apenas se veía un destello

bajo el sol. “Ah”, pensó Pahom, “he avanzado bastante en esta dirección, es hora de girar. Además, estoy sudando y muy sediento”.

Se detuvo, cavó un gran pozo y apiló hierba. Bebió un sorbo de agua y giró a la izquierda. Continuó la marcha, la hierba era alta y hacía mucho calor.

Pahom comenzó a cansarse. Miró el sol y vio que era mediodía. “Bien”, pensó, “debo descansar”. Se sentó, comió pan y bebió agua, pero no se acostó, temiendo quedarse dormido. Después de estar un rato sentado, siguió andando. Al principio caminaba sin dificultad y sentía sueño, pero continuó pensando: “Una hora de sufrimiento, una vida para disfrutarlo”.

Avanzó un largo trecho en esa dirección, y ya iba a girar de nuevo a la izquierda cuando vio un fecundo valle. “Sería una pena excluir ese terreno”, pensó. “El lino crecería bien aquí”. Así que rodeó el valle y cavó un pozo del otro lado antes de girar. Pahom miró hacia la loma. El aire estaba brumoso y trémulo con el calor, y a través de la bruma apenas se veía a la gente de la loma.

“¡Ah!”, pensó Pahom, “los lados son demasiado largos. Este debe ser más corto”. Y siguió a lo largo del tercer lado, apurando el paso. Miró el sol. Estaba a mitad de camino del horizonte, y Pahom aún no había recorrido tres kilómetros del tercer lado del cuadrado. Aún estaba a quince kilómetros de su meta.



“No”, pensó, “aunque mis tierras queden irregulares, ahora debo volver en línea recta. Podría alejarme demasiado y ya tengo gran cantidad de tierra”. Pahom cavó un pozo de prisa.

Echó a andar hacia la loma, pero con dificultad. Estaba agotado por el calor, tenía cortes y magulladuras en los pies descalzos, y le flaqueaban las piernas. Ansiaba descansar, pero era imposible si deseaba llegar antes del poniente. El sol no espera a nadie y se hundía cada vez más.

“Cielos”, pensó, “si no hubiera cometido el error de querer demasiado. ¿Qué pasará si llego tarde?”. Miró hacia la loma y hacia el sol. Aún estaba lejos de su meta y el sol se aproximaba al horizonte.

Pahom siguió caminando, con mucha dificultad, pero cada vez más rápido. Apuró el paso, pero todavía estaba lejos del lugar. Echó a correr, arrojó la chaqueta, las botas, la botella y la gorra, y conservó solo el azadón que usaba como bastón.

“Ay de mí. He deseado mucho, y lo eché todo a perder. Tengo que llegar antes de que se ponga el sol”. El temor le quitaba el aliento. Pahom siguió corriendo, la camisa y los pantalones empapados se le pegaban a la piel, tenía la boca reseca. Su pecho jadeaba como un fuelle, su corazón latía como un martillo y sus piernas cedían como si no le pertenecieran. Pahom estaba abrumado por el terror de morir de agotamiento.

Aunque temía la muerte, no podía detenerse. “Después de que he corrido tanto, me considerarán un tonto si me detengo ahora”, pensó. Y siguió corriendo, y al acercarse oyó que los bashkirs gritaban y aullaban, y esos gritos le inflamaron aún más el corazón. Juntó sus últimas fuerzas y siguió corriendo.

El hinchado y brumoso sol casi rozaba el horizonte, rojo como la sangre. Estaba muy bajo, pero Pahom estaba muy cerca de su meta. Podía ver a la gente de la loma agitando los brazos para que se diera prisa. Veía la gorra de piel de zorro en el suelo con el dinero, y al jefe sentado en el suelo, riendo a carcajadas.

“Hay tierras en abundancia”, pensó, “¿pero me dejará Dios vivir en ellas? ¡He perdido la vida, he perdido la vida! ¡Nunca llegaré a ese lugar!”.

Pahom miró el sol, que ya desaparecía, ya era devorado. Con el resto de sus fuerzas apuró el paso, encorvando el cuerpo de tal modo que sus piernas apenas podían sostenerlo. Cuando llegó a la loma, de pronto oscureció. Miró el cielo. ¡El sol se había puesto! Pahom dio un alarido.

“Todo mi esfuerzo ha sido en vano”, pensó, y ya iba a detenerse, pero oyó que los bashkirs aún gritaban y recordó que, aunque para él, desde abajo, parecía que el sol se había puesto, desde la loma aún podían verlo. Aspiró una buena bocanada de aire y corrió cuesta arriba. Allí aún había luz. Llegó a la cima y vio la gorra. Delante de ella el jefe se reía a carcajadas. Pahom soltó un grito. Se le aflojaron las piernas, cayó de bruces y tomó la gorra con las manos.

—Vaya, ¡qué sujeto tan admirable! —exclamó el jefe—. ¡Ha ganado muchas tierras!

El criado de Pahom se acercó corriendo y trató de levantarlo, pero vio que le salía sangre de la boca. ¡Pahom estaba muerto! Los bashkirs chasquearon la lengua para demostrar su piedad.

Su criado empuñó el azadón y cavó una tumba para Pahom, y allí lo sepultó. Dos metros de la cabeza a los pies era todo lo que necesitaba.





Ejemplo de Juan de la Miseria

Agustín Jaramillo L. (Colombia)

Este era un hombre muy pobre, qu'el apelativo d'el era Juan de la Miseria. No trabajaba. Él no sabía ningún arte y no encontraba destino.

Tenía familia. Una obligación. Y la única renta era una gallinita que no faltaba con el güevito diario. El güevito se vendía y de ai tenía que salir la mantención pa todos... Un día cualquiera, Juan de la Miseria ya no pudo aguantar más hambre y le dijo a la mujer:

—Matame esa gallina, yo me voy a recorrer.

¡Mentira! Era pa ir a comese la gallina solo, aonde no tuviera que dale nada a nadie. El hambre lo tenía acosao ya. Desesperao. Regó entre los vecinos que s'iba a recorrer a ver si Dios lo socorría.

La mujer le quebró el pescuezo a la gallina, la preparó lo mejor que pudo y la envolvió en unas hojitas. Salió el hombre con su paquete di hojas y se decía: “Me voy a comer esta gallinita onde nu hayga nadie. ¡Ni pájaros!”.

S'entró al monte, desenvolvió las hojas y ya iba a comenzar a comer, cuando, un viejito, a pedile gallina.

—No. No le doy. Esta gallina es pa mí solo. ¡Vea como en toda parte hay pedigüeños!

—Deme un pedacito siquiera.

—Tome esta presita, pues. Y usted, ¿quién es?

Y dice el viejito:

—Yo soy el Señor...

—¿El Señor? No coma de mi gallina. Ahá. Debía de ser parejo. ¡Preste acá mi presa! Usté debía ser parejo: no hacer ricos tan ricos, ni pobres tan pobres. Debía repartir todo mejor repartido.

El viejito fue desapareciendo.

El hombre envolvió su gallina y se fue pa más aentro en el monte, a ver si no se volvía a encontrar con nadie que le pidiera. Por allá, muy aentro, se sentó en una piedra, y comenzó a desenvolver. Soltó la hoja. Y va llegando una viejita, como con mucha hambre. Tanta lástima le dio a Juan de la Miseria que le dijo:

—Apure, señora, almorcemos.

—Gracias, señor.

Se sentaron y dice Juan:

—¿Y usté quién es?

—Yo soy la Virgen.

—¿La Virgen? Aguardí'ai. ¡No coma de mi gallina! Usté debía obligarlo a Él a repartir mejor.

Envolvió otra vez y se levantó. Se fue pa más lejos y volvió a acomodarse en un altico, a comer.

—¡Aquí sí me la como yo solo!

Cuando... va apareciendo un esqueleto. Si arrima el esqueleto y dice:

—Almorcemos, que tengo mucha hambre.

—¿Sí? —dice Juan de la Miseria— ¿Y usté quién es, tan flaco?

—Yo soy la Muerte.

—¿Que vusté es la Muerte? Apure siéntese conmigo. ¿Quiere gallina? Em pueda cómasela toda. ¡Usté es pareja! Por eso me gusta: es parejita con todo mundo. ¡Nu escoge! Tenga..., ¡coma!

Se sentaron los dos y almorzaron juntos. Di ai la Muerte le dio las gracias y se alejó. Salió del monte Juan de la Miseria, camino de la casa, cuando s'encontró con un viejito que le dijo que se fueran a recorrer. El viejito era el Señor. Se fueron...

Por allá muy lejos, muy lejos, llegaron a un gran palacio qu'estaba todo de luto y todo el mundo llorando muy triste.

—¿Qué pasó aquí? —preguntaron.

—Que ha muerto la hija del rey. La menor. La que más quería el rey, qu'está tan triste que no la quiere dejar enterrar: dice que no se halla capaz di aguantar.

Entró el Señor a hablar con el rey y le dijo que qué le acontecía.

—Murió mi hija, buen hombre, y no puedo con la pena. Doy millones al que me la resucite.

—Tal vez yo fuera capaz... —dice el Señor.

—Póngase al trabajo. Si no la revive, pena de la vida.

—Sálgasen todos para juera —dijo el Señor. Así que lo dejaron solo con la muerta, la cogió di una mano y la levantó viva.

¡Qué alegría la de todo el mundo! ¡Y la d'ese rey! ¡Y qué admiración!

—¡Pida dinero! —le dijo—. ¡Pida! Bien pueda pedir que yo le pago. ¡Es lo que pida! Si mi corona quiere, mi corona se la doy. ¡Tómela!

—No, señor. Deme... rial y medio pa que mi compañero compre tabaquito.

Y se pega qu'envenenada ese Juan, ¿aoye?

—Con vusté no se puede andar, hombre —le decía al Señor—. Vusté es bobo.

El Señor desapareció.

—Eh, yo ya sé trabajar. Que li hace que se vaya el compañero.

Siguió andando solo Juan de la Miseria y un día, recorriendo, llegó ondi otro rey que tenía un caso igual: se li había muerto la hija única.

Fue Juan onde el rey, le dijo qu'él era capaz de resucitala. Que cuánto le daba. El rey ofreció la mita de su fortuna y Juan le decía que si no daba más. Hasta que arregló con el rey. Y el rey dijo:

—Resucítela, pues, o pena de la vida. ¡Lu hago quemar vivo!

—Salgan todos pa juera —dijo Juan. Y di ai se arrimó onde la muerta y la cogió de la mano, que se levantara. Pero la muerta no hacía caso. Pasaba el rato y el rato, y Juan sin salir. L'echaba bendiciones, pero como si tal cosa.

El plazo qu'él tenía era de una hora. A la hora y media empezaron a golpiar la puerta y a decile que qui'hubo, y él apenas respondía:

—Ya va, ya va... Es que ta dura. ¡Siempre ta durita!

Así que vieron que nada hacía; se lo llevaron pa media plaza, a quemarlo vivo. Eso fue el escándalo más horrible. Ya l'iban a meter candela, cuando llegó el Señor.

—¿Qué es lo que pasa?

—Esto y esto...

—Muy bien. Sepan ustedes que yo estoy obligao a hacer lo que no puede hacer mi compañero.

—Camine —le contestaron—. Bregue a ver si usté es capaz de dale vida a la princesa, y si no, quiere decir que los quemaos son dos.

Llegaron al palacio y el Señor mandó salir a la gente. Así que se quedó solo con la muerta, le dijo:

—¡Camine! —Y la muchacha se fue parando, como si acabara de despertar.

—Milagro. Milagro —fue lo que gritó todo el mundo. Y ai mismo cogieron a preparar un banquete pa celebrar la cosa. Cuando el rey vio al viejito, le dijo:

—Bien pueda cobre lo que quiera. ¿Qué quiere que le dé?

—Deme... dos riales.

—¡Maldita sea! —decía Juan de la Miseria—. Otro tiro p'hacenos ricos, ¡y este carajo! ¡Eh, hombre!

El Señor recibió los dos riales y se los entregó a Juan de la Miseria:

—Tome —le dijo—. Un rial pa que compre un pollito de a rial y otro rial pa que compre arepas y un revueltico pa una cena. Bien pueda y arregle todo y, como yo me voy ahora, si no he llegao, coma. Cómase todo el pollo, si quiere. Lo único que le pido es que me guarde las higaditas.

Muy bien, que el Señor salió y se fue, y Juan de la Miseria se puso a preparar el pollo. Así que ya estuvo listo, todo preparao, le dio tentación de comese las higaditas del pollo. No le provocó más qu'eso.

Cuando..., como a las siete, va llegando el Señor.

—Qui'hubo, Juan, ¿ya cenó?

—No, Señor, yo lo estaba esperando.

—¿No ha comido nada?

—No, Señor.

Y dice el Señor a buscar con las pañadoras y a revolver, pero no daba con las higaditas.

—¿Vos te comites las higaditas?

—No. Yo no, Señor... ¡Qué tal!

—Entonces, ¿por qué no están aquí?

—Eso era qu'el pollo no tenía higaditas.

—¿No tenía? —dice el Señor—. ¿Vos me creés así de carajo? ¡Cómo nu iba a tener!

—Muy fácil, ¡pues no tenía!

Y se agarran a discutir: que sí tenía, que no tenía, que sí se las comió, que no se las comió. ¡Un combate! Hasta qu'el Señor se nojó de verdá y lo agarró a los pescozones, lu amarró con una soga y lo colgó di un árbol.

—Di ai no te bajo hasta que no confesés que te comites las higaditas.

Y el otro allá guindao, con la lengua afuera, apenas hacía señas que el pollo no tenía. Así que s'iba a morir, el Señor lo descolgó. Siguieron alegando otro rato y a lo último el Señor le dijo:

—Bueno, si no confesás, te voy a echar'hogar. Mirá ese río, ¡te voy a echar!

—Écheme, pero ese pollo no tenía higaditas.

Lo pañó el Señor y lo echó a medio río. ¡Allá, a medio corrientón!

—¿Te las comites? —le gritaba el Señor, desde l'orilla—. ¡Decí que sí y te saco!

—¡No tenía! —gritaba el otro, tragando agua por boca y narices. ¡Y seguía pa bajo!

Hasta qu'el Señor lo sacó.

—¿Qué hizo las higaditas? Si no me dice qué las hizo, ¡lo echo a esta hoguera!

—No tenía higaditas ese pollo.

Lo cogió el Señor y lo alzó. Bajo el brazo donde lo tenía, le preguntaba y le preguntaba.

—Quémeme, bien pueda quémeme, ¡pero ese pollo no tenía higaditas!

A lo último el Señor lo largó y le dijo:

—Apure, vámonos pa aquella montaña.

Se fueron. Por allá, en medio monte, llega el Señor y dice:

—Apure, saquemos una cosa que hay allí.

Destaparon y era una pila de oro. Cogió el Señor y separó tres montones. Iguales los tres. Y de ai dijo:

—Bueno, vamos a partir así: un montón pa usté, uno pa mí y el otro pa'l que se comió las higaditas...

Entonces Juan de la Miseria fue cogiendo dos montones y dijo:

—¡Esto es lo mío, porque las higaditas me las comí fui yo! ¡Pa que sepa!

El viejito largó la carcajada y ajuntó todo en una sola pila.

—Todo es pa vos. Todo.

—¡Opa! ¿Y yo cómo voy'hacer pa llevame todo esto?

—Yo le doy en qué y le doy fuerzas. Yo soy el Señor.

De ai se fueron conversando y el Señor le dijo:

—¿Yo le di riquezas? Dele usté a los pobres. No deje ir el nombre de Dios. Haga hospitales y orfanatos, haga harto bien que allá lo aguardo...

—Bueno. Acompañeme a mi casa...

Llegaron a la casa y el hombre dejó todos los tesoros y le dijo a la mujer que hiciera harta caridá. Volvió a despedise y le dijo al viejito:

—Llevame, Señor. Llevame, que yo me quiero ir con vos...



Milagro

Voltaire (Francia)

Un pequeño fraile estaba tan habituado a hacer milagros que el abad le prohibió practicar su don. El pequeño fraile acató la orden; pero al ver que un pobre albañil se caía desde un tejado muy alto, titubeó entre el deseo de salvarle la vida y el voto de obediencia. Dispuso que el albañil se quedara congelado en el aire y corrió rápidamente hasta el monasterio para contarle al abad lo que estaba sucediendo. El abad le perdonó el pecado que había cometido al comenzar un milagro sin su permiso, y le permitió acabarlo con tal de que aquello no volviera a repetirse.





Maduros



Historia de los dos que soñaron

Gustav Weil (Alemania)

Cuentan los hombres dignos de fe (pero sólo Alá es omnisciente y poderoso y misericordioso y no duerme) que hubo en El Cairo un hombre poseedor de riquezas, pero tan magnánimo y liberal que todas las perdió, menos la casa de su padre, y que se vio forzado a trabajar para ganarse el pan. Trabajó tanto que el sueño lo rindió debajo de una higuera de su jardín y vio en el sueño a un desconocido que le dijo:

—Tu fortuna está en Persia, en Isfaján; vete a buscarla.

A la madrugada siguiente se despertó y emprendió el largo viaje y afrontó los peligros de los desiertos, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. Llegó al fin a Isfaján, pero en el recinto de esa ciudad lo sorprendió la noche y se tendió a dormir en el patio de una mezquita. Había, junto a la mezquita, una casa y por el decreto de Dios Todopoderoso una pandilla de ladrones atravesó la mezquita y se metió en la casa, y las personas que dormían se despertaron y pidieron socorro. Los vecinos también gritaron, hasta que el capitán de los serenos de aquel distrito acudió con sus hombres y los bandoleros huyeron por la azotea. El capitán hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y lo llevaron a la cárcel. El juez lo hizo comparecer y le dijo:

—¿Quién eres y cuál es tu patria?

El hombre declaró:

—Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Yacub El Magrebi.

El juez le preguntó:

—¿Qué te trajo a Persia?

El hombre optó por la verdad y le dijo:

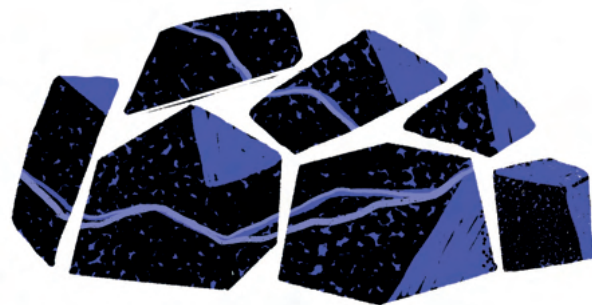
—Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfaján, porque ahí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfaján y veo que la fortuna que me prometió ha de ser esta cárcel.

El juez se echó a reír.

—Hombre desatinado —le dijo—, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín y en el jardín, un reloj de sol y después del reloj de sol, una higuera, y bajo la higuera un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, has errado de ciudad en ciudad, bajo la sola fe de tu sueño. Que no vuelva a verte en Isfaján. Toma estas monedas y vete.

El hombre las tomó y regresó a la patria. Debajo de la higuera de su casa (que era la del sueño del juez) desenterró el tesoro. Así Dios le dio la bendición y lo recompensó y exaltó. Dios es el Generoso, el Oculto.





La tragedia del minero

Efe Gómez (Colombia)

Es de noche. La luz de una vela de sebo del altar de los retablos lucha con la sombra. Están terminando de rezar el rosario de la Virgen santísima. Todos se han puesto de rodillas. Doña Luz recita, con voz mojada en la emoción de todos los dolores, de todas las esperanzas, de las decepciones todas de su alma augusta crucificada por la vida, la oración que pone bajo el amparo de Jesucristo a su familia, a los viajeros, a los agonizantes, a los amigos y a los enemigos: a la humanidad entera.

Se oyen pisadas en los corredores del exterior. Se entremiran azorados. Se ponen de pies. Se abre la puerta del salón y van entrando, descubiertos, silenciosos, Juan Gálvez, los Tabares, padre e hijo, y los dos Restrepo. Son los mineros que se fueron a veranear a las selvas de las laderas del remoto río que corre por arenales auríferos. Se han vuelto porque el invierno se entró.

—¿Y Manuel? —pregunta doña Luz.

Silencio.

—¿Se quedó de paso en su casa?

—No, señora.

—¿Y entonces?

Silencio nuevo.

—Pero ¿qué pasa? Su mujer lo espera por instantes. Quiere, naturalmente, que esté con ella en el trance que se le acerca.

—¡Pobre Dolores! —dice Micaela—. De esta llenada de luna no pasa.

A Juan Gálvez empiezan a moverse los bigotes de tigre, va a hablar.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, señora —dice al fin—. Manuel no volverá.

—¿Qué hubo, pues?... Cuenta, por Dios.

—Mire, señora. Eso fue horrible. Ya casi terminaba el verano... Y ni un jumo de oro. Cuando una mañana cateamos una cinta a la entrada de un organal... y empezamos a sacar amarillo... y la cinta a meterse por debajo del organal... La señora no sabe lo que es un organal... Son pedrones sueltos, redondeados, grandísimos..., amontonados cuando el diluvio, pero pedrones. Como catedrales, como cerros... ¡Y qué montones! Con decirle que el río, que es poco menos que el Cauca, se mete por debajo de un montón de esos... Y se pierde. Se le oye mugir allá..., hondo. Uno pasa por encima, de piedra en piedra. El otro día, por tantear qué tan hondo pasa el río, dejé ir por una grieta el eslabón de mi avío de sacar candela. Y empezó a caer de piedra en piedra..., a caer de piedra en piedra..., a chilinear: tirín, tirín... Allá estará chilineando todavía. Por entre las juntas de las piedras íbamos arrastrándonos desnudos, de barriga, como culebras, detrás de la cinta, que era un canal angosto. Llegamos a un punto en que no cabíamos... Ni untándonos de sebo pasaba el cuerpo por aquellas estrechuras. Manuel dio con una gatera por donde le pasaba la cabeza. Y él, que era más que menudo, pasó, sobándose la espalda y la barriga. Taqueamos en seguida las piedras, como pudimos, con tacos de guayacán.

—Aquí va la cinta —dijo Manuel, ya al otro lado.

Le echamos una batea de las chiquitas; las grandes no cabían. La llenó con arena de la cinta.

—¿Qué opinás, viejo? —me dijo cuando me la devolvió por el agujero, por donde había pasado llena de material.

—Mirá, se ven, así en seco, los pedazos de oro. En este güeco está el oro, pendejo. Pa educar a mis muchachos. Pa dale gusto a Dolores...

Y pegó un grito de los que él pegaba cuando estaba alegre, que retumbó en todo el organal, como un trueno encuevao.

Los compañeros salieron a lavar afuera, a bocas del socavón, la batea que Manuel acababa de alargarnos. Yo me puse a prender mi pipa y a chuparla, y a chuparla... Cuando de golpe, ¡tran! Cimbró el organal y tembló el mundo. Del susto me tragué la pipa que tenía entre los dientes. La vela se me cayó, o también me la tragaría. Me quedé a oscuras... ¡Y las prendo! Tendido de barriga, corría, arrastrándome, como si me hubiera vuelto agua y rodara por una cañería abajo. No me acordé de Manuel..., pa qué sino la verdá.

—¡Bendita sea la Virgen! —dijeron los que estaban afuera, lavando el oro, cuando me vieron llegar—. Creímos que no había quedado de ustedes, mano Juan, ni el pegao.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Es que onde hay oro espantan mucho.

—¿Y Manuel?

—Por ai vendrá atrás.

Nos pusimos a clarear el cernidor. Era tanto el oro que nos embelesamos más de dos horas viéndolo correr, sin reparar que Manuel no llegaba.

—¿Le pasaría algo a aquel?

—Allá estará, como nosotros, embobao con todo el amarillo que hay en ese güeco.

—Vamos a ver.

Y empezamos de nuevo a entrar, tendidos, de punta, como lombrices; pero alegres, deshojando cachos. Porque el oro emborracha. Se sube a la cabeza como un aguardiente.

Llegamos al punto en donde habíamos estado antes.

—Pero qué sustico el tuyo, Juan. Mirá donde dejaste la pipa —dijo Quin Restrepo, con una carcajada.

—¡Y la vela!

—¡Y los fósforos!

—Fíjate a ver si dejó también las orejas este viejo flojo.

—¡Y quién le oye las cañas!

—Pero ¡qué fue esto, Dios! Vengan, verán —gritó Penagos.

—¡A ver!

Nos amontonamos en el lugar en que estaba alumbrando con la vela. ¡Qué espanto, Señor de los Milagros! Nos voltiamos a ver, unos a otros, descoloridos como difuntos. Los tacos de guayacán que sostenían las piedras que formaban el agujero por donde Manuel entró se habían vuelto polvo. Del agujero no quedaba nada: ciego, como ajustado a garlopa.

—¡Manuel...! —grité.

Nada.

—¡Manuel!

Nada. Volví a gritar, arrimando la boca a una grieta por donde cabía apenas la mano de canto:

—¡Manuel!

—¡Oohh!... —respondieron al mucho rato, por allá, desde muy hondo.

Desde muy hondo...

—¿Qué hubo, hombre?

—A mí déjenme quieto.

—Pero ¿qué fue, hombre?

—Por mí no se afanen. Ya yo no soy de esta vida.

—¿Qué pasa, hombre, pues?

—Encerrado como en el sepulcro... De aquí ya no me saca nadie...

Sacaré Dios el alma cuando me muera... Si es que se acuerda de mí.

—Buscá, hombre, tal vez quedará alguna juntura por onde...

—He buscado ya por todas partes... Los pedrones, juntos, apretados...

¡Y qué pedrones!... Tengo una sed...

Inventamos un popo por onde le echábamos agua y cacaíto. Así nos estuvimos ocho días: callaos, mano sobre mano, como en un velorio.

Si tuviéramos dinamita, pensábamos, volaríamos el pedrejón que rompió los tacos..., pero como todos los pedrones están sueltos, sostenidos unos con otros, el organal se movería íntegro, se acomodaría cada vez más de manera diferente... y nos trituraría a todos..., o nos dejaría encerrados...

Y lo horrible fue que se nos acabaron los víveres. Manuel lo adivinó.
¡Con lo avisado que era!

—Váyanse, muchachos..., ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras... Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha, y... váyanse... ¿Qué se suplen con estarse ai...? Váyanse, les digo. Déjenme a mí el alma quieta, ya yo estoy resignao a mi suerte. Lo único que siento es no conocer el hijo que me va a nacer, o que me habrá nacido ya. ¡Pobrecito güérfano!... Me le dicen a doña Luz que ai se los dejo..., a él y a Dolores. Que los cuide como propios... y no me llamen más, porque no les contesto...

¿Qué hacíamos, pues, nosotros? Venirnos. Venirnos y dejarlo. ¡Cosa más berrionda!

Y el viejo Juan, con un movimiento brusco, se puso el sombrero y se agachó el ala para taparse los ojos. Lloraba.

La puerta del exterior se abrió con estrépito. Y entra Dolores, pálida, la piel del rostro bello pegada a los huesos y los ojos enormes, extraviados, trágicos.

—Todas son patrañas. Todo lo he oído... Me voy por Manuel. ¡Ya! ¡Cobardes, cómo dejan a un compañero abandonado! ¡Quien oye al viejo Juan! ¡Viejo infeliz! Traeré a Manuel. Lo que cinco hombres no pudieron lo haré yo... ¡Y ustedes, sinvergüenzas, tiren esos pantalones y pónganse unas fundas! ¡Maricos...!

Abre los brazos, da un grito y cae al suelo, retorciéndose entre los dolores del parto. Se lanza doña Luz, severa, enérgica, bella, y hace salir a los hombres y a los niños.



En la peluquería

Kjell Askildsen (Noruega)

Hace muchos años que dejé de ir al peluquero; el más cercano se encuentra a cinco manzanas de aquí, lo que me resultaba bastante lejos, incluso antes de romperse la barandilla de la escalera. El poco pelo que me crece puedo cortármelo yo mismo, y eso hago, quiero poder mirarme en el espejo sin deprimirme demasiado, también me corto siempre los pelos largos de la nariz.

Pero en una ocasión, hace menos de un año, y por razones en las que no quiero entrar aquí, me sentía aún más solo que de costumbre, y se me ocurrió la idea de ir a cortarme el pelo, aunque no lo tenía nada largo. La verdad es que intenté convencerme de no ir, está demasiado lejos, me dije, tus piernas ya no valen para eso, te va a costar al menos tres cuartos de hora ir, y otro tanto volver. Pero de nada sirvió. ¿Y qué?, me contesté, tengo tiempo de sobra, es lo único que me sobra.

De modo que me vestí y salí a la calle. No había exagerado, tardé mucho; jamás he oído hablar de nadie que ande tan despacio como yo, es una lata, habría preferido ser sordomudo. Porque ¿qué hay que merezca ser escuchado?, y ¿por qué hablar?, ¿quién escucha? y ¿hay algo más que decir? Sí, hay más que decir, pero ¿quién escucha?

Por fin llegué. Abrí la puerta y entré. Ay, el mundo cambia. En la peluquería todo está cambiado. Solo el peluquero era el mismo. Lo saludé, pero no me reconoció. Me llevé una decepción, aunque, por supuesto, hice como

si nada. No había ningún sitio libre. A tres personas las estaban afeitando o cortando el pelo, otras cuatro esperaban, y no quedaba ningún asiento libre. Estaba muy cansado, pero nadie se levantó, los que estaban esperando eran demasiado jóvenes, no sabían lo que es la vejez. De manera que me volví hacia la ventana y me puse a mirar la calle, haciendo como si fuera eso lo que quería, porque nadie debía sentir lástima por mí. Acepto la cortesía, pero la compasión pueden guardársela para los animales. A menudo, demasiado a menudo, bien es verdad que ya hace tiempo, aunque el mundo no se ha vuelto más humano, ¿no?, solía fijarme en que algunos jóvenes pasaban indiferentes por encima de personas desplomadas en la acera, mientras que cuando veían a un gato o un perro herido, sus corazones desbordaban compasión. “Pobre perrito”, decían, o “Gatito, pobrecito, ¿está herido?”. ¡Ay, sí, hay muchos amantes de los animales!

Por suerte, no tuve que estar de pie más de cinco minutos, y fue un alivio poder sentarme. Pero nadie hablaba. Antes, en otros tiempos, el mundo, tanto el lejano como el cercano, se llevaba hasta el interior de la peluquería. Ahora reinaba el silencio, me había dado el paseo en vano, no había ya ningún mundo del que se deseara hablar. Así que al cabo de un rato me levanté y me marché. No tenía ningún sentido seguir allí. Mi pelo estaba lo suficientemente corto. Y así me ahorré unas coronas*, seguro que me habría costado bastante. Y eché a andar los muchos miles de pasitos hasta casa. Ay, el mundo cambia, pensé. Y se extiende el silencio. Es hora ya de morir.



*Moneda utilizada en Noruega.



En manos de la cocinera

Miguel de Unamuno (España)

iGracias a Dios que iba, por fin, a concluirse aquella vacua existencia de soltero y a entrar en una nueva vida, o más bien entrar en vida de veras! Porque el pobre Vicente no podía ya tolerar más tiempo su soledad. Desde que se le murió la madre vivía solo, con su criada. Esta, la criada, le cuidaba bien; era lista, discreta, solícita y, sin ser precisamente guapa, tenía unos ojillos que alegraban la cara, pero... No, no era aquello; así no se podía vivir.

Y la novia, Rosaura, era un encanto. Alta, recia, rubia, pisando como una diosa, con la frente cara a cara al cielo siempre. Tenía una boca que daba ganas de vivir el mirarla. Su hermosura toda era el esplendor de la salud.

Eso sí, una cosa encontró en ella Vicente que, aunque ayudaba a encenderle el deseo, le enfriaba por otra parte el amor, y era la reserva de Rosaura.

Jamás logró de ella ciertas familiaridades, en el fondo inocentes, que se permiten los novios. Jamás consiguió que le diese un beso.

“Después, después que nos casemos, todos los que quieras”, le decía. Y Vicente para sí: “¡Todos los que quieras!... ¿No es este un modo de desdenarlos? ¿No es como quien dice ‘Para lo que me van a costar’?...”. Vicente presentía que solo valen las caricias que cuestan.

¿Le quería Rosaura? ¿Es que de veras le quería? ¿Era tan terriblemente discreta! ¿Estaba tan sobre sí! Toda su preocupación parecía no ser otra que la

de hacerse valer, la de hacerse respetar. Y a ello parece le movían más aún los consejos de su madre, de la futura suegra de Vicente, una matrona insoportable con sus pretensiones aristocráticas. Delante de la buena señora no se podía hablar de las dos terceras partes de las cosas de que merece hablarse; delante de ella no se les podía llamar a las enfermedades por su nombre. Y era ella, sin duda; era aquella madre profesional la que decía a Rosaura: “Hija mía, hazte respetar”. Ella, por su parte, pareció no haber conocido sino el respeto de su marido, del padre de Rosaura, que se murió de aburrimiento.

¿Le quería Rosaura? Pero... ¡era tan hermosa! Con brillar tanto sus ojos, brillaban más aún sus labios, aquellos labios de color encendido y frescos que daban ganas de respirar más fuerte y más hondo a quien los miraba.

Estaba ya encima el día de la boda. Ignacia, la criada, le había dicho a Vicente:

—Señorito, aunque usted se case, yo seguiré en la casa...

—¡Pues no faltaba más, Ignacia!

—Pero ¿y si la señorita quiere traer otra?...

—No, no lo querrá.

—Qué sé yo...

Y la pobre chica se quedó pensando que no habría de ser compatible con aquella señorita tan aseñoritada.

Todo estaba dispuesto para el día de la boda, cuando he aquí que la víspera se cae Vicente del caballo y se rompe una pierna. El médico dijo que no podía levantarse lo menos en un mes.

En casa de la novia el accidente causó irritación. “¡Ahora que estaba dispuesto ya todo, hecho todo el gasto!”, exclamaba la señora.

—La cosa es bien sencilla —dijo el padrino de Vicente—; va la novia a casa del novio y se casan allí...

—¿Cómo? —exclamó la señora—. ¿Estando él en cama?

—Naturalmente; no veo dificultad alguna en que se verifique una boda hallándose acostado uno de los contrayentes. Pueden muy bien darse las manos y los votos. Y como la muchacha ha de quedarse luego allí...

—Mi hija no va a casarse a casa del novio, y menos hallándose él en cama y con la pierna rota...

Rosaura pensaba en tanto que acaso su novio se quedase cojo para siempre.

El pobre Vicente sufrió más aún que con la rotura de su pierna con la conducta de su prometida. Fue a visitarle, sí, pero como por compromiso. Esperaba que hubiese accedido a que se casaran desde luego, o que, por lo mismo, hubiese ido a servirle de enfermera. Y así se lo insinuó.

—¡De enfermera! —exclamó la señora madre—, ¡pero ese hombre está loco! ¿Qué idea tendrá de mi hija? Ir una muchacha soltera a cuidar a un soltero, aunque sea su novio formal y en las condiciones de este, que se ha roto una pierna. ¡Qué indelicadeza de sentimientos!... En fin, hay cosas que si no se maman...

No le quedó al pobre Vicente otro recurso y otro consuelo que la pobre Ignacia. La chica redoblaba de solicitud y de cariño. Hacíale curas y se las hacía con una casta serenidad, como una sacerdotisa. Vicente procuraba no quejarse. Y, de hecho, cuando la pobre criada le renovaba los vendajes o le arreglaba la postura de la pierna, no parecían sus manos ni aun manos de mujer, sino alas de ángel por lo suaves.

—Qué largo va esto, Ignacia...

—Tenga paciencia, señorito, que dice el médico que ha de quedar como nuevo, sin cojera alguna, y la señorita Rosaura le espera...

—Me espera..., me espera...

—Ayer la volví a encontrar y me estuvo preguntando con mucha solicitud por usted...

—Preguntando..., preguntando...

La curación fue más rápida de lo que los médicos habían supuesto. Muy pronto pudo levantarse Vicente, apoyado en un fuerte bastón, y dar algunos pasos por la casa. Y mandó decir que estaba dispuesto a acudir así a la iglesia, a casarse. La futura suegra le contestó que no había prisa, que era mejor esperar a que estuviese repuesto del todo.

Por fin, se fijó para un nuevo plazo la boda. Los médicos aseguraban que para entonces Vicente andaría solo, sin bastón y como antes del accidente. Pero el pobre hombre se sentía triste. Aparecíasele la boda como un sacrificio. Era hombre de palabra.

Tres días antes del nuevo señalado para el sacrificio se le presentó Ignacia, toda confusa, ruborosa, como nunca la había visto, y le dijo:

—Señorito, siento tener que decirle...

—¿Qué?

—Que yo me voy de la casa. —Y se echó a llorar.

—¿Cómo que te vas?

—Sí, como el señorito va a casarse...

—¿Pero no quedamos en que te quedarías tú de criada nuestra?

—Quedamos, sí, en eso usted y yo; pero no ella, no la señorita...

—¿Qué? ¿Te ha dicho algo?

—No, no me ha dicho nada; pero sé de fijo que no podremos estar mucho tiempo juntas...

—¿Y por qué?

—Porque le he cuidado yo al señorito en su enfermedad, yo y no ella...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sí, tiene que ver. Yo sé lo que le digo. Ella, una señorita, y una señorita que se iba a casar con usted, de quien está usted enamorado, ella no podía..., no debía venir a cuidarle, mientras que yo...

—Sí, tú eres la criada.

—Eso.

Bajó la cabeza, ensombreciéndosele, Vicente, y al poco rato la levantó, fijó sus ojos claros en los ojos claros de su criada, y lentamente le dijo:

—Tienes razón, Ignacia; comprendo tus razones, o mejor, tus sentimientos, y participo de tus temores. Mi novia, mi futura esposa, y tú seréis incompatibles en esta casa. Aunque no fuese más te echaría su señora madre, la de la delicadeza de sentimientos. Y tienes razón; ella, la que se hizo respetar, no pudo, no debió venir a cuidarme; eso era menester tuyo, de la criada. Y

tú lo has cumplido con una devoción que no sé si encontraré en ella cuando... sea mi mujer. Sois incompatibles, y como yo no quiero separarme de mi enfermera, renuncio a ella, a Rosaura, y me caso, pero... contigo... ¿Lo quieres?

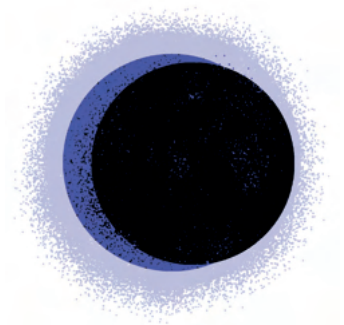
La pobre chica se echó a llorar.

Y se casó Vicente; pero se casó con su enfermera, con la que nunca soñó en hacerse respetar. Y no soñó en ello por respeto al amor, al grande y callado amor a su amo, a aquel amor sencillo y recogido, que hizo de sus manos de fregadora alas de ángel para manejar como con plumas la pierna rota de su amo.

Y la señora madre de Rosaura, la exfutura suegra de Vicente, se quedó diciendo a su hija por vía de consuelo:

—No has perdido nada, hija mía; siempre sospeché de la ordinariéz de sentimientos y de gustos de ese sujeto...





El eclipse

Augusto Monterroso (Guatemala)

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de Los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

—Si me matáis —les dijo—, puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios —brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado—, mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.





La capa

Dino Buzzati (Italia)

Después de una interminable espera, cuando ya empezaba a desvanecerse toda esperanza, Giovanni regresó a su casa. No habían dado todavía las dos de la tarde y su madre estaba quitando la mesa. Era un día gris de marzo y volaban las cornejas*.

Al verlo aparecer de improviso en el umbral, su madre gritó: “¡Oh, bendito seas!”, y corrió a abrazarlo. También Anna y Pietro, sus dos hermanitos, mucho más pequeños que él, se pusieron a gritar de alegría. Había llegado el momento esperado durante meses, vislumbrado tan a menudo en los dulces sueños del alba, con el que volvería la felicidad.

Él no dijo casi nada, pues a duras penas lograba contener el llanto. Había dejado enseguida el pesado sable encima de una silla, pero en la cabeza llevaba todavía el gorro de piel.

—Deja que te vea —decía entre lágrimas la madre, echándose un poco hacia atrás—. Deja que vea lo guapo que estás. Pero si estás pálido.

En efecto, estaba algo pálido y como extenuado. Se quitó el gorro, avanzó hasta el centro de la habitación y se sentó. ¡Qué cansado se le veía, incluso parecía que le costara sonreír!

—Pero quítate la capa, criatura —dijo la madre, y lo miraba como un prodigio, incluso se sentía intimidada. Qué alto, qué guapo, qué digno estaba (aunque quizá demasiado pálido)—. Quítate la capa, tráela acá, ¿no tienes calor?

*Ave de la familia de los cuervos.

De forma instintiva, él hizo un brusco movimiento a la defensiva, apretando la capa contra sí, quizá por temor a que se la arrebataran.

—No, no, déjame —respondió evasivo—. Además, debo salir dentro de poco...

—¿Debes salir? ¿Vuelves después de dos años y ya quieres irte? —dijo ella desolada, viendo que volvía a empezar, después de tanta alegría, la eterna pena de las madres—. ¿Debes salir enseguida? ¿No quieres comer algo antes?

—Ya he comido, madre —respondió el hijo con una afable sonrisa, y miraba a su alrededor, deleitándose con las amadas penumbras—. Hemos parado en un mesón, a unos kilómetros de aquí...

—Ah, ¿no has venido solo? ¿Quién te ha acompañado? ¿Un compañero del regimiento? ¿El hijo de Mena, quizá?

—No, no, alguien que he conocido por el camino. Está fuera esperándome.

—¿Que está ahí esperándote? ¿Y por qué no le has hecho pasar? ¿Cómo se te ha ocurrido dejarle en medio del camino?

Fue a la ventana y, a través del huerto, al otro lado de la cancela de madera*, distinguió una figura que caminaba lentamente arriba y abajo por el camino; iba completamente embozada y producía una sensación de melancolía. Entonces en el ánimo de ella nació, incomprensible, en medio de su enorme alegría, una pena misteriosa y aguda.

—Es mejor que no —respondió él, resuelto—. Para él sería un fastidio, es un tipo muy raro.

—¿Y un vasito de vino? Al menos le podremos llevar un vasito de vino, ¿no?

—Mejor que no, madre. Es un tipo extraño, es capaz de ponerse hecho una furia.

—¿Pero, entonces, quién es? ¿Por qué te has juntado con él? ¿Qué quiere de ti?

*Cerca de madera.

—No lo conozco bien —dijo lenta y gravemente—. Lo he encontrado durante el viaje. Ha venido conmigo, eso es todo.

Parecía no querer hablar de eso, parecía avergonzarse. Y su madre, para no contrariarle, cambió inmediatamente de tema, pero en su amable rostro ya se apagaba la luz de un momento antes.

—Oye —dijo—, ¿te imaginas lo contenta que se va a poner Marietta cuando se entere de que has vuelto? ¿Te imaginas sus saltos de alegría? ¿Es por ella por lo que querías salir?

Él solo sonrió, siempre con aquella expresión de quien desearía estar contento, pero no puede por alguna secreta preocupación.

La madre no alcanzaba a comprender: ¿por qué permanecía sentado y casi triste, como en el lejano día de la partida? Ahora había vuelto, tenía una vida nueva por delante, una infinidad de días libres de todo cuidado, muchas hermosas veladas juntos, una serie inagotable que se perdía más allá de las montañas, en la inmensidad de los años futuros. Habían terminado ya las noches de angustia, cuando en el horizonte se veían resplandores de fuego y se podía pensar que también él estaba allí en medio, tumbado inmóvil en el suelo, el pecho traspasado, entre las sangrientas ruinas. Por fin había vuelto, más alto, más guapo, ¡qué alegría para Marietta! Dentro de poco empezaría la primavera, se casarían en la iglesia una mañana de domingo, entre repiques de campanas y flores. ¿Por qué entonces permanecía apagado y distraído, por qué no reía, por qué no le hablaba de las batallas? ¿Y la capa? ¿Por qué se la cerraba tanto con el calor que hacía dentro de casa? ¿Tal vez porque, debajo, llevaba el uniforme roto y lleno de barro? Pero ¿cómo podía avergonzarse delante de su madre? Las penas parecían haber acabado, pero he aquí que de pronto surgía una nueva inquietud.

Con el dulce rostro inclinado ligeramente hacia un lado, lo observaba con preocupación, atenta a no contrariarlo, a adivinar de inmediato todos sus deseos. ¿No estaría enfermo? ¿O simplemente tal vez estaba exhausto por tantas penalidades? ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué ni siquiera la miraba?

En efecto, el hijo no la miraba: al contrario, parecía evitar sus miradas

como si temiera algo. Y mientras tanto, sus dos hermanitos lo contemplaban mudos, con un extraño embarazo.

—Giovanni —murmuró ella sin poder contenerse más—. ¡Por fin estás aquí! ¡Por fin estás aquí! Espera, voy a prepararte un café.

Corrió a la cocina. Y Giovanni se quedó con sus dos hermanos mucho más pequeños que él. Si se hubieran encontrado por la calle, ni siquiera se habrían reconocido. ¡Cómo habían cambiado en dos años! Ahora se miraban en silencio, sin saber qué decir, pero de vez en cuando los tres sonreían al unísono, casi por un antiguo pacto no olvidado.

En esas volvió la madre, trayendo una tacita de café humeante y un buen pedazo de bizcocho. Él se bebió de una vez el café y comió el bizcocho con fatiga. “¿Qué pasa, ya no te gusta? ¡Antes era tu debilidad!”, habría querido preguntarle su madre, pero calló para no molestarlo.

—Giovanni —le propuso en cambio—, ¿no quieres ver tu habitación? Tienes una cama nueva, ¿sabes? He mandado encalar las paredes, hay una lámpara nueva, ven a ver... ¿De verdad que no quieres quitarte la capa?, ¿no tienes calor?

El soldado no le respondió, sino que se levantó de la silla y se dirigió a la habitación contigua. Se movía de una forma lenta y pesada, como si no tuviera veinte años. Su madre se había adelantado para abrir de par en par los postigos de la ventana, pero solo entró una luz triste y gris.

—¡Qué bonito! —dijo él con escaso entusiasmo desde el umbral al ver los muebles nuevos, los visillos inmaculados y las paredes blancas, todo ello fresco y limpio. Pero al inclinarse la madre a arreglar la flamante colcha de la cama, también nueva, él posó la mirada en sus gráciles hombros, una mirada de inexpresable tristeza que nadie pudo ver. De hecho, Anna y Pietro estaban detrás de él, con las caritas radiantes, esperando una escena llena de regocijo y asombro.

Pero no hubo nada.

—¡Qué bonito! ¡Muchas gracias, madre! —repitió él, y eso fue todo. Movía los ojos con inquietud, como quien está deseando finalizar un diálogo

penoso. Pero, sobre todo, de vez en cuando miraba con evidente preocupación, a través de la ventana, la cancela de madera verde detrás de la cual una figura caminaba arriba y abajo lentamente.

—¿Estás contento, Giovanni? ¿Estás contento? —preguntó ella impaciente por verlo feliz.

—Oh, sí, es muy bonito —respondió el hijo (pero ¿por qué se obstinaba en no quitarse la capa?), y siguió sonriendo con muchísimo esfuerzo.

—Giovanni —suplicó ella—, ¿qué tienes? ¿Qué tienes, Giovanni? Tú me ocultas algo, ¿por qué no me lo quieres decir?

Él se mordió los labios, parecía que se le hubiese hecho un nudo en la garganta.

—Madre —respondió, al cabo de unos instantes con voz opaca—, madre, ahora debo irme.

—¿Debes irte? Pero volverás enseguida, ¿no? Vas a casa de Marietta, ¿verdad? Dime la verdad, ¿vas a casa de Marietta? —y trataba de bromear, a pesar de la pena que sentía.

—No sé, madre —respondió él sin abandonar aquel tono contenido y amargo mientras se dirigía a la puerta y volvía a coger el gorro de piel—. No lo sé, pero ahora debo irme; aquel me espera.

—¿Pero volverás más tarde? Dentro de dos horas estarás de nuevo aquí, ¿verdad? Llamaré al tío Giulio y a la tía para que vengan, imagínate qué alegría también para ellos; intenta llegar un poco antes de comer...

—Madre —repitió el hijo, como si le suplicara que no dijera nada más, que callara, por amor de Dios, que no aumentara la pena—. Ahora debo irme, aquel me está esperando, ha sido incluso demasiado paciente. —Y la miró de una forma que rompía el alma.

Se acercó a la puerta; sus hermanitos, todavía alegres, le hicieron corro, y Pietro le levantó un borde de la capa para ver cómo iba vestido por debajo.

—¡Pietro! ¡Pietro! ¡Qué haces! ¡Estate quieto, Pietro! —gritó la madre, temiendo que Giovanni se enfadara.

—¡No, no! —exclamó el soldado, al darse cuenta del gesto del chiqui-

llo. Pero ya era demasiado tarde. Los dos bordes delanteros de paño azul se abrieron por un instante.

—Oh, Giovanni, criatura mía, ¿qué te han hecho? —balbució la madre, cogiéndose el rostro entre las manos—. ¡Giovanni, pero si tienes sangre!

—Debo irme, madre —repitió él por segunda vez, con desesperada firmeza—. Ya le he hecho esperar demasiado. Hasta pronto, Anna; hasta pronto, Pietro; adiós, madre.

Estaba ya en la puerta. Salió como llevado por el viento. Atravesó el huerto casi corriendo y abrió la cancela. Dos caballos partieron al galope bajo el cielo gris, pero no hacia el pueblo, no, sino a través de los prados, hacia el norte, en dirección a las montañas. Galopaban y galopaban.

Entonces la madre por fin comprendió; un vacío inmenso que nunca nadie ni nada podrían colmar se abrió en su corazón. Comprendió la historia de la capa y la tristeza de su hijo, y, sobre todo, quién era el misterioso individuo que paseaba de un lado a otro del camino esperando, quién era aquel siniestro personaje incluso demasiado paciente. Tan misterioso y paciente como para acompañar a Giovanni a la vieja casa antes de llevárselo de allí para siempre, con el fin de que pudiera despedirse de su madre. Supo quién era aquel personaje que había esperado tanto tiempo de pie junto a la cancela. Él, señor del mundo, había esperado en medio del polvo como un pordiosero hambriento.





Fábula de los ciegos

Hermann Hesse (Alemania)

Traducción de J.A. Bravo

Durante los primeros años del hospital de ciegos, como se sabe, todos los internos detentaban los mismos derechos y sus pequeñas cuestiones se resolvían por mayoría simple, sacándolas a votación. Con el sentido del tacto sabían distinguir las monedas de cobre y las de plata, y nunca se dio el caso de que ninguno de ellos confundiese el vino de Mosela con el de Borgoña. Tenían el olfato mucho más sensible que el de sus vecinos videntes. Acerca de los cuatro sentidos consiguieron establecer brillantes razonamientos, es decir, que sabían de ellos cuanto hay que saber, y de esta manera vivían tranquilos y felices en la medida en que tal cosa sea posible para unos ciegos.

Por desgracia, sucedió entonces que uno de sus maestros manifestó la pretensión de saber algo concreto acerca del sentido de la vista. Pronunció discursos, agitó cuanto pudo, ganó seguidores y por último consiguió hacerse nombrar principal del gremio de los ciegos. Sentaba cátedra sobre el mundo de los colores, y desde entonces todo empezó a salir mal.

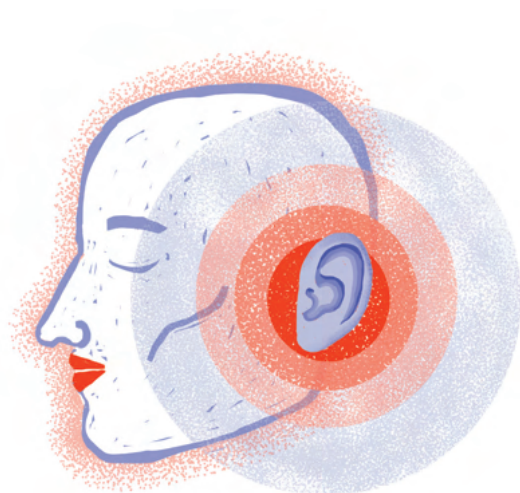
Este primer dictador de los ciegos empezó por crear un círculo restringido de consejeros, mediante el cual se adueñó de todas las limosnas. A partir de entonces nadie pudo oponérsele, y sentenció que la indumentaria de todos los ciegos era blanca. Ellos lo creyeron y hablaban mucho de sus hermosas ropas blancas, aunque ninguno de ellos las llevaba de tal color.

De modo que el mundo se burlaba de ellos, por lo que se quejaron al dictador. Este los recibió de muy mal talante, los trató de innovadores, de libertinos y de rebeldes que adoptaban las necias opiniones de las gentes que tenían vista. Eran rebeldes, porque, caso inaudito, se atrevían a dudar de la infalibilidad de su jefe. Esta cuestión suscitó la aparición de dos partidos.

Para sosegar los ánimos, el sumo príncipe de los ciegos lanzó un nuevo edicto, que declaraba que la vestimenta de los ciegos era roja. Pero esto tampoco resultó cierto; ningún ciego llevaba prendas de color rojo. Las mofas arreciaron y la comunidad de los ciegos estaba cada vez más quejosa.

El jefe montó en cólera y los demás también. La batalla duró largo tiempo y no hubo paz hasta que los ciegos tomaron la decisión de suspender provisionalmente todo juicio acerca de los colores.

Un sordo que leyó este cuento admitió que el error de los ciegos había consistido en atreverse a opinar sobre colores. Por su parte, sin embargo, siguió firmemente convencido de que los sordos eran las únicas personas autorizadas a opinar en materia de música.





El banquete

Julio Ramón Ribeyro (Perú)

Con dos meses de anticipación, don Fernando Pasamano había preparado los pormenores de este magno suceso. En primer término, su residencia hubo de sufrir una transformación general. Como se trataba de un caserón antiguo, fue necesario echar abajo algunos muros, agrandar las ventanas, cambiar la madera de los pisos y pintar de nuevo todas las paredes. Esta reforma trajo consigo otras y —como esas personas que cuando se compran un par de zapatos juzgan que es necesario estrenarlos con calcetines nuevos y luego con una camisa nueva y luego con un terno nuevo y así sucesivamente hasta llegar al calzoncillo nuevo— don Fernando se vio obligado a renovar todo el mobiliario, desde las consolas del salón hasta el último banco de la repostería. Luego vinieron las alfombras, las lámparas, las cortinas y los cuadros para cubrir esas paredes que desde que estaban limpias parecían más grandes. Finalmente, como dentro del programa estaba previsto un concierto en el jardín, fue necesario construir un jardín. En quince días, una cuadrilla de jardineros japoneses edificó, en lo que antes era una especie de huerta salvaje, un maravilloso jardín rococó donde había cipreses tallados, caminitos sin salida, una laguna de peces rojos, una gruta para las divinidades y un puente rústico de madera que cruzaba sobre un torrente imaginario.

Lo más grande, sin embargo, fue la confección del menú. Don Fernando y su mujer, como la mayoría de la gente proveniente del interior, solo habían asistido en su vida a comilonas provinciales en las cuales se mezcla

la chicha con el whisky y se termina devorando los cuyes con la mano. Por esta razón sus ideas acerca de lo que debía servirse en un banquete al presidente eran confusas. La parentela, convocada a un consejo especial, no hizo sino aumentar el desconcierto. Al fin, don Fernando decidió hacer una encuesta en los principales hoteles y restaurantes de la ciudad, y así pudo enterarse de que existían manjares presidenciales y vinos preciosos que fue necesario encargar por avión a las viñas del mediodía.

Cuando todos estos detalles quedaron ultimados, don Fernando constató con cierta angustia que en ese banquete, al cual asistirían ciento cincuenta personas, cuarenta mozos de servicio, dos orquestas, un cuerpo de ballet y un operador de cine, había invertido toda su fortuna. Pero, al fin de cuentas, todo dispendio le parecía pequeño para los enormes beneficios que obtendría de esta recepción.

—Con una embajada en Europa y un ferrocarril a mis tierras de la montaña rehacemos nuestra fortuna en menos de lo que canta un gallo —decía a su mujer—. Yo no pido más. Soy un hombre modesto.

—Falta saber si el presidente vendrá —replicaba su mujer.

En efecto, había omitido hasta el momento hacer efectiva su invitación. Le bastaba saber que era pariente del presidente —con uno de esos parentescos serranos tan vagos como indemostrables y que, por lo general, nunca se esclarecen por el temor de encontrar adulterino— para estar plenamente seguro de que aceptaría. Sin embargo, para mayor seguridad, aprovechó su primera visita a palacio para conducir al presidente a un rincón y comunicarle humildemente su proyecto.

—Encantado —le contestó el presidente—. Me parece una magnífica idea. Pero por el momento me encuentro muy ocupado. Le confirmaré por escrito mi aceptación.

Don Fernando se puso a esperar la confirmación. Para combatir su impaciencia, ordenó algunas reformas complementarias que le dieron a su mansión un aspecto de un palacio afectado para alguna solemne mascarada. Su última idea fue ordenar la ejecución de un retrato del presidente —que

un pintor copió de una fotografía— y que él hizo colocar en la parte más visible de su salón.

Al cabo de cuatro semanas, la confirmación llegó. Don Fernando, quien empezaba a inquietarse por la tardanza, tuvo la más grande alegría de su vida. Aquel fue un día de fiesta, salió con su mujer al balcón para contemplar su jardín iluminado y cerrar con un sueño bucólico esa memorable jornada. El paisaje, sin embargo, parecía haber perdido sus propiedades sensibles, pues dondequiera que pusiera los ojos, don Fernando se veía a sí mismo, se veía en chaqué, en tarro, fumando puros, con una decoración de fondo donde —como en ciertos afiches turísticos— se confundían los monumentos de las cuatro ciudades más importantes de Europa. Más lejos, en un ángulo de su quimera, veía un ferrocarril regresando de la floresta con sus vagones cargados de oro. Y por todo sitio, movediza y transparente como una alegoría de la sensualidad, veía una figura femenina que tenía las piernas de una cocotte*, el sombrero de una marquesa, los ojos de una tahitiana y absolutamente nada de su mujer.

El día del banquete, los primeros en llegar fueron los soplones. Desde las cinco de la tarde estaban apostados en la esquina, esforzándose por guardar un incógnito que traicionaban sus sombreros, sus modales exageradamente distraídos y sobre todo ese terrible aire de delincuencia que adquieren a menudo los investigadores, los agentes secretos y en general todos los que desempeñan oficios clandestinos.

Luego fueron llegando los automóviles. De su interior descendían ministros, parlamentarios, diplomáticos, hombres de negocios, hombres inteligentes. Un portero les abría la verja, un ujier** los anunciaba, un valet*** recibía sus prendas y don Fernando, en medio del vestíbulo, les estrechaba la mano, murmurando frases corteses y conmovidas.

Cuando todos los burgueses del vecindario se habían arremolinado delante de la mansión y la gente de los conventillos se hacía una fiesta

*Mujer atractiva y libertina.

**Sirviente

***Mayordomo

de fasto tan inesperado, llegó el presidente. Escoltado por sus edecanes, penetró en la casa y don Fernando, olvidándose de las reglas de la etiqueta, movido por un impulso de compadre, se le echó en los brazos con tanta simpatía que le dañó una de sus charreteras.

Repartidos por los salones, los pasillos, la terraza y el jardín, los invitados se bebieron discretamente, entre chistes y epigramas, los cuarenta cajones de whisky. Luego se acomodaron en las mesas que les estaban reservadas —la más grande, decorada con orquídeas, fue ocupada por el presidente y los hombres ejemplares— y se comenzó a comer y a charlar ruidosamente mientras la orquesta, en un ángulo del salón, trataba de imponer inútilmente un aire vienés.

A mitad del banquete, cuando los vinos blancos del Rin habían sido honrados y los tintos del Mediterráneo comenzaban a llenar las copas, se inició la ronda de discursos. La llegada del faisán los interrumpió y solo al final, servido el champán, regresó la elocuencia y los panegíricos* se prolongaron hasta el café, para ahogarse definitivamente en las copas del coñac.

Don Fernando, mientras tanto, veía con inquietud que el banquete, pleno de salud ya, seguía sus propias leyes, sin que él hubiera tenido ocasión de hacerle al presidente sus confidencias. A pesar de haberse sentado, contra las reglas del protocolo, a la izquierda del agasajado, no encontraba el instante propicio para hacer un aparte. Para colmo, terminado el servicio, los comensales se levantaron para formar grupos amodorrados y digestónicos, y él, en su papel de anfitrión, se vio obligado a correr de grupo en grupo para reanimarlos con copas de mentas, palmaditas, puros y paradojas.

Al fin, cerca de medianoche, cuando ya el ministro de Gobierno, ebrio, se había visto forzado a una aparatosa retirada, don Fernando logró conducir al presidente a la salita de música y allí, sentados en uno de esos canapés, que en la corte de Versalles servían para declararse a una princesa o para desbaratar una coalición, le deslizó al oído su modesta demanda.

*Elogios.

—Pero no faltaba más —replicó el presidente—. Justamente queda vacante en estos días la embajada de Roma. Mañana, en Consejo de Ministros, propondré su nombramiento, es decir, lo impondré. Y en lo que se refiere al ferrocarril, sé que hay en Diputados una comisión que hace meses discute ese proyecto. Pasado mañana citaré a mi despacho a todos sus miembros y a usted también, para que resuelvan el asunto en la forma que más convenga.

Una hora después el presidente se retiraba, luego de haber reiterado sus promesas. Lo siguieron sus ministros, el Congreso, etc., en el orden preestablecido por los usos y costumbres. A las dos de la mañana quedaban todavía merodeando por el bar algunos cortesanos que no ostentaban ningún título y que esperaban aún el descorchamiento de alguna botella o la ocasión de llevarse a hurtadillas un cenicero de plata. Solamente a las tres de la mañana quedaron solos don Fernando y su mujer. Cambiando impresiones, haciendo auspiciosos proyectos, permanecieron hasta el alba entre los despojos de su inmenso festín. Por último, se fueron a dormir con el convencimiento de que nunca caballero limeño había tirado con más gloria su casa por la ventana ni arriesgado su fortuna con tanta sagacidad.

A las doce del día, don Fernando fue despertado por los gritos de su mujer. Al abrir los ojos le vio penetrar en el dormitorio con un periódico abierto entre las manos. Arrebatándoselo, leyó los titulares y, sin proferir una exclamación, se desvaneció sobre la cama. En la madrugada, aprovechándose de la recepción, un ministro había dado un golpe de Estado y el presidente había sido obligado a dimitir.





Las joyas

Guy de Maupassant (Francia)

El señor Lantín conoció a aquella muchacha en una reunión que hubo en casa del subjefe de su oficina, y el amor lo envolvió como una red.

Era hija de un recaudador de impuestos de provincia muerto años atrás. Tiempo después, ella y su madre se habían trasladado a París, y su madre frecuentaba a algunas familias burguesas del barrio con la esperanza de poder casarla. La muchacha parecía ser el modelo de la mujer honesta, con quien soñaría un joven prudente para confiarle su porvenir. Su modesta belleza ofrecía un encanto angelical de pudor y la imperceptible sonrisa, que nunca abandonaba sus labios, parecía un reflejo de su alma.

Todo el mundo cantaba sus alabanzas y cuantos la conocieron repetían sin cesar: “Dichoso el que se la lleve, no podría encontrar una mejor”.

El señor Lantín, entonces primer oficial de negociado en el Ministerio del Interior, con 3500 francos* anuales pidió su mano y se casó con ella.

Fue verdaderamente feliz. Su mujer administraba la casa y el dinero de forma tan perfecta que parecía que vivieran con lujos. Le prodigaba a su marido toda clase de atenciones, delicadezas y mimos, y era tan grande su encanto que, a los seis años de haberla conocido, él la quería más que al principio.

Solamente le disgustaban dos de sus aficiones: el teatro y las joyas falsas.

*Moneda francesa.

Sus amigas, aunque eran esposas de empleados modestos, le regalaban con frecuencia entradas para ver las comedias más aplaudidas y hasta para algún estreno; y ella compartía esas diversiones con su marido, a quien le disgustaban horriblemente después de un largo día de trabajo. Por ello, para librarse de trasnochar, un día le pidió que fuera al teatro con alguna señora conocida que pudiese acompañarla de regreso a casa. Ella tardó mucho en ceder, juzgando inconveniente la proposición de su marido, pero al final se decidió a complacerlo y él se alegró muchísimo.

Su afición al teatro despertó muy pronto en ella el deseo de arreglarse y engalanarse. Su atuendo era siempre muy sencillo, de buen gusto y modesto, y su dulce e irresistible gracia, suave y sonriente, ganaba mayor atractivo con la sencillez de sus trajes. Pero adquirió la costumbre de colgar en sus orejas dos trozos de vidrio, tallados como brillantes, y también llevar collares de perlas falsas, pulseras de oro falso y peinetas adornadas con cristales de colores, que imitaban piedras finas.

Molesto por aquella inconveniente afición a las joyas de fantasía, su marido le decía con frecuencia:

—Cariño, quien no puede comprar joyas verdaderas, solo debe usar como adornos la belleza y la gracia, que son las mejores joyas.

Pero ella, sonriendo dulcemente, contestaba:

—¿Qué quieres que haga? Me gusta, es un vicio. Ya sé que tienes razón, pero no puedo contenerme, no puedo. ¡Me gustan mucho las joyas!

Y pasaba entre sus dedos los collares de supuestas perlas y hacía brillar, deslumbradores, los cristales tallados, mientras repetía:

—Observa cómo se ven de bien, parecen auténticos.

Él sonreía diciendo:

—Tienes gustos de gitana.

Algunas veces, por la noche, mientras estaban solos junto a la chimenea, sobre la mesita donde tomaban el té, ella dejaba el cofre donde guardaba las “baratijas”, según la expresión del señor Lantín, y examinaba las joyas con atención, apasionándose como si gozase un placer secreto y profundo. Se obstinaba en ponerle un collar a su marido para echarse a reír y exclamar:

—¡Qué bien se te ve!

Luego, arrojándose en sus brazos, lo besaba locamente.

Una noche de invierno, al salir de la ópera, ella se estremeció de frío. Por la mañana tuvo tos y ocho días más tarde murió de una pulmonía. El señor Lantín se entristeció de tal forma que por poco la sigue a la tumba. Su desesperación fue tan grande que sus cabellos encanecieron por completo en un mes. Lloraba día y noche con el alma desgarrada por un dolor intolerable, acosado por los recuerdos de la voz, la sonrisa y los encantos de su esposa muerta.

El tiempo no calmó su amargura. Muchas veces, durante las horas de oficina, mientras sus compañeros se agrupaban para comentar los sucesos del día, se le llenaban los ojos de lágrimas y, haciendo una mueca triste, comenzaba a sollozar.

Había mantenido intacta la habitación de su compañera y se encerraba allí, diariamente, para pensar. Todos los muebles y sus trajes continuaban en el mismo lugar, tal y como ella los había dejado.

Pero la vida se le hizo dura. El sueldo, que manejado por su mujer bastaba para todas las necesidades de la casa, era insuficiente para él solo. Se preguntaba con estupor cómo ella se las había arreglado para tener vinos exquisitos y platos delicados, que ahora ya no le era posible adquirir con sus modestos ingresos.

Contrajo algunas deudas y se preocupó por el dinero como todas las personas que viven con lo justo. Al fin, una mañana, ocho días antes de acabar el mes, como le faltaba dinero para todo, pensó en vender algo. Entonces decidió deshacerse de alguna de las “baratijas” de su mujer, porque no eran lo que más le gustaba recordar de ella.

Rebuscó entre el montón de alhajas de su mujer, quien, hasta los últimos días de su vida, estuvo comprando una joya nueva casi cada tarde. Por fin se decidió por un hermoso collar de perlas, que era su favorito y que podía valer muy bien, a juicio del señor Lantín, 16 o 17 francos, pues era muy primoroso a pesar de ser falso.

Se lo metió en el bolsillo y, de camino para el Ministerio, siguiendo los bulevares, buscó una joyería que le inspirara confianza.

Entró en una al fin, un poco avergonzado de mostrar así su miseria, yendo a vender una cosa de tan poco precio.

—Caballero —le dijo al comerciante—, quisiera saber lo que puede valer esto.

El joven tomó el collar, lo examinó, le dio vueltas, lo tanteó, cogió una lupa, llamó a otro dependiente, le hizo algunas indicaciones en voz baja, puso la joya sobre el mostrador y la miró de lejos para observar el efecto.

El señor Lantín, molesto por aquella ceremonia, se disponía a decir: “Sí, ¡ya sé que no vale nada!”, cuando el comerciante dijo:

—Caballero, esto vale entre 12.000 y 15.000 francos, pero no puedo adquirirlo sin conocer su procedencia exacta.

El viudo abrió los ojos como platos y se quedó con la boca abierta. Por fin, balbuceó:

—¿Está usted seguro?...

El otro, atribuyendo a otra causa la sorpresa, añadió secamente:

—Puede buscar a alguien que se lo pague mejor. Para mí, solo vale 15.000 francos.

El señor Lantín, completamente estupefacto, recogió el collar y se fue, obedeciendo a un deseo confuso de reflexionar a solas.

Pero en cuanto se vio en la calle, estuvo a punto de soltar la risa pensando: “¡Imbécil! ¡Imbécil! Le hubieras cogido la palabra... ¡Es un joyero que no sabe distinguir lo verdadero de lo falso!”.

Y entró en otra joyería de la calle de la Paz. En cuanto vio la joya, el comerciante dijo:

—¡Ah, caramba! Conozco muy bien este collar, ha salido de esta casa.

El señor Lantín, desconcertado, preguntó:

—¿Cuánto vale?

—Caballero, yo fui el que lo vendí en 25.000 francos, y hoy se lo puedo comprar en 18.000. Pero antes necesito que me indique cómo ha llegado a su poder, para así cumplir las disposiciones legales.

Esta vez el señor Lantín tuvo que sentarse, anonadado por la sorpresa:

—Examínelo..., examínelo usted detenidamente, ¿no es falso?

—¿Quiere usted darme su nombre, caballero?

—Sí, señor. Me apellido Lantín, soy empleado del Ministerio del Interior y vivo en el número 16 de la calle de los Mártires.

El comerciante abrió sus libros, buscó y dijo:

—Este collar fue enviado, en efecto, a la señora de Lantín, calle de los Mártires, número 16, en julio de 1878.

Los dos hombres se miraron fijamente: Lantín, trastornado por la sorpresa, y el joyero, creyendo estar ante un ladrón.

El comerciante dijo:

—¿Accede a depositar esta joya en mi casa durante veinticuatro horas?

Le entregaré un recibo.

El señor Lantín balbuceó:

—Sí, sí; claro que sí.

Y salió doblando el papel, que guardó en un bolsillo.

Luego cruzó la calle y anduvo hasta notar que había equivocado su camino. Volvió hacia las Tullerías, pasó el Sena, vio que se equivocaba de nuevo y retrocedió hasta los Campos Elíseos, sin ninguna idea clara en la mente. Trataba de razonar, comprender lo sucedido. Su esposa no pudo adquirir un objeto de tanto valor... De ningún modo... Luego, ¡era un regalo! ¡Un regalo! Y ¿de quién? ¿Por qué?

Se detuvo y quedó inmóvil en medio del paseo. Una horrible duda lo asaltó. ¿Ella?... ¡Y todas las demás joyas también serían regalos! Le pareció que la tierra temblaba, que un árbol se le venía encima y, tendiendo los brazos, se desplomó.

Recobró el sentido en una farmacia a donde los transeúntes que lo recogieron lo habían llevado. Hizo que lo condujeran a su casa y no quiso ver a nadie.

Lloró hasta la noche desesperadamente, mordiendo un pañuelo para no gritar. Luego se fue a la cama, rendido por la fatiga y la tristeza, y durmió con sueño pesado.

Lo despertó un rayo de sol y se levantó, despacio, para ir a la oficina. Era muy duro trabajar después de semejantes emociones. Recordó que podía excusarse con su jefe y le envió una carta. Luego pensó que debía ir a la joyería y lo ruborizó la vergüenza. Se quedó largo rato meditabundo; no era posible que dejara el collar sin recoger. Se vistió y salió.

Era una hermosa mañana y el cielo azul, alegrando la ciudad, parecía sonreír. Dos transeúntes ociosos andaban sin rumbo, lentamente, con las manos en los bolsillos.

Lantín pensó al verlos: “Dichoso el que tiene una fortuna. Con el dinero pueden acabarse todas las tristezas; uno va donde quiere, viaja, se distrae... ¡Oh! ¡Si yo fuera rico!”.

Sintió hambre, pues no había comido desde hacía dos días. Pero no llevaba dinero y recordó de nuevo el collar ¡18.000 francos! ¡Era un buen tesoro!

Llegó a la calle de la Paz y comenzó a pasearse de arriba abajo por la acera frente a la joyería. ¡18.000 francos! Veinte veces estuvo a punto de entrar y siempre se detenía avergonzado.

Pero tenía hambre, mucha hambre, y ni un franco en el bolsillo. Por fin se decidió, atravesó la calle y, corriendo, para no darse tiempo de reflexionar, entró en la joyería. El dueño se apresuró a ofrecerle una silla, sonriendo con cortesía. Los dependientes miraban a Lantín de reojo, procurando contener la risa que les retozaba en el cuerpo. El joyero dijo:

—Caballero, ya me informé. Si usted acepta mi proposición, puedo entregarle ahora mismo el precio de la joya.

—Sí, sí, por supuesto —balbuceó el empleado.

El comerciante sacó de un cajón dieciocho billetes de mil francos y se los entregó a Lantín, quien firmó un recibo y los guardó en el bolsillo con mano temblorosa.

Luego, cuando ya se iba, se volvió hacia el joyero, que sonreía, y le dijo bajando los ojos:

—Tengo... aún... otras joyas que han llegado hasta mí por el mismo conducto. ¿Estaría dispuesto a comprármelas?

El comerciante respondió:

—Sin duda, caballero.

Uno de los dependientes se vio obligado a salir de la tienda para soltar la carcajada y otro se sonó con fuerza, pero Lantín, impasible y colorado, prosiguió:

—Voy a traérselas.

Y cogió un coche para ir a buscar las joyas.

Al volver a la joyería, una hora después, no había desayunado aún. Comenzaron a examinar los objetos, pieza por pieza, tasándolos uno a uno. Casi todos eran de la misma casa.

Lantín discutía los precios, enfadándose, y exigía que le mostraran los comprobantes de las facturas, hablando cada vez más recio, a medida que la suma aumentaba.

Los dos solitarios valían 25.000 francos; los broches, sortijas y medallones, 16.000; un aderezo de esmeraldas y zafiros, 14.000; las pulseras, 35.000; y un solitario, colgante de una cadena de oro, 40.000. Todo sumaba 196.000 francos.

El joyero dijo con sorna:

—No está nada mal para alguien que gastó todos sus ahorros en joyas.

Lantín repuso, gravemente:

—Cada cual invierte sus ahorros a su gusto.

Y se fue, habiendo convenido con el joyero que, al día siguiente, confirmarían la tasación.

Cuando estuvo en la calle, miró una columna monumental y sintió deseos de subir por ella como si fuese una vara de premios. Se sentía ligero, con ánimo para saltar por encima de la estatua del emperador puesta en lo alto de la columna.

Almorzó en el restaurante más lujoso y bebió vino de 20 francos la botella. Después tomó un coche para que lo llevase a dar un paseo por el parque, donde miró a los transeúntes, con ganas de gritar: “¡Soy rico! ¡Tengo 200.000 francos!”.

Se acordó de su oficina y se hizo conducir al Ministerio. Entró en el despacho de su jefe y le dijo con desenvoltura:

—Señor, vengo a presentar mi renuncia. Acabo de recibir una herencia de 300.000 francos.

Luego fue a estrechar la mano de sus compañeros y les contó sus nuevos planes de vida. Por la noche comió en el Café Inglés, el restaurante más caro de la ciudad.

Viendo junto a él a un caballero que le pareció distinguido, no pudo resistir la tentación de referirle, con mucha complacencia, que acababa de heredar 400.000 francos.

Por primera vez en su vida no se aburrió en el teatro y pasó toda la noche de fiesta.

Se volvió a casar seis meses después. La segunda mujer, verdaderamente honrada y fiel, tenía un carácter insoportable y lo hizo sufrir mucho.





El piano viejo

Rómulo Gallegos (Venezuela)

Eran cinco hermanos: Luisana, Carlos, Ramón, Ester, María. La vida los fue dispersando, llevándolos por distintos caminos, alejándolos, maleándolos. Primero, Ester, casada con un hombre rico y fastuoso; María, después, unida a un joven de nombre sin brillo y de fama sin limpieza; en seguida, Carlos, el aventurero, acometedor de toda suerte de locas empresas; finalmente Ramón, el misántropo que desde niño revelara su insana pasión por el dinero y su áspero amor a la soledad; todos se fueron con una diversa fortuna hacia un destino diferente.

Solo permaneció en la casa paterna Luisana, la hermana mayor, cuidando al padre, que languidecía paralítico lamentándose de aquellos hijos en cuyos corazones no viera jamás ni un impulso bueno ni un sentimiento generoso. Y cuando el viejo moría, de su boca recogió Luisana el consejo suplicante de conservar la casa de la familia dispersa, siempre abierta para todos, para lo cual se la adjudicaba en su testamento, junto con el resto de su fortuna, a título de dote.

Luisana cumplió la promesa hecha al padre, y en la casa de todos, donde vivía sola, conservó a cada uno su habitación, tal como la había dejado, manteniendo siempre el agua fresca en la jarra de los aguamaniles, como si de un momento a otro sus hermanos vinieran a lavarse las manos, y en la mesa común, siempre aderezados los puestos de todos.

Tú serás la paz y la concordia, le había dicho el viejo, previendo el porvenir, y desde entonces ella sintió sobre su vida el dulce peso de una noble predestinación.

Menuda, feúcha, insignificante, era una de esas personas de quien nadie se explica por qué ni para qué viven. Ella misma estaba acostumbrada a juzgarse como usurpadora de la vida y parecía hacer todo lo posible para pasar inadvertida: huía de la luz, refugiándose en la penumbra de su alcoba, austera como una celda; hablaba muy poco, como si temiera fatigar el aire con la carga de su voz desapacible; y respiraba furtivamente el poquito de aliento que cabía en su pecho hundido, seco y duro como un yermo.

Desde pequeña tuvo este humilde concepto de sí misma: mientras sus hermanos jugaban al pleno sol de los patios o corrían por la casa alborotando y atropellando con todo, porque tomaban la vida como cosa propia, con esa confianza que da el sentimiento de ser fuertes, ella, refugiada en un rincón, ahogaba el dulce deseo de llorar, único de su niñez enfermiza, como si tampoco se creyera con derecho a este disfrute inofensivo y simple. Crecieron, sus hermanas se volvieron mujeres, y fueron celebradas y cortejadas, y amaron, y tuvieron hijos; a ella, siempre preterida*, que hasta su padre se olvidaba de contarla entre sus hijos, nadie le dijo nunca una palabra amable ni quiso saber cómo eran las ilusiones de su corazón. Se daba por sabido que no las poseía. Y fue así como adquirió el hábito de la renunciación sin dolor y sin virtud.

Ahora, en la soledad de la casa, seguía discurriendo la vida simple de Luisana, como agua sin rumor hacia un remanso subterráneo; pero ahora la confortaba un íntimo contentamiento. ¡Tú serás la paz!... Y estas palabras, las únicas lisonjeras que jamás escuchó, le habían revelado de pronto aquella razón de ser de su existencia, que ni ella misma ni nadie encontrara nunca.

Ahora quería vivir, ya no pensaba que la luz del día se desdeñase de su insignificancia, y todas las mañanas, al correr las habitaciones desiertas, sacudiendo el polvo de los muebles, aclarando los espejos empañados y remudando el agua fresca en las jarras; y cada vez que aderezaba en la mesa los

*Relegada.

puestos de sus hermanos ausentes, convencida de que esta práctica mantenía y anudaba invisibles lazos entre las almas discordes de ellos, reconocía que estaba cumpliendo con un noble destino de amor, silencioso, pero eficaz, y en místicos transportes, sin sombra de vanagloria, sentía ya que su humildad había sido buena y que su simpleza era ya santa.

Terminados sus quehaceres y anegada el alma en la dulce fruición de encontrarse buena, se entregaba a sus cadenetas; y a veces turbada por aquel silencio de la casa y por aquel claro sol de las mañanas que se rompía en los patios, se hilaba por las rendijas y se esparcía sin brillo por todas partes arrebañando la penumbra de los rincones; mareada por aquella paz que le producía suavísimos arrobos, se sentaba al piano, un viejo piano donde su madre hiciera sus primeras escalas, y cuyas voces desafinadas tenían para ella el encanto de todo lo que fuera como ella, humilde y desprovisto de atractivos.

Tocaba a la sordina unos aires sencillos que fueran dulces. Muchas teclas no sonaban ya; una, rompiendo las armonías, daba su nota a destiempo, cuando la mano dejaba de hacer presión sobre ella; o no sonaba, quedándose hundida largo rato. Esta tecla hacía sonreír a Luisana. Decía: se parece a mí. No servimos sino para romper las armonías. Precisamente por esto la quería, la amaba, como hubiera amado a un hijo suyo, y cuando, al cabo de un rato, después que había dejado de tocar, aquella tecla, subiendo inopinadamente, daba su nota en el silencio de la sala, Luisana sonreía y se decía a sí misma: ¡oigan a Luisana! ¡Ahora es cuando viene a sonar!

Una mañana Luisana se quedó muerta sobre el piano, oprimiendo aquella tecla. Fue una muerte dulce que llegó furtiva y acariciadora, como la amante que se acerca al amado distraído y suavemente le cubre los ojos para que adivine quién es.

Vinieron sus hermanos; la amortajaron; la llevaron a enterrar. Ester y María la lloraron un poco; Carlos y Ramón corrieron a la casa, registrando gavetas, revolviendo papeles. En la tarde se reunieron en la sala a tratar sobre la partición de los bienes de la muerta.

La vida y la contraria fortuna habían resentido el lazo fraternal, y cada alma alimentaba o un secreto rencor o una envidia secreta. Carlos, el aventurero, había sido desgraciado: fracasó en una empresa quimérica, arrastrando en su bancarrota dinero del marido de Ester, el cual no se lo perdonó y quiso infamarlo, acusándolo de quiebra fraudulenta; María no le perdonaba a Ester que fuera rica y no partiera con ella su boato y la estimación social que disfrutaba; Ester se desdeñaba de aceptarla en su círculo, por la obscuridad del nombre que había adoptado; y todos despreciaban a Ramón, que había adquirido fama de usurero y los avergonzaba con su sordidez.

Pero todas estas malas pasiones se habían mantenido hasta entonces agazapadas, sordas y latentes, pero secretas; había algo que les impedía estallar, una dulce violencia que acallaba el rencor y desamargaba la envidia: Luisana. Ella intercedió por Carlos, y porque ella lo exigía, el marido de Ester no le lanzó a la vergüenza y a la ruina; ella intercedió siempre para que Ester invitase a María a sus fiestas; ella pidió al hermano avaro dinero para el hermano pobre, y a todos amor para el avaro; pero siempre de tal modo que el favorecido nunca supo que era ella a quien le debía agradecer, y hasta el mismo que otorgaba se quedaba convencido y complacido de su propia generosidad.

Ahora, reunidos para partirse los despojos de la muerta, cada uno comprendía que se había roto definitivamente el vínculo que hasta allí los uniera, y que iban a decirse unos a otros la última palabra; y en la expectativa de la discordia tanto tiempo latente, que por fin iba a estallar, enmudecieron con ese recogimiento instintivo de los momentos en que se va a echar la suerte, y al mismo tiempo la idea de la hermana pasó por todos los pensamientos, como una última tentativa conciliadora a cumplir el encargo paterno: ¡tú serás la paz y la concordia!

Entonces comprendieron a aquella hermana simple que había vivido como un ser insignificante e inútil y que, sin embargo, cumplía un noble destino de amor y de bondad, y fue así como vinieron a explicarse por qué ellos inconscientemente le habían profesado aquel respeto que los obligaba a esconder en su presencia las malas pasiones.

En un instante de honda vida interior, temerosos de lo que iba a suceder, sintieron que se les estremeció el fondo incontaminado del alma, y a un mismo tiempo se vieron las caras, asustándose de encontrarse solos.

Pero fue necesario hablar, y la palabra dinero violó el recogimiento de las almas. Rebulleron en sus asientos, como si se apercibieran para la defensa, y cada cual comenzó a exponer la opinión que debía prevalecer sobre el modo de efectuar el reparto de los bienes de la hermana y a disputarse la mejor porción.

La disputa fue creciendo, convirtiéndose en querrela, rayando en pelea, y poco se cruzaron los reproches, las invectivas, las injurias brutales, hasta que por fin los hombres, ciegos de ira y de codicia, saltaron de sus asientos, con el arma en la mano, desafiándose a muerte.

Las mujeres intercedían suplicantes, sin lograr aplacarlos, y entonces, en un súbito receso del clamor de aquellas voces descompuestas, todos oyeron indistintamente el sonido de una nota que salía del piano cerrado.

Volvieron a verse las caras y, sobrecogidos del temor a lo misterioso, guardaron las armas, así como antes escondían las torpes pasiones en presencia de Luisana: todos sintieron que ella había vuelto, anunciándose con aquel suave sonido, dulce, aunque destemplado, como su alma simple, pero buena.

Era la nota de Luisana, sobre cuya tecla se había quedado apoyado su dedo inerte, y que de pronto sonaba, como siempre, a destiempo.

Y Ester dijo, con las mismas palabras que tanto le oyera a la hermana, cuando en el silencio de la sala gemía aquella nota solitaria: ¡oigan a Luisana!





Rostros

Yasunari Kawabata (Japón)

Desde los seis o siete años hasta que tuvo catorce o quince, no había dejado de llorar en escena. Y junto con ella, la audiencia lloraba también muchas veces. La idea de que el público siempre lloraría si ella lo hacía fue la primera visión que tuvo de la vida. Para ella, las caras se aprestaban a llorar indefectiblemente si ella estaba en escena. Y como no había un solo rostro que no comprendiera, el mundo para ella se presentaba con un aspecto fácilmente comprensible.

No había ningún actor en toda la compañía capaz de hacer llorar a tanta gente en la platea como esa pequeña actriz.

A los dieciséis, dio a luz a una niña.

—No se parece a mí. No es mi hija. No tengo nada que ver con ella—dijo el padre de la criatura.

—Tampoco se parece a mí—repuso la joven—. Pero es mi hija.

Ese rostro fue el primero que no pudo comprender. Y, como es de suponer, su vida como niña actriz se acabó cuando tuvo a su hija. Entonces se dio cuenta de que había un gran foso entre el escenario donde lloraba y desde donde hacía llorar a la audiencia y el mundo real. Cuando se asomó a ese foso, vio que era negro como la noche. Incontables rostros incomprensibles, como el de su propia hija, emergían de la oscuridad.

En algún lugar del camino se separó del padre de su niña. Y con el paso de los años, empezó a creer que el rostro de la niña se parecía al del padre.

Con el tiempo, las actuaciones de su hija hicieron llorar al público, tal como lo hacía ella de joven. Se separó también de su hija, en algún lugar del camino.

Más tarde, empezó a pensar que el rostro de su hija se parecía al suyo. Unos diez años después, la mujer finalmente se encontró con su propio padre, un actor ambulante, en un teatro de pueblo. Y allí se enteró del paradero de su madre.

Fue hacia ella. Apenas la vio, se echó a llorar. Sollozando se aferró a ella. Al hallar a su madre, por primera vez en la vida lloraba de verdad.

El rostro de la hija que había abandonado por el camino era una réplica exacta del de su propia madre. Sin embargo, ella no se parecía a su madre, así como ella y su hija no se asemejaban en nada. Pero la abuela y la nieta eran como dos gotas de agua.

Mientras lloraba sobre el pecho de su madre, supo qué era realmente llorar, eso que hacía cuando era una niña actriz.

Ahora, con corazón de peregrino en tierra sagrada, la mujer se volvió a reunir con su compañía, con la esperanza de reencontrarse en algún lugar con su hija y el padre de su hija, y contarles lo que había aprendido sobre los rostros.





El niño al que se le murió el amigo

Ana María Matute (España)

Una mañana se levantó y fue a buscar al amigo, al otro lado de la valla. Pero el amigo no estaba, y, cuando volvió, le dijo la madre: “El amigo se murió. Niño, no pienses más en él y busca otros para jugar”. El niño se sentó en el quicio de la puerta, con la cara entre las manos y los codos en las rodillas. “Él volverá”, pensó. Porque no podía ser que allí estuviesen las canicas, el camión y la pistola de hojalata, y el reloj aquel que ya no andaba, y el amigo no viniese a buscarlos. Vino la noche, con una estrella muy grande, y el niño no quería entrar a cenar. “Entra, niño, que llega el frío”, dijo la madre. Pero, en lugar de entrar, el niño se levantó del quicio y se fue en busca del amigo, con las canicas, el camión, la pistola de hojalata y el reloj que no andaba. Al llegar a la cerca, la voz del amigo no le llamó, ni le oyó en el árbol, ni en el pozo. Pasó buscándole toda la noche. Y fue una larga noche casi blanca, que le llenó de polvo el traje y los zapatos. Cuando llegó el sol, el niño, que tenía sueño y sed, estiró los brazos y pensó: “Qué tontos y pequeños son esos juguetes. Y ese reloj que no anda no sirve para nada”. Lo tiró todo al pozo y volvió a la casa con mucha hambre. La madre le abrió la puerta y dijo: “Cuánto ha crecido este niño, Dios mío, cuánto ha crecido”. Y le compró un traje de hombre, porque el que llevaba le venía muy corto.



Después de veinte años

O' Henry (Estados Unidos)

El policía, con un aspecto imponente, hacía su ronda por la avenida. Esa imponentia no era exhibicionismo, sino lo habitual en él, pues los espectadores escaseaban. Aunque apenas eran las diez de la noche, las heladas ráfagas de viento, con un dejo de lluvia, habían desocupado las calles casi por completo.

El agente revisaba algunas puertas al pasar, haciendo girar su bolillo con movimientos artísticos y complicados; y de vez en cuando se volvía para recorrer la calle con una mirada alerta. Con su silueta robusta y su leve balanceo, representaba dignamente a los vigilantes de la paz. El vecindario era de los que tenían movimiento a tempranas horas de la mañana. Aquí y allá se veían las luces de alguna cigarrería o de un bar abierto durante toda la noche, pero la mayoría de las puertas correspondían a almacenes que llevaban cerrados unas cuantas horas.

Hacia la mitad de una cuadra, el policía se detuvo súbitamente. En el portal a oscuras de una ferretería había un hombre apoyado contra la pared, con un cigarro apagado en la boca. Al acercarse, el hombre se apresuró a hablarle para tranquilizarlo:

—No hay problema, señor agente. Estoy esperando a un amigo, nada más. Se trata de una cita convenida hace veinte años. A usted le parecerá extraño, ¿no? Bueno, se lo voy a explicar para que vea que no hay nada malo en esto. Hace más o menos ese tiempo, en este lugar había un restaurante, el Big Joe Brady.

—Sí, lo derribaron hace cinco años —dijo el policía.

El hombre del portal encendió un fósforo y lo acercó a su cigarrillo. La llama reveló un rostro pálido, de mandíbula cuadrada y ojos inteligentes, con una pequeña cicatriz blanca junto a la ceja derecha. El broche que sujetaba su corbata tenía un gran diamante engarzado de un modo extraño.

—Esta noche se cumplen veinte años del día en que cené aquí, en el Big Joe Brady, con Jimmy Wells, mi mejor amigo, la persona más buena del mundo. Él y yo crecimos aquí, en Nueva York, como si fuéramos hermanos. Él tenía veinte años y yo, dieciocho. A la mañana siguiente me iba al Oeste para hacer fortuna. Pero Jimmy no quería dejar la ciudad de Nueva York; para él no había otro lugar en la tierra. Bueno, esa noche acordamos encontrarnos nuevamente aquí, veinte años después a la misma hora. Esto, sin importar nuestra situación ni la distancia que tuviéramos que recorrer para llegar. Suponíamos que, después de veinte años, cada uno tendría ya la vida hecha y la fortuna conseguida.

—Suena muy interesante —dijo el policía—. Pero se me ocurre que ha pasado mucho tiempo entre las dos citas. ¿No ha sabido nada de su amigo desde que se fue?

—Bueno, sí. Nos escribimos por un tiempo —respondió el otro—. Pero al cabo de uno o dos años nos perdimos la pista. Usted sabe, el Oeste es muy grande y yo vivía mudándome de un lado a otro. Pero estoy seguro de que Jimmy, si está con vida, vendrá a la cita. Siempre fue el tipo más recto y digno de confianza del mundo, y no se le va a olvidar. Viajé 1500 kilómetros para cumplir nuestra cita y habrá valido la pena si él aparece.

El hombre sacó un hermoso reloj, con pequeños diamantes incrustados en las tapas.

—Faltan tres minutos —anunció—. Cuando nos separamos, a la puerta del restaurante, eran las diez en punto.

—A usted le fue bastante bien en el Oeste, ¿no? —preguntó el policía.

—¡No lo dude! Espero que Jimmy haya tenido la mitad de mi suerte. Bueno, muy inteligente no era; trabajador, sí, y muy buen tipo. Yo he tenido que

vérmelas con gente muy avispada para llenarme los bolsillos. Aquí, en Nueva York, la gente se estanca. Hay que ir al Oeste para hacer fortuna.

El policía balanceó el bolillo y dio un paso.

—Tengo que seguir la ronda —dijo—. Espero que su amigo no le falle. ¿No piensa darle unos minutos para que llegue?

—¡Claro que sí! —afirmó el otro—. Le daré por lo menos treinta minutos. A esa hora Jimmy tendrá que estar aquí si sigue con vida. Hasta luego, agente.

—Buenas noches, señor —se despidió el policía, quien prosiguió su ronda revisando las puertas al pasar.

Había empezado a caer una llovizna helada y las ráfagas inciertas de brisa se transformaron en un ventarrón. Los pocos peatones caminaban, incómodos y silenciosos, con los cuellos vueltos hacia arriba y las manos en los bolsillos. Y en la puerta de la ferretería, el hombre que había viajado 1500 kilómetros para cumplir con una cita, incierta hasta lo absurdo, con su amigo de la juventud fumaba su cigarro y seguía esperando.

Esperó unos veinte minutos. Al rato, un hombre alto, de abrigo largo y cuello subido hasta las orejas cruzó apresuradamente desde la vereda opuesta para acercarse al hombre que esperaba.

—¿Eres tú, Bob? —preguntó, vacilando.

—¿Jimmy Wells? —gritó el hombre de la puerta.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el recién llegado, agarrando al otro por los dos brazos—. ¡Claro que eres Bob, no hay duda! Estaba seguro de que vendrías si estabas con vida. Bueno, bueno, bueno... Veinte años es mucho tiempo. El viejo restaurante ya no existe, Bob; ojalá no lo hubieran derribado, así habríamos podido cenar otra vez aquí. Y dime, viejo, ¿cómo te ha tratado el Oeste?

—De maravilla. Me dio todo lo que le pedí. Pero has cambiado muchísimo, Jimmy. Te veo cinco o seis centímetros más alto.

—Bueno, crecí un poco después de los veinte años.

—¿Te va bien en Nueva York, Jimmy?

—Más o menos. Tengo un puesto en una de las oficinas de la alcaldía. Bob, vamos a un sitio que conozco por aquí para charlar largo y tendido sobre los viejos tiempos.

Los dos echaron a andar por la calle tomados del brazo. El hombre del Oeste, arrogante por el éxito, empezó a hacer un resumen de su carrera. El otro, hundido en su abrigo, escuchaba con interés.

Cuando llegaron a la esquina, donde las luces de una farmacia iluminaban la calle, cada uno de ellos se volteó para mirar la cara de su compañero.

El hombre del Oeste se detuvo bruscamente y apartó el brazo.

—Usted no es Jimmy Wells —murmuró—. Veinte años son mucho tiempo, pero no tanto como para que a uno le cambie la nariz de recta a respingada.

—A veces veinte años son suficientes para transformar a un hombre bueno en malo —dijo el desconocido—. Estás arrestado desde hace diez minutos, Bob, alias Sedoso. A los de Chicago se les ocurrió que podías andar por aquí y enviaron un telegrama diciendo que querían charlar contigo. No te vas a resistir, ¿verdad? Así me gusta. Ahora bien, antes de llevarte a la comisaría te daré esta nota que me entregaron para ti. La puedes leer aquí, en la vidriera. Es del agente Wells.

El hombre del Oeste desplegó el pedacito de papel que acababa de recibir. Cuando empezó a leer su mano estaba serena, pero al terminar le temblaba un poquito. La nota era bastante breve.

Bob:

Llegué a nuestra cita a la hora justa. Cuando encendiste el fósforo me di cuenta de que eras el hombre que buscaban en Chicago. Como no pude arrestarte personalmente, fui a buscar a un policía vestido de civil para que se hiciera cargo.

Jimmy



Los diarios de Adán y Eva

Mark Twain (Estados Unidos)

Traducción de Patricia Willson

Extracto del diario de Adán

Esta nueva criatura de pelo largo se entromete bastante. Siempre está merodeando y me sigue a todas partes. Eso no me gusta; no estoy habituado a la compañía. Preferiría que se quedara con los otros animales. Hoy está nublado, hay viento del este; creo que tendremos lluvia... ¿Tendremos? ¿Nosotros? ¿De dónde saqué esa palabra...? Ahora lo recuerdo: la usa la nueva criatura.

Extracto del diario de Eva

Toda la semana lo seguí y traté de entablar relaciones con él. Yo soy la que tuvo que hablar, porque él es tímido, pero no me importa. Parecía complacido de tenerme alrededor, y usé el sociable *nosotros* varias veces, porque él parecía halagado de verse incluido.



El retrato oval

Edgar Allan Poe (Estados Unidos)

El castillo al cual mi asistente se había empeñado que entráramos, pues me hallaba gravemente herido y una noche a la intemperie me hubiera hecho gran daño, era un enorme conjunto de edificios. Su fachada era una mezcla de melancolía y grandeza, que durante mucho tiempo se había mantenido señorialmente entre los montes Apeninos* y que parecía haber salido en una de las novelas de la señora Radcliffe.** Según todas las apariencias, el castillo había sido abandonado pocos años atrás.

Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas, situada en una torre aislada del edificio. Su decoración era exquisita, pero antigua y deteriorada. Sus paredes estaban decoradas con tapices y escudos de guerra, junto con un gran número de pinturas modernas muy elegantes, con marcos de adornos dorados. Aquellas pinturas colgaban de las paredes no solo en las principales superficies, sino por todos los rincones del laberíntico castillo. Aquellas pinturas y mi delirio febril despertaron en mí un profundo interés, por lo que le ordené a Pedro, mi asistente, que cerrase los macizos postigos de las ventanas de la habitación y encendiese un gran candelabro que se alzaba junto a la cabecera de mi cama. También le pedí que abriese las cortinas de negro terciopelo que envolvían la cama. Lo quise así porque si no me entregaba al sueño, podría, al menos, dedicarme a la contemplación de aquellos

* Cadena montañosa al norte de Italia.

** Ann Radcliffe (1764-1823), escritora inglesa de novelas y cuentos de terror.

cuadros y a la lectura de un pequeño volumen que habíamos hallado sobre la almohada, y el cual contenía el análisis y la descripción de las pinturas.

Largamente leí el libro y devotamente contemplé las pinturas. Así pasaron rápido las horas y llegó la medianoche. La posición del candelabro me molestaba, por lo que alargué mi mano con dificultad, para no despertar a mi asistente, y lo coloqué de manera que su luz alumbrase de lleno sobre el libro.

Pero aquel movimiento produjo un efecto completamente inesperado. Los rayos de las numerosas velas (porque había muchas) caían ahora en un rincón de la habitación, el cual, hasta entonces, había sido dejado en profunda oscuridad por la sombra de uno de los postes de la cama. Y por ello pude ver un retrato* muy iluminado que me había pasado completamente inadvertido. Era el retrato de una joven que apenas comenzaba a ser mujer. Miré precipitadamente aquella pintura y acto seguido cerré los ojos. ¿Por qué hice aquello? No fue claro en un primer momento, pero mientras mis párpados estaban cerrados, me pregunté el motivo que había tenido para hacerlo. Había sido un movimiento involuntario para asegurarme de que mi visión no me había engañado, para reflexionar sobre el cuadro, para calmar y dominar mi fantasía. En fin, para dedicarme a una contemplación más juiciosa y serena. Al cabo de muy pocos momentos, miré otra vez fijamente la pintura.

Lo que yo entonces veía no podía ni quería dudarlo, porque el primer resplandor de las velas sobre el cuadro había parecido disipar el adormecimiento que se estaba apoderando de mis sentidos, y logró despertarme completamente. El retrato, como ya lo he dicho, era el de una joven. Se veían la cabeza y los hombros, y el fondo era muy oscuro. A lo lejos parecía uno de los retratos hechos por Sully.** Los brazos, el pecho y hasta el contorno de su radiante cabellera se fundían imperceptiblemente en la vaga pero profunda sombra que formaba el fondo de aquel conjunto.

El marco era oval, dorado y con muchos adornos. Como obra de arte,

*Pintura, principalmente de una persona.

** Thomas Sully (1783-1872), pintor estadounidense especializado en los retratos de los hombres y mujeres de la alta sociedad.

nada podía ser más admirable que aquella pintura. Pero no fue la técnica de la obra ni la extraordinaria belleza de aquel semblante lo que tan súbitamente y con tal vehemencia me conmovió, y mucho menos podía haber sido mi fantasía, pues en un momento llegué a creer que la mujer del retrato estaba viva. Comprendí en seguida que se trataba de un cuadro, pues detallé las características y la forma del marco, que disiparon semejante idea.

Meditando seriamente acerca de todo aquello permanecí, tal vez, durante una hora, medio sentado, medio reclinado, con la vista clavada en aquel retrato. Finalmente, satisfecho de haber acertado el verdadero secreto del efecto que me producía el retrato, me recosté de nuevo en la cama.

Había descubierto que el hechizo de aquella pintura consistía en su absoluta semejanza con la vida en toda su expresión, que primero me sobrecogió y finalmente me desconcertó. Así que con profundo y respetuoso temor volví a ubicar el candelabro en su posición. Una vez quedó apartada de mi vista la causa de mi profunda agitación, examiné ansiosamente el libro que trataba sobre aquellas pinturas y sus historias. Recorrí las hojas hasta encontrar el número que designaba al retrato oval, y allí leí las imprecisas y primorosas palabras que siguen:

Era una doncella de singularísima belleza, amable y llena de alegría. Pero fue funesta la hora en que ella vio, amó y se casó con el pintor. Él, apasionado, estudioso y austero, estaba ya casado con su pasión, que era el Arte. Y ella era una doncella de rarísima belleza y llena de alegría, toda luz y sonrisas, juguetona como un cervatillo. Amaba todas las cosas de este mundo; solo aborrecía al Arte, que era su rival. Únicamente les temía a los pinceles y a los óleos, los cuales la privaban de la presencia de su amado.

Entonces, fue terrible para aquella doncella oír hablar al pintor de su deseo de retratarla. Pero ella era humilde y obediente, y estuvo sentada dócilmente frente a él durante muchas semanas en la oscura habitación de la torre, donde la luz caía solo sobre el lienzo. El pintor cifró en esta obra su gloria como artista, que iba adelantando hora a hora, y día a día.

Él era un hombre apasionado, vehemente y caprichoso, que se perdía

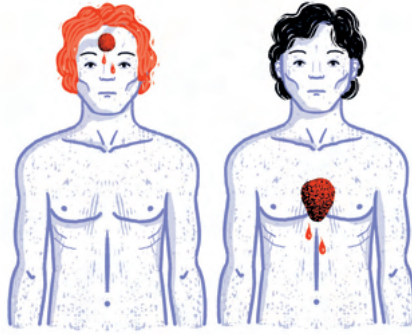
siempre en sus fantasías; no quiso ver cómo aquella luz que se derramaba tan tristemente en aquella solitaria habitación marchitaba la salud y el ánimo de su esposa, a quien todos, menos él, veían consumirse. Ella, sin embargo, no paraba de sonreírle, sin quejarse nunca, porque veía que el pintor, que disfrutaba de gran fama, experimentaba un vivo y apasionado gusto en su tarea y se afanaba de día y de noche en pintar a la que tanto lo amaba, pero esta se iba debilitando y enflaqueciendo más cada día.

Y, la verdad sea dicha, quienes contemplaron el retrato hablaron en voz baja de su parecido, de una poderosa maravilla y demostración no solo del talento del pintor, sino de su amor profundo por su esposa, a quien pintaba de modo tan perfecto.

Pero hacia el final, cuando la obra tocaba su término, ya no se admitía a nadie en la habitación. El pintor, trastornado por la obsesión con su tarea, raramente quitaba los ojos del lienzo, ni siquiera ya para mirar el rostro de su esposa. No quería ver cómo los colores que esparcía en el lienzo eran arrancados de las mejillas de su mujer. Luego de que pasaran muchas semanas más y cuando ya quedaba muy poco por hacer, a excepción de una pincelada sobre la boca y un toque en los ojos, el espíritu de su esposa se extinguía como la llama de una lámpara.

Después de que la última pincelada fue puesta y de que el toque fue dado, por un momento el pintor se quedó perplejo delante de la obra que acababa de terminar. Pero en ese instante, mientras todavía estaba contemplando su obra, se estremeció, y muy pálido y despavorido gritó: “¡Esto es realmente la Vida misma!”. Se volteó súbitamente para ver a su amada. ¡Ella estaba muerta!





Leyenda

Jorge Luis Borges (Argentina)

Abel y Caín se encontraron después de la muerte de Abel. Caminaban por el desierto y se reconocieron desde lejos, porque los dos eran muy altos. Los hermanos se sentaron en la tierra, hicieron un fuego y comieron. Guardaban silencio, a la manera de la gente cansada cuando declina el día. En el cielo asomaba alguna estrella, que aún no había recibido su nombre. A la luz de las llamas, Caín advirtió en la frente de Abel la marca de la piedra y dejó caer el pan que estaba por llevarse a la boca y pidió que le fuera perdonado su crimen.

Abel contestó:

—¿Tú me has matado o yo te he matado? Ya no recuerdo; aquí estamos juntos como antes.

—Ahora sé que en verdad me has perdonado —dijo Caín—, porque olvidar es perdonar. Yo trataré también de olvidar.

Abel dijo despacio:

—Así es. Mientras dura el remordimiento dura la culpa.



35

La mala memoria

André Breton (Francia)

Me contaron hace un tiempo una historia muy estúpida, sombría y conmovedora. Un señor se presenta un día en un hotel y pide una habitación. Le dan la número 35. Al bajar, minutos después, deja la llave en la recepción y le dice al encargado:

—Disculpe, soy un hombre con muy mala memoria. Si le parece, cada vez que regrese, cuando le diga mi nombre, señor Delouit, usted me recuerda el número de mi habitación.

—Muy bien, señor.

Tiempo después, el señor vuelve y se acerca a la recepción:

—Señor Delouit.

—Es el cuarto 35.

—Gracias.

Un minuto después, un hombre extraordinariamente agitado, con el traje cubierto de barro, ensangrentado y muy golpeado entra al hotel y le dice al recepcionista:

—El señor Delouit.

—¿Cómo? ¿El señor Delouit? A otro con ese cuento. El señor Delouit acaba de subir.

—Perdón, soy yo... Acabo de caer por la ventana. ¿Quiere hacerme el favor de decirme el número de mi habitación?



Esta lectura no está disponible en nuestra versión digital.

Esta lectura no está disponible en nuestra versión digital.





La mancha de humedad

Juana de Ibarbourou (Uruguay)

Hace algunos años, en los pueblos del interior del país no se conocía el empapelado* de las paredes. Era este un lujo reservado apenas para alguna casa importante, como el despacho del jefe de Policía o la sala de alguna vieja y rica dama de campanillas. No existía el empapelado, pero sí la humedad sobre los muros pintados a la cal. Para descubrir cosas y soñar con ellas, da lo mismo. Frente a mi vieja camita de jacarandá**, con un deforme manojito de rosas talladas a cuchillo en el remate del respaldo, las lluvias fueron filtrando, para mi regalo, una gran mancha de diversos tonos amarillentos, rodeada de salpicaduras irregulares capaces de suplir las flores y los paisajes del papel más abigarrado. En esa mancha yo tuve todo cuanto quise: descubrí las islas de Coral, encontré el perfil de Barba Azul y el rostro anguloso de Abraham Lincoln, libertador de esclavos, que reverenciaba mi abuelo; tuve el collar de lágrimas de Arminda, el caballo de Blanca Flor y la gallina que pone los huevos de oro; vi el tricornio de Napoleón, la cabra que amamantó a Desdichado de Brabante y montañas echando humo de las pipas de cristal que fuman sus gigantes o sus enanos. Todo lo que oía o adivinaba cobraba vida en mi mancha de humedad y me daba su tumulto o sus líneas. Cuando mi madre venía a despertarme todas las mañanas generalmente ya me encontraba con los ojos abiertos, haciendo mis descubrimientos maravillosos. Yo le decía con las pupilas brillantes, tomándole las manos:

*Empapelado: es una lámina de papel con dibujos diversos, que se pega a las paredes y se usa como decoración.

**Gualanday.

—Mamita, mira aquel gran río que baja por la pared. ¡Cuántos árboles en sus orillas! Tal vez sea el Amazonas. Escucha, mamita, cómo chillan los monos y cómo gritan los guacamayos.

Ella me miraba espantada:

—¿Pero es que estás dormida con los ojos abiertos, mi tesoro? Oh, Dios mío, esta criatura no tiene bien su cabeza, Juan Luis.

Pero mi padre movía la suya entre dubitativo y sonriente, y contestaba posando sobre mi corona de trenzas su ancha mano protectora:

—No te preocupes, Isabel. Tiene mucha imaginación, eso es todo.

Y yo seguía viendo en la pared manchada por la humedad del invierno cuanto apetecía mi imaginación: duendes y rosas, ríos y negros, mundos y cielos. Una tarde, sin embargo, me encontré dentro de mi cuarto a Yango, el pintor. Tenía un gran balde lleno de cal y un pincel grueso como un puño de hombre, que introducía en el balde y pasaba luego concienzudamente por la pared dejándola inmaculada. Fue esto en los primeros días de mi iniciación escolar. Regresaba del colegio, con mi cartera de charol llena de migajas de biscochos y lápices despuntados. De pie en el umbral del cuarto, contemplé un instante, atónita, casi sin respirar, la obra de Yango, que para mí tenía toda la magnitud de un desastre. Mi mancha de humedad había desaparecido, y con ella mi universo. Ya no tendría más ríos ni selvas. Inflexible como la fatalidad, Yango me había desposeído de mi mundo. Algo, una sorda rebelión, empezó a fermentar en mi pecho como burbuja que, creciendo, iba a ahogarme. Fue de incubación rápida cual las tormentas del trópico. Tirando al suelo mi cartera de escolar, me abalancé frenética hasta donde me alcanzaban los brazos, con los puños cerrados. Yango abrió una bocaza redonda como una O de gigantes, se quedó unos minutos enarbolando en el vacío su pincel que chorreaba líquida cal y pudo preguntar por fin lleno de asombro:

—¿Qué le pasa a la niña? ¿Le duele un diente, tal vez?

Y yo, ciega y desesperada, gritaba como un rey que ha perdido sus estados:

—¡Ladrón! Eres un ladrón, Yango. No te lo perdonaré nunca. Ni a papá ni a mamá que te lo mandaron. ¿Qué voy a hacer ahora cuando me despierte temprano o cuando tía Fernanda me obligue a dormir la siesta? Bruto, odioso, me has robado mis países llenos de gente y de animales. ¡Te odio, te odio; los odio a todos!

El buen hombre no podía comprender aquel chaparrón de llanto y palabras irritadas. Yo me tiré de bruces sobre la cama a sollozar tan desconsoladamente como solo he llorado después cuando la vida, como Yango el pintor, me ha ido robando todos mis sueños. Tan desconsolada e inútilmente. Porque ninguna lágrima rescata el mundo que se pierde ni el sueño que se desvanece... ¡Ay, yo lo sé bien!





Casa tomada

Julio Cortázar (Argentina)

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura, pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos al mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos pocos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa, y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, y a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuera demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal, se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé

por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por la librería y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa de lo que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pulóver está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lilas. Estaban con naftalina apiladas, como en una mercería; yo no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living* central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba en la casa por el zaguán con mayólica**, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba

*Salón

**Piso de cerámica.

por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda, justamente antes de la puerta, y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivimos siempre en esa parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo, para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta de tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate*. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de sillas sobre alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o en un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo, felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado, y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

*Ollita del té.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces —dijo recogiendo las agujas—, tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo de que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia —pero esto solamente sucedió los primeros días— cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

—No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media, por ejemplo, nos daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resulta molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas,

casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene, que era más cómodo. A veces Irene decía:

—Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadrito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en voz alta, yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o de papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso, todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico*. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiado ruido de loza y vidrios para que otros sonidos interrumpen en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarlos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida).

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio —ella tejía— oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el

*Álbum de estampillas.

sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte, pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

—Han tomado esta parte —dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? —le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene —yo creo que ella estaba llorando— y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.







Este libro pertenece a:
